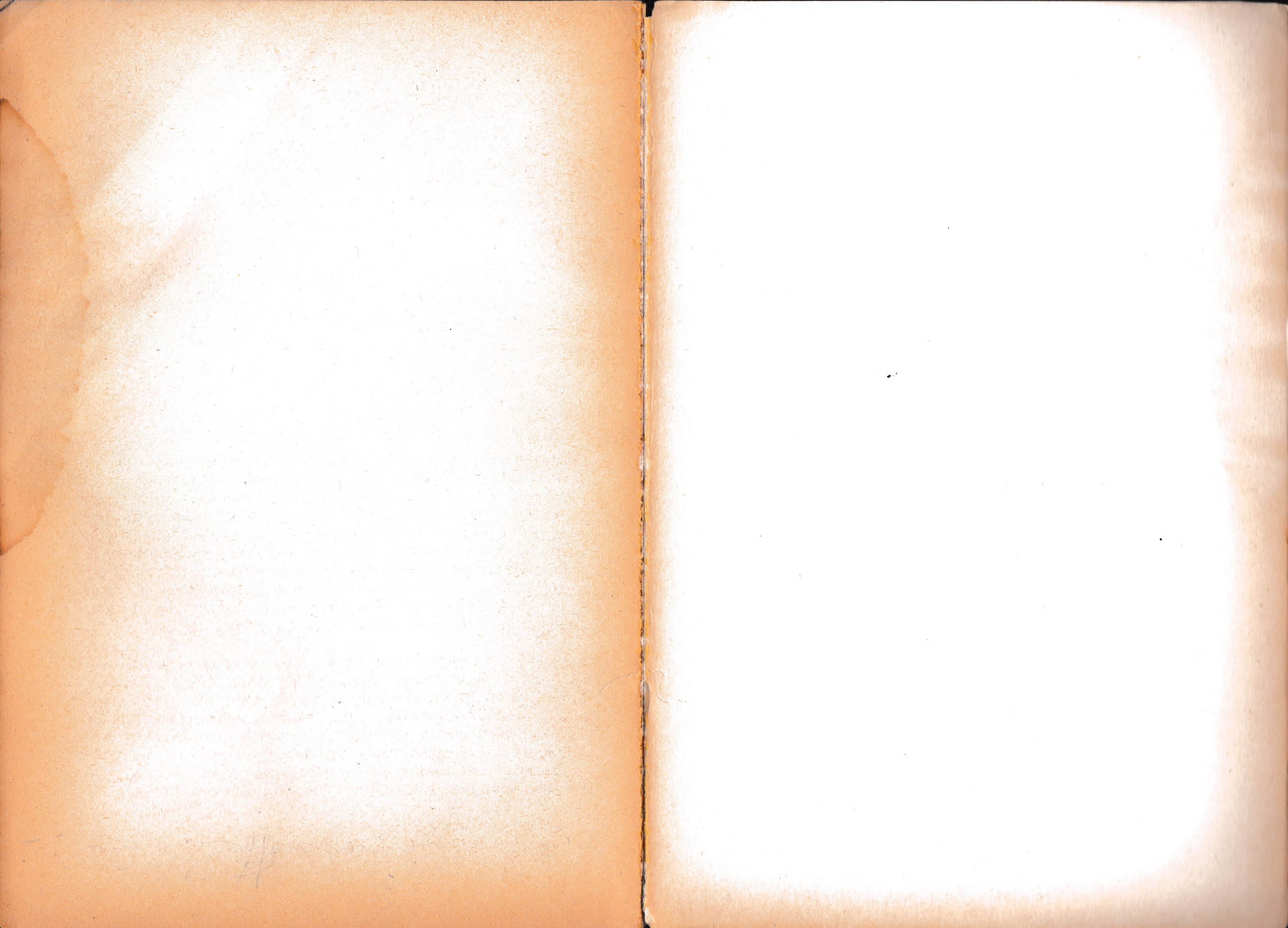
EDMUNDO RIVERO

UNA LUZ DE ALMACÉN

(El lunfardo y yo)



EMECÉ



EDMUNDO RIVERO

UNA LUZ DE ALMACÉN

EDMUNDO RIVERO

UNA LUZ DE ALMACÉN

Textos compilados por Ignacio Xurxo

EMECÉ EDITORES

Fotografía de tapa: *Jorge Hipñener*

Alsina 2062 - Buenos Aires, Argentina.

Primera edición en offset: 8.000 ejemplares.
Impreso en Compañía Impresora Argentina S.A., Alsina 2041/49,
Buenos Aires, noviembre de 1982.

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

I.S.B.N.: 950-04-0146-0

37.037

A la memoria de mis padres,
para mi esposa Julieta,
y a mis hijos.

Prólogo de Ignacio Xurxo

La presentación de un cantor no significa retroceder necesariamente a cierto género inefable que se denominó glosa. Ese juguito casi terminal del sonido y de la furia está ya agotado, por suerte. Pero en materia de presentaciones de cualquier tipo, sigue sucediendo algo que va igualmente en contra del buen sentido. Porque ¿quién presenta a quién? Si el anunciador es menos prestigioso que el anunciado, lo suyo pasa a ser dilación o colada.

Estas líneas no son una excepción, aunque pueda apuntar que mi relación con Edmundo Rivero se remonta a muchos años atrás, casualmente a aquellos en que el lunfardo estaba prohibidísimo. Por entonces, solía cantarnos a unos pocos y jóvenes admiradores las temibles letras prescriptas. Lo hacía a capella, conteniendo su poderosa voz de bajo, pero nunca lo suficiente como para no sacudir el local. Un boliche que hasta tenía nombre de tango: "Mi refugio" justo al lado de Radio El Mundo.

Más tarde presencié el ascenso del cantor ya a la normal distancia de cualquier oyente o espectador. Sólo por los años setenta volvimos a compartir una mesa y fue con motivo de presentarle al escritor español Fernando Quiñones. El viajero, flamencólogo y tanguero, era tan admirador de Rivero y de sus letras lunfa como de José Menese y sus cantes de cárcel; un castizo pero no un casticista ni un castizoide, al igual que Camilo José Cela o el académico Calvo Sotelo, también parejamente lunfardófilos.

Quiñones se llevó del cantor una impresión tan singular que, necesariamente, trató de resolverla en analogías. Recuerdo la que insinuó: "Sí hombre, es eso. A quienes me ha hecho recordar es a los toreros: esa majestad, esa gravedad..." No hubo oportunidad de explicarle que tal viril sobriedad es la del gaucho y que, a poco de tratar a Rivero, Aníbal Troilo ya lo honraba con ese preciso apodo, el de "Gaucho". Nadie que tenga más o menos claro el significado del tér-

mino y el arquetipo al que describe, puede dudar que Pichuco percibió lo mismo que el visitante español.

A propósito de este tema Canal Feijóo hizo una sutil advertencia: "Una cosa es la tristeza y otra la gravedad criolla, actitud ésta que en nada se opone al humorismo." Doy fe de que es así. Reencontrar a Rivero, alegría que debo al azar menos que a nuestro común amigo Ulyses Petit de Murat, me llevó a colaborar en la compilación de este libro y, a través de esa tarea, a nuevos descubrimientos acerca del famoso "Leonel". De ellos, no ha sido el más inesperado el de su sentido del humor, que ya está preanunciado por la elección de algunas de las letras de su repertorio.

Mayor sorpresa me causaron otras comprobaciones, como la de su laboriosidad infatigable y la de su empeñosa memoria. Rivero pone una enorme minuciosidad al servicio de cada recuerdo: palabras de remotos diálogos con anónimos personajes son registradas por él con una fidelidad casi magnetofónica. Y en apoyo de esa memoria tiene aún su ordenada biblioteca, su archivo de incontables artículos y recortes útiles.

La memoria de Rivero apoya un natural instinto de narrador, paciente y en ocasiones algo socarrón, modo también común a nuestros hombres de campo. Relata ordenadamente y con clara noción del tiempo propio de cada episodio, concediéndole al oyente ese respiro que, en torno de los fogones, debe haber valido para el agotamiento de un mate.

Es por eso que el relato de sus andanzas de músico y cantor puede resultar tan atrayente, aun habiendo despreciado (como es norma de Rivero) comprar la atención de nadie con baratijas de la vida privada. O ceder a la tentación de atraerlo con esa cohetería que, sobre todo en los libros de memorias, suele despreocuparse de los incendios que provoca en la propiedad ajena.

La deliciosa historia que, a través de breves capítulos, va eslabonando Rivero, contiene una sinceridad del signo más positivo. La sucesión de sus fracasos es presentada sin falsos pudores y hasta con humor. El narrador se apoya en todo momento en la modestia, no reniega del humilde guitarrista sobre el que se construyó la figura más importante de nuestra canción aparecida después de Carlos Gardel.

Y sin embargo, registro, estampa, idiosincrasia y hasta estilo de vida han sido en uno y en otro totalmente antagónicos. Sólo pueden haber coincidido en una parecida síntesis al formar sus repertorios. Tanto Gardel como Rivero han elegido ser "cantores nacionales", han abordado por igual el folklore rural y el urbano.

Pueden señalarse aun así diferencias. En Gardel esa amplitud se generó a partir de su propia percepción de un proceso de cambio en los gustos populares. Sus comienzos fueron anteriores al fenómeno explosivo del tango canción y, según el documentado Federico Silva, tanto Gardel como Razzano recelaron inicialmente del fenómeno. En Rivero, en cambio, el abarcamiento se da de manera tan natural como irrenunciable. Si excede al cantor de tangos es por un tácito mandato familiar y hasta genético, aunque su propio andar por la ciudad le dicte el otro imperativo, el menester tanguero.

Rivero no pudo olvidar la puerta por la que entró a la canción, acaso la más noble y clásica, la de los payadores. Parecidamente, su pasión de hablista y cantor lunfardo tampoco se despierta a través del mero recitado de ciertas letras, más o menos secretas. El lenguaje lunfa *le es dado también desde sus fuentes más herméticas. Del mismo modo que al músico y cantor lo enriquecerán grandes maestros del conservatorio, al iniciado en lunfardo lo graduarán los mayores creadores de poemas y canciones en ese lenguaje.*

Borges minimizó alguna vez al lunfardo llamándolo "vocabulario gremial, tecnología de la furca y de la ganzúa". Alguno de sus manes podría haberlo rescatado del error, por ejemplo Chesterton, quien advirtió que "todo slang *es metáfora y toda metáfora es poesía". O acaso el propio Whitman, quien también halló que "muchas de las palabras del* slang *de los pendencieros, jugadores, ladrones y prostitutas, son palabras poderosas". Paradójicamente, sabemos cuánto de su vida ha aplicado Borges a construir una nueva y gran metáfora. Cuánto también a rastrear las palabras más estrictas, menos erosionadas, en suma, aquellas de más intacto poderío.*

Rivero intuyó desde siempre esa verdadera energía de la naturaleza, el vigor de las palabras nuevas. Así como el tango y la milonga han sido los medios más concluyentes para fijar el lunfardo y proyectarlo a lenguaje popular, Rivero ha sido el máximo divulgador de sus palabras a lo largo de los últimos treinta y tantos años. Casualmente aquellos de mayor penetración de las mismas a través de todos los estratos sociales.

Quienes se han esforzado en descifrar débiles traducciones de Brel o de Brassens deben empezar a descubrir ya el riquísimo, a veces regocijante mundo del repertorio lunfardo de Edmundo Rivero. Este libro es, por lo tanto, una buena oportunidad de entrar, con el mejor cicerone, al más nuevo, mayor y fascinante yacimiento lingüístico de los argentinos.

Una luz de almacén *podría iluminar una vieja frase de Unamuno, que supo amar a la gente más que a las palabras y que, acaso por eso mismo, se interesó en su momento por el lunfardo. Don Miguel afirmó que "como no se ama al pueblo no se lo estudia, no se lo conoce para amarlo". Las páginas que siguen contienen un sinfín de posibilidades de apertura hacia ese tipo de conocimiento y, además, un testimonio de vida y obra de uno de nuestros juglares más definitivamente nacionales, menos necesitados del* versito *de la glosa, del* chamuyo espamentoso *de las presentaciones y de la lata de los prólogos extensos. Por eso, punto y aparte.*

Señoras y señores, con ustedes el músico, cantor, lunfardólogo, y ahora escritor Edmundo Rivero.

A BUENOS AIRES

En tu baraje gringo, ciudad mía,
vas perdiendo tus zarzos y tu brillo.
Tu malevaje está en la taquería
y apolilla en orsay tu conventillo.

Sos cadenera flor sin berretines,
que currás a los cuores con tu rango;
pero el choma que aceita tus patines
es canchero y varón, se llama tango.

Mis escoberos siempre harán candado
y en mi bobo de zurda sin falsía
aunque te dieron juego marquillado
pa mí vos valés más que una maría.

Yo seguiré scruchando en tu lunfardo
sin monseñor, jirafa ni bandera
y mi voz altillera será el bardo
que te cante la rima más canera.

Cuando llegue el final, si la de blanco
me lleva con el cura antes que al hoyo,
que el responso sea en lunfa, así lo manco.
Yo no aprendí el latín, de puro criollo.

Y así estarás feliz, matina y sera,
más contenta que santo en la leonera.

E.R.

No, claro que no, yo no hablo así todo el tiempo. Como casi todos los argentinos tengo el idioma como con raya al medio: de este lado las palabras "buenas", del otro lado las que esperan todavía la bendición pero que también son mías y que, a veces, me expresan con mayor claridad, con toda la fuerza de la idea o del sentimiento.

Los prejuicios y los miedos dividen, como tantos otros campos, también el de nuestro lenguaje y desde la propia escuela primaria. Mi amigo Juan Enrique Nervi ha señalado, en uno de sus ensayos, que existe un idioma aceptado para el patio del colegio pero que *no corre* en el aula, donde incluso el educador simula no entenderlo. Ojalá que este libro pueda darle un empujoncito más al trabajo que la Academia Porteña del Lunfardo, y muchos otros hombres de nuestra cultura, realizan para que tengamos un lenguaje más rico. Y más sincero.

Sé bien que mis versos de *A Buenos Aires,* que abren estas páginas, no me expresan con ese idioma del futuro. En el poema hay palabras que ya han muerto y otras que agonizan lentamente. Muchos términos del primer dialecto secreto de nuestros ladrones y nuestros *cafiolos* han cedido paso a nuevas voces, en tanto sus antiquísimas profesiones se ven jaqueadas por otras claves del malvivir.

Sin embargo, palabras de la misma cuna se han convertido en santo y seña nacional, no en *zarzos* y *brillos* perdidos. Pocos podrán ya saber que *monseñor, jirafa, bandera* o *santo* eran voces de laburo de *scrushante.* Pero *apoliyo, malevaje, cana* y muchas otras no necesitan traducción ni para las criaturas.

Mis versos cuentan un sentimiento de hombre sencillo, de guitarrero y cantor y lo hacen con palabras de un habla que, du-

rante muchos años, fue tan corriente como el cuchillo. Como él mismo, pudo ostentarse o esconderse según el lugar y las conveniencias; fue usada como herramienta y, a veces, hasta como juguete. Tangos y milongas fijaron muchos de esos términos por un tiempo o para siempre, lo mismo que hicieron con los personajes o los escenarios de sus propias letras. Por eso *El último organito* o *Cafetín de Buenos Aires,* por voz de los más altos poetas y testigos de la ciudad, hacen un *laburo* parecido al de *Mi noche triste* o *Mano a mano.*

Una parte sustancial de este libro está dedicada al lunfardo y contiene una relación de mis experiencias en su mundo original, así como el acopio de nuevas voces y significados que he ido rastreando durante años en los más distintos campos: los *tocos* de *parolas.*

Me han pedido también que este libro cuente una historia real: la de mi propia vida, que es como decir mi paso por la música y la canción, mi noviazgo tan durable con el tango. La mano es brava y no pienso ahora inventarme escritor, pero con un poco de paciencia y otro poco de consejo, trataré de cumplir con los dos compromisos que hicieron nacer este libro, el cual, por las dudas, lleva al final un sector para consulta de palabras que pudieran resultar misteriosas. Es, como lo hubiese llamado Yacaré, el *Abecedario.*

Digo, me parece, que tanto el "Deschave personal" como "El lunfardo y yo" son igualmente páginas de memorias por más raya al medio que las separe. Este forzoso tome y traiga de palabras nuevas y viejas, castizas y lunfardas no podrá tener otra medida que la del tiempo que se nos *pianta;* de lo que cambió y lo que está cambiando, visto por un hombre que todavía *yuga* de *violero* y de cantor.

Si un libro debiera ser siempre luz, este mío no pretende ser faro ni letrero luminoso. Me conformaría con que fuera útil y familiar a unos pocos de mis paisanos, como la modesta lucecita del título.

DESCHAVE PERSONAL

rante muchos años, fue tan corriente como el cuchillo. Como él mismo, pudo ostentarse o esconderse según el lugar y las conveniencias; fue usada como herramienta y, a veces, hasta como juguete. Tangos y milongas fijaron muchos de esos términos por un tiempo o para siempre, lo mismo que hicieron con los personajes o los escenarios de sus propias letras. Por eso *El último organito* o *Cafetín de Buenos Aires,* por voz de los más altos poetas y testigos de la ciudad, hacen un *laburo* parecido al de *Mi noche triste* o *Mano a mano.*

Una parte sustancial de este libro está dedicada al lunfardo y contiene una relación de mis experiencias en su mundo original, así como el acopio de nuevas voces y significados que he ido rastreando durante años en los más distintos campos: los *tocos* de *parolas.*

Me han pedido también que este libro cuente una historia real: la de mi propia vida, que es como decir mi paso por la música y la canción, mi noviazgo tan durable con el tango. La mano es brava y no pienso ahora inventarme escritor, pero con un poco de paciencia y otro poco de consejo, trataré de cumplir con los dos compromisos que hicieron nacer este libro, el cual, por las dudas, lleva al final un sector para consulta de palabras que pudieran resultar misteriosas. Es, como lo hubiese llamado Yacaré, el *Abecedario.*

Digo, me parece, que tanto el "Deschave personal" como "El lunfardo y yo" son igualmente páginas de memorias por más raya al medio que las separe. Este forzoso tome y traiga de palabras nuevas y viejas, castizas y lunfardas no podrá tener otra medida que la del tiempo que se nos *pianta;* de lo que cambió y lo que está cambiando, visto por un hombre que todavía *yuga* de *violero* y de cantor.

Si un libro debiera ser siempre luz, este mío no pretende ser faro ni letrero luminoso. Me conformaría con que fuera útil y familiar a unos pocos de mis paisanos, como la modesta lucecita del título.

DESCHAVE PERSONAL

Puente Alsina. Retrato de familia

Bebí mis años y me entregué sin luchar, confiesa el protagonista de *Cafetín de Buenos Aires,* ese tango que tantas veces canté. Bueno, fijesé, no es mi caso; después de mucha pelea ahora estamos bien de cuentas con la vida. En todo caso yo podría decir que canté mis días, que los hice música y que traté de no entregarme nunca, por mala que viniese la mano. Y si algunas veces perdí las mismas ilusiones y me lamenté, quizá en los mismos cafetines, a lo mejor fui más terco, o más zonzo, y salí siempre de nuevo a buscarlas. Lo primero que de entrada nomás casi pierdo, fue la propia vida apenitas estrenada. Ahí sí que quienes me salvaron fueron los míos, y la ciencia... Pero, más despacio, que no es vals.

Al enfrentarme a este libro, los que saben me aconsejaron que no me apure, que no olvide nada, que a la gente le interesan las cosas que vivieron o vieron las personas conocidas, que de todas ellas quedan lecciones de vida, y todo eso. No creo que sea para tanto pero, por las dudas, trataré de no errar la partida, de contar parejito, aunque esto es distinto de cantar porque la cosa es sin letra. Pienso que los viejos payadores tampoco la tenían, pero a ellos los orientaban las estrellas de la rima.

Nací, precisamente, en tiempos de payadores y serenatas: el 8 de junio de 1911, año en que había guerra en el mundo, como siempre, pero no era muy grande todavía y mataba muy lejos. El primer cielo que vi podía haber sido bueno para la paloma de la paz, sobre todo de día. Mi primera luz fue la de ese Sur que tantas veces cantaría luego con palabras de Manzi y música de Pichuco. Porque más Sur que el propio Puente Alsina, imposible. Era como el Polo Sur de Buenos Aires, de Pompeya, de la inundación.

Máximo Aníbal Camilo Rivero, mi padre, trabajaba en la estación cabecera del entonces Ferrocarril Midland, hoy Belgrano, que había sido construida apenas tres años antes. Era ferroviario

como Agustín Bardi, Rafael Tuegols, Domingo Santa Cruz y Francisco Lomuto. Si nunca jugó todo su resto a la música y al canto que él también llevaba en la sangre, fue quizá por dedicar sus desvelos sólo a la familia, por darles un pan más seguro. De todos modos, aquella primera casa nuestra al pie del puente, del lado de "la provincia", lo mismo que después cualquier otra donde estuviéramos, estaba destinada a ser lugar de guitarra y de canciones.

Mi madre se llamaba Juana Anselma Duró y supo acunarme con estilos y vidalitas, adelgazando hasta el susurro su voz rica y plena de soprano lírica. Lo mismo que mi padre, era muy hábil guitarrista y también la canción formaba parte de su vida.

Barítono ferroviario y soprano ama de casa, cosa de aquellos años en los que la música era el punto de encuentro de la queja con la esperanza; a veces hasta con la fama y la fortuna. Parece que, justamente, fue por entonces que se juntaron los caminos de Gardel y de Razzano; unos dicen que en lo de Gigena, otros que no; algunos que fue ese mismo año once y otros que algo después.

Debe de haber quedado para siempre en mi oído la suave armonía de las canciones maternas, casi todas sureras, orientales, cuyanas. Sin embargo, ya la voz de la ciudad empezaba a ponerle palabras al tango o, como Discepolo diría a propósito de Contursi, haciendo subir el tango de los pies a la boca. Pero, aunque me tocara nacer en Puente Alsina, no puedo decir que me acunó el tango, todavía no era su tiempo aunque sí el del final de la habanera. Las nacientes orquestas comenzaban a definirse: fue justo en ese 1911 que Vicente Greco, contratado para grabar por la Casa Tagini, puso a su conjunto el rótulo de "Orquesta Típica Criolla". Un año después, uno de sus músicos, Francisco Canaro, formaría su propio grupo y comenzaría su ascenso imparable.

Sólo entonces los fuelles empezaban a pelear a las guitarras (y a las locomotoras) el silencio de las noches al pie del puente, donde sonaba también, de tanto en tanto, el silbato de ronda de los chafes de casco prusiano. Pero el tango tenía grandes planes; era un ocho con un globo en Palermo y ya enredaba al centro en su viboreo. Saltaba desde los lugares de mal nombre a otros más inocentes; hacía un corte por Entre Ríos o Callao, una corrida por Córdoba y hasta metía la rodilla, sin complejos, en plena calle Corrientes.

Los Rivero, aunque porteños, todavía no habían anclado del

todo en la ciudad. Mi padre tenía que ver con la instalación de estaciones y, Puente Alsina, había sido para él un destino más, como antes lo fueran andenes mucho más polvorientos: Catriló en La Pampa, Huinca Renancó en Córdoba. Eso fue antes de nacer yo, pero cuando ya había venido al mundo mi hermano mayor Aníbal. Y así volvió a ser, porque apenas empezado el año 1912, don Máximo Aníbal, doña Juana Anselma, mi hermano y yo, éramos una familia rumbo a su futuro con todos sus bienes sobre un tren.

Partíamos con la casa a cuestas, guitarras y partituras también, detrás de los pitazos y la humareda de una locomotora en serio, de esas de las de antes. Ibamos cerca no más, pero cambiando paisaje, entrando en los de la pampa inmensa de las viejas canciones, la misma de los abuelos gauchos de mi padre. La misma que vio morir a Mister Lionel Walton, abuelo de mi madre, lanceado por la indiada, en uno de los tantos viajes en que las galeras no llegaban a su destino.

Moquehuá. Si se salva el pibe

En aquellos años, y todavía muchos después, el ferrocarril llevaba hasta Moquehuá pasajeros y carga. El pueblo fue quedando encerrado entre otros de más fortuna, de más pronto "macadán", como le decían al asfalto. Chivilcoy, Bragado, Veinticinco de Mayo, Lobos, Navarro y Mercedes se repartieron el mazo y le dejaron los cuatros a lugares como Moquehuá. Los mapas no lo diferencian mucho de Villa Moll, Pedernales o La Rica; son localidades, que le dicen. Pero fue allí, en Moquehuá, donde me tocó aprender a dar mis primeros pasos y a decir mis primeras palabras; tal vez fue ese el primer lugar de la tierra que sentí como mío y, por algunos años, como el mismo centro del mundo.

Mi padre había sido nombrado JEFE DE LA ESTACIÓN, así con mayúsculas, como seguramente figuraba en los carteles y en los "Avisos", en la pizarra. Curioso: hace poco me contaban que don Atahualpa Yupanqui, cantor de respetar si los hay, es hijo de ferroviario, de un jefe de estación también acaso sacudido por esos traslados dispuestos en lejanos despachos, en oficinas pobladas por rubios eficaces y aburridos. Ellos, al fin de cuentas, también habían sido trasladados, y mucho más lejos: a una estación de punta de rieles, a un país en el fin del mundo.

Y también no hace mucho, visitando la vieja estación Puente Alsina del Midland, me tocó enterarme de que también fue jefe allí, en años que no tengo muy precisos, el padre de una señora cuya voz también recorrió el mundo: Lolita Torres. Lo que son estos ferroviarios ¿no?

Pero volviendo a Moquehuá les digo que, según me contaron después mis padres, nuestra recalada en el corazón de la llanura fue un tiempo sereno y alegre, pobre de cosas pero rico de amigos y de nuevas canciones. También la pampa era todavía una gran guitarra y, aunque los almacenes de ramos generales no solían

traernos las novedades de las editoras musicales porteñas sino por pedido expreso, mi padre se hacía remitir muchas piezas por el propio telégrafo del ferrocarril. Con las letras no había demasiado problema, pero telegrafiar música no es tan sencillo...

Moquehuá... He vuelto allí hace poco tiempo y descubrí que todo está igualito, o casi, a lo que recuerdo o me contaron. Los árboles, pocos y viejísimos y, detrás de ellos y de las casitas desparramadas, un horizonte parejo, prolijo como hecho con regla. Recorrí el andén de la estación a la hora solitaria de la siesta, pero me imagino que allí es ahora todo el tiempo de soledad y espera. Vi la casa del JEFE, los viejos carteles de letras blancas en fondo negro con el nombre MOQUEHUA agrisándose, traté de meter mis años provincianos en una hora de visita furtiva, como si un miedo de pibe me estuviese mandando volver.

A Moquehuá llegué la primera vez en brazos, y de allí me iría años después sin poder dar siquiera los pasos que había aprendido, sin aliento casi para decir una sola de las palabras que estaba empezando a manejar. Una enfermedad que por aquel tiempo los médicos no supieron nombrar, puso a mi vida en grave peligro y, a mi padre, lo enfrentó a una decisión que le costaría el puesto: venir él mismo conmigo a Buenos Aires para intentar salvarme.

Y nos volvimos todos nomás. En la ciudad estaban todavía algunos buenos amigos y, uno de ellos era el propio Alberto Barceló quien es testigo de mi acta de nacimiento. Barceló era hombre fuerte del partido Conservador en Avellaneda, pero lo curioso es que mi padre y mi familia nunca habían dejado de ser radicales. Lo curioso o, mejor dicho, lo lindo, porque en aquellos años las ideas podían ser distintas, pero la amistad una sola. No sé bien si fue por vía de Barceló o de algún otro amigo que podía hacerlo, pero al llegar a Buenos Aires ya teníamos turno para los mejores profesores. Y me salvaron, hombres cuyos rostros no recuerdo y cuyos nombres no supe.

Mi agradecimiento no es menor por eso. Abarca a gente también anónima de Moquehuá, hombres y mujeres a los que mis padres seguramente mencionaron y yo olvidé, pero que ellos y yo recordamos como solidaria, servicial, gaucha. A todos les debo el haber llegado a sanar y, a Moquehuá, nombre que saboreo como una fruta, siempre le reconoceré algo más que el aprendizaje del andar y del decir: fue allí donde me tocó empezar a pelearle a la muerte el derecho a estar todavía de este lado del piso.

Ese mismo rival, fiero y seguidor, supo tirarme cada tanto uno que otro planazo, pero ya nunca me asustó. Quizá yo había aprendido bien temprano que la muerte nos provoca cada día y cada minuto, pero que nos puede entrar a fondo una sola vez. Y será más bien tarde, siempre que no le demos ventaja y que, sobre todo, tengamos de laderos a cariños de buena ley.

Saavedra. El tío y los sueños

Don Máximo Aníbal debió de haber pasado muy malos ratos cuando llegó a la gran ciudad, viendo como se le estaba por ir un hijo y ya se le había ido el trabajo. No tengo muy claro cuál fue el modo en que se fueron resolviendo sus cosas, pero sí que en mis recuerdos de infancia no están las angustias ni las quejas por lo material. Si hubo problemas no me los hicieron sentir ni compartir, todo lo contrario de lo que pasó con la música y las canciones.

Luego de mi curación nos instalamos en una casa grande del Barrio Saavedra, la de mis abuelos. Éste es el hogar que más dulcemente recuerdo: una casa como todavía quedan algunas por la zona, con sala generosa de ventanas enrejadas y una galería dando sombra y reparo a las piezas, más el patio con parral, más la huerta al fondo. Allí disfruté de la bendición de las siete higueras; cada una de ellas con sus higos de diferente color y sabor: blancos, rojos, negros. Había también una granada (o un granado, como le decía el almacenero asturiano), pero las higueras eran nuestra maravilla.

Cada verano nos traía, no sólo el premio de sus frutos, sino el de varios enormes frascos de ese dulce casero que, por entonces, muchas madres solían hacer pero pocas tan rico como la mía. Las higueras eran además la sombra placentera en esas horas en que el aire hervía y, cuando lo que ardía era nuestra imaginación de chiquilines, también podían ser para mi hermano Aníbal y para mí palmeras tropicales, torres de un castillo, puentes de un buque pirata.

Por aquellos años Saavedra era, de todos modos, una orilla verde. Las quintas se extendían hasta Belgrano, donde solían contener casas más y más señoriales. Pero si lo que se orillaba era el río, el paisaje se entristecía en apretones de pobreza y malevaje: era el Bajo. Más allá de Belgrano venía ya el Palermo que contó

Borges y cantó Carriego, con otra ribera brava, la del Maldonado. También con las primitivas glorietas tangueras: Tarana, que después fue Hansen, y el Velódromo, donde "chiflaba" Bazán. Fui chico de años para conocer esos boliches, pero alcanzó a llegarme su historia.

El organito era noticia de casi todos los días. Sobre todo el chico, ese de la cotorra adivina y sus papelitos de colores, ese cajoncito musical llevado a puro cogote por el infaltable italiano bigotudo. De vez en cuando aparecía el otro organito, el que nombra el tango famoso, ese carro "con un caballo viejo y un rengo y un monito". Y con su hornacina mágica donde giraban al ritmo de la música "la pálida marquesa y el pálido marqués". El órgano de manivela no sólo convocaba al "coro de muchachas vestidas de percal" sino a todo el barrio: los pibes crecíamos de golpe ante el milagro de la música, y los ancianos rejuvenecían por los instantes que duraba su ilusión.

Todas esas relaciones uno las va enhebrando de grande, porque de chico, después de mi curación fui un pibe casi como todos los demás. La única diferencia era mi afición a la música que, a veces, podía hacerme vacilar entre un buen picado de "fóbal", como le decíamos entonces, o ir a ponerle la oreja a alguno de los más famosos guitarreros del barrio.

Uno de ellos era mi propio tío Alberto, personaje decisivo en mi vida, como el de la canción de Serrat debe haber sido para mi amigo el cantautor catalán. Mí tío Alberto tocaba en un conjunto de tango; bueno, es decir, era el guitarrista de un trío con *fueye* y violín. En fin, era un profesional; imagínense la seducción y la influencia que sobre este sobrino puede haber ejercido un pariente de ese calibre.

Con el tío Alberto entraba a casa, como un contrabando tolerado y difícil de disimular, un doble lenguaje secreto que nos iba a unir con un lazo que sólo intentó desatar su muerte: uno fue el desparpajo musical del tango y, el otro, el misterioso rompecabezas del lunfardo.

Muchos libros y un libro

Sin embargo, un chico sano (y yo por suerte había vuelto a serlo), no se conforma con un solo sueño, una sola audacia ni un solo misterio. Yo tenía también mis aventuras, mis lecturas y mis juegos que, a su vez, gozaban de distintos escenarios. Por ejemplo el del parque Saavedra que, por entonces, tenía un foso en derredor y un puente levadizo. Al caer la tarde, el puente se izaba, dejando al parque aislado del resto del barrio. Por si fuese poco había también una especie de castillo con su torre, falsamente medieval. Era la escenografía perfecta para revivir historias leídas en Dumas o Salgari, lecturas disponibles allí mismito, en el propio parque.

Porque nuestra ciudad fue, alguna vez, capaz de pensar sus parques más alejados con lugares para la música y para la lectura. En ese de Saavedra había una muy buena biblioteca municipal donde yo, como la mayor parte de mis compañeros, pude conocer a D'Artagnan y a Sandokan, asombrarme ante las anticipaciones de Verne, que nos parecían imposibles y, en caso de audacia mayor —como yo llegué a tener— aventurarme en otras magias superiores como la Divina Comedia traducida por Mitre.

También en casa había muchos libros porque mi madre era una gran lectora, una romántica a quien la influyeron hasta en la elección de nuestros nombres. Mi hermano llevó el de Aníbal no tanto por continuar el segundo de nuestro padre, sino porque le recordaba a mamá al gran guerrero y conquistador. Mi propio nombre de Edmundo, se inspiró en una lectura que impresionó mucho a mi madre: la de "El conde de Montecristo". Y, bien mirado, a lo mejor tuvo bastante que ver con mi tenacidad y mi fe en el triunfo final, el ejemplo de aquel castigado Edmundo Dantés. Sé que mi hermana menor, Lidia Eva, debía su primer nombre a una famosa comarca griega escenario de una historia menos famosa y que olvidé yo también.

Y no sólo desde los estantes nos influía la literatura. En la propia familia había un escritor de nota. Era hermano de mi madre y se llamaba Rogelio Duró, pero nunca consiguió (salvo ahora mismo) vencer la influencia del tío músico que, desde el cielo, debe estar mirando de reojo como me ensayo escritor. No tema, Don Alberto Duró, un tropezón no es caída.

Además, tendría que decirle, no se olvide que usted mismo rasgueaba para escucharme leer con más agrado cierto libro, como queriendo meter sus tristezas y sus picardías en yunta con las de su guitarra. Ése era el libro que usted prefería y, también, el que yo más quiero. Muchas veces después repetí los mismos versos ya de memoria ante muchos públicos, pero debo reconocer que no pude dejar de copiarle su manera de ponerle guitarra al Martín Fierro, su libro, el único que me hizo abrir. Y ya fue mucho.

No era difícil ser pibe

Me falta explicar todavía de donde saco el extraño nombre por el que me tratan los íntimos: Leonel, pero el atento lector ya habrá encontrado la conexión. Mi madre no pudo conseguir que le aceptaran textualmente, en el Registro Civil, el *Lionel* de aquel bisabuelo inglés lanceado por los pampas. Y se conformó nomás con el Leonel castellanizado y con mi pelo rubio, aunque esto se lo deba más bien a los Rivero. Los Duró eran de origen gallego, pontevedreses morochones como mi madre y, de los Walton, después de aquella arremetida de la indiada se nos perdió todo rastro.

Sépase que en mi infancia indio no quería decir piel roja, sino pampa, ranquel, araucano. Las historias de malones eran todavía contadas por los ancianos de la familia o por otros visitantes memoriosos; inclusive mi propia madre las contaba. El país era nuevito hacia el sur y los payadores siempre incluían entre sus temas el del indio, el de la cautiva o el del caballo pampa, junto con los asuntos filosóficos, amorosos o de protesta social.

Ahora que lo pienso, mi propia infancia en aquel barrio tuvo algo de vida en una nueva frontera. Buenos Aires tenía ya mitad de inmigrantes en el total de su gente. Habían llegado anticipándose a la tremenda guerra o escapando de sus horrores y, aunque Saavedra no fuese de los barrios de mayor concentración de recién llegados, su criollismo se enfrentaba a vientos de zarzuela y de canzoneta.

Mis compañeros de colegio eran —y así sería la cosa por muchos años— también "el Gallego", "el Tano", ""el Ruso", como los llamábamos sin mala fe ninguna, hasta con cariño; atendiendo más a la patria de origen de sus padres que a la de ellos mismos. Y estos pibes parecían a veces más apasionados que nosotros, los hijos de criollo, por las cosas de esta tierra. Lo pude comprobar porque muchos de ellos fueron lo que podría llamarse mi primer público, mis primeros simpatizantes..

Cuando llegué a los nueve años me las arreglaba bastante bien con la guitarra y hasta tenía una propia, pareja con mi estatura casi. El tío Alberto me había enseñado *El Pericón Nacional* y ésa fue la primera pieza que supe tocar completa. No mucho después tenía dos pericones en mi repertorio, porque aprendí el otro, el uruguayo, que se llama *Pericón por María*. Y fue en el colegio donde hice mis años de primaria, el "Molinari" allá por Núñez y Estomba, donde me tocó debutar como artista precoz.

Mis compañeros no se conformaban con escucharme en las fiestas escolares y, muchas veces, me pedían que a la salida de clases fuésemos hasta mi casa para oírme cantar otras cosas, décimas de payadores o viejas canciones sureras. Sentados en la huerta, en el patio, o en la propia vereda debíamos ser un raro espectáculo. Tan petisos todavía, con los guardapolvos blancos que nos igualaban, cautivados por canciones que hablaban de potros fieles o de guerreros infieles. O peor todavía, coreando otras que contaban de injusticias, traiciones y hasta vicios que, por suerte, no entendíamos para nada.

Se podía ser niño casi sin mezcla ni impureza. Había asuntos muy graves para los mayores pero que casi no nos rozaban, por ejemplo la tremenda guerra lejana de la que recuerdo, más que nada, la noticia de su final y la alegría de la gente ante una palabra rara y nueva para mí: armisticio. Hubo también poco después, como a mis ocho años, una semana terrible en la cual no tenía nadie ganas de cantar, ni de hacer música y oí decir, que morían hombres de los talleres, y policías. Aquella vez, por unos días, pareció como si de pronto nos hubieran cambiado la cara de la gente o el nombre de las cosas.

De todos modos eran temas de los adultos y, cuando a ellos les volvía la sonrisa, el mundo volvía a ser perfecto. Los peligros eran los de siempre: los tremendos enemigos del otro lado del foso del parque, o detrás de las higueras desafiando a los mosqueteros del rey o a los bravos del Tigre de la Malasia. O, apenas menos temibles, los delanteros de un equipo adversario cargando contra la valla del equipo del barrio, el "Ciudad de México" defendida por mí, por el futuro arquero del "combinado" argentino: el gran Rivero.

Tiempo de estilo o de vidalita

La familia se completaba con una hilera de personajes que los años me han borroneado pero no del todo. Imposible olvidar a mi abuela, que era partera (ahora le dirían obstétrica) y que a pesar de su concreta tarea gustaba llamar "angelitos" a los bebés. Para ella no debo haber dejado nunca de ser un querubín apenas agrandado, para que vean. Y estaba también mi tía que era directora de escuela en Belgrano, con su permanente consejería acerca de mis estudios y mi futuro. Había una manera de hacernos sentir que, de verdad, este país era mal lugar para la muerte y la tristeza, que importaba lo nuevito; lo que nacía o estaba creciendo tenía algo de sagrado.

Había otro tío (en verdad un tío abuelo) al que llamábamos Don Duarte y que también puso lo suyo en mi formación o, cuando menos, supo ser apoyo para encontrar la certeza de mi vocación. Vivía en un lugar casi mágico, una quinta por Cabildo y García del Río en la que, como en muchas otras de las más antiguas de la zona, se "tiraba" esgrima y se practicaba el boxeo, se jugaba al ajedrez y, sobre todo, se hacía buena música.

De la quinta de Don Duarte recuerdo también la profusión de instrumentos disponibles: no sólo varias guitarras sino violines, un arpa, varios bronces y, por supuesto, un piano. Por esa casa pasaron muchos grandes músicos amigos de mi tío que, a menudo, venían de otras ciudades y hasta de otros países, convocados a memorables asados de muchos comensales. Ése era sólo el suculento pretexto, porque el amor común a todos era la música, que solía ocupar casi todo un día y buena parte de la noche.

El lugar, por sí mismo, fue también escenario de aventuras y sueños infantiles, casi tanto como el huerto de las siete higueras y el viejo parque con su puente. Recuerdo todos esos lugares con cada uno de sus mínimos detalles, bajo el rayo del sol o la luz de la

luna, con niebla y con aguaceros. Hasta con nieve. Y no hay despiste, porque tendría yo siete años cuando, por única vez que yo sepa, nevó en Buenos Aires.

Pero en lo de Don Duarte mis sueños fueron enfrentando la posibilidad de aprendizaje variados y concretos: sonar una trompeta, mover las piezas del ajedrez, calzar como de broma unos enormes guantes de boxeo y hasta empuñar, por un momento, un legítimo florete digno de Aramís. De todas esas experiencias retornaba, como un hijo fiel, a mi querida guitarra, a la casa en que los Rivero, con la más pichona del grupo, Lidia Eva, se acercaban a tener por fin el soñado quinteto de buenas guitarras y buenas voces.

Mis años de infancia no fueron nada parecidos a los de un chico de ciudad, tal como hoy podría pensarse. En mi barrio el color que mandaba era todavía el verde, no el gris. Y si otros tonos más gritones le discutían el derecho podían ser el rojo de un ceibo o el azul de las campanillas en los alambrados o, detrás de ellos, el oro de los mirasoles. Volaban cardenales y tordos y chingolos, dejando oír entre cien cantos el de la criolla calandria. El aire no olía a petróleo quemado sino a cina cina y madreselva...

El recuerdo de esa infancia me viene en tiempo de estilo, o de vidalita, como si mi madre hubiese escrito, desde la clave, toda la partitura.

Mis maestros cantores

De mi madre, sin embargo, recibí también el legado de milongas viejísimas que todavía canto, como la *Milonga en negro,* traída a la ciudad por el payador Higinio Cazón, así como *China hereje,* que es también de mi más remoto repertorio, la debo al gusto de mi padre por ese tipo de canciones viriles y, sobre todo, a su admiración por otro payador: el oriental Juan Pedro López. Y creo que hemos llegado al punto en que conviene explicar un poco esto de la herencia de payadores que llevo tan a la vista.

En los años de mi infancia el lunfardo todavía terminaba de macerarse en *leoneras* y *taquerías,* en *quecos* y *bailongos,* a pesar de que su existencia había sido reconocida ya cuarenta, cincuenta años atrás. Una que otra palabra asomaba de vez en cuando en las canciones del pueblo, pero sólo el tango habría de ser capaz de hacer durables a esos términos, de abrirles cancha para siempre.

El propio tango había empezado a buscar su destino: ya no se concebían los títulos desfachatados de los orígenes, como *Dame la lata, Mordeme la oreja izquierda, Dos sin sacar* y otros de comprensible parentesco con los lugares donde se empezaron a bailar. *Mi noche triste,* en 1918, cambia la historia; es el teatro con sus grandes públicos de entonces quien pondrá ese título y esas palabras en boca de todos, como poco después, en 1920, hará con *Milonguita* y luego con otros muchos.

Es el fin de la "guardia vieja", el nacimiento de la nueva orquesta típica. El tango cantado pasa a ser un artículo de aceptación popular o, como ahora se diría, de "consumo masivo". Roberto Firpo desencadena una innovación fatal para los guitarreros al introducir el piano en los conjuntos típicos. Desalojada de allí, a la *viola* sólo le queda como destino posible el acompañamiento del cantor solitario. Hasta los cines y teatros van haciendo lugar a los pianos, o a los conjuntos que lo incluyen, y empiezan a desapare-

cer los tríos, cuartetos o quintetos en los que la guitarra era fundadora y guía. Pero por un buen tiempo la vihuela aún será defendida por los últimos payadores.

Yo era apenas un pibe convaleciente del gran *jabón* de Moquehuá, cuando murió Gabino Ezeiza, casualmente el mismo día de 1916 en que asumió su primera presidencia Hipólito Yrigoyen. Pero por el barrio de Saavedra, lo mismo que por las otras orillas de la pampa, por los corrales del Oeste o del Sur donde los reseros se juntaban, supo perdurar la presencia de los payadores.

Alcancé a conocer a algunos de larga fama y, ya adolescente, a acompañar a otros que, como alguna vez sucedía, eran hábiles improvisadores pero negados para la guitarra. El de payador es un destino al que llegué tarde pero, alguna vez, me prendí también en el viejísimo juego al menos para confirmarme lo difícil y hermoso que era. En ocasiones me han dicho que se me reconoce cierta influencia de aquellos poetas y cantores; si fuese verdad sería uno de mis mayores orgullos, de mis mejores méritos.

A otros de aquellos hombres los conocí cuando, ya grandes también en edad, se acercaron a mí con su saludo y los modestos libros o folletos en que habían reunido sus hazañas. De ellos —y de mi memoria— he recogido algunos fragmentos que me parecen un homenaje justo y necesario en mi propio libro.

El oriental López

Payador no puede ser
cualquiera que se disponga
por más que en una milonga
pueda el mozo florecer.
Primero debe tener
conciencia de lo que toca
y si algún recuerdo evoca
debe hacerlo penetrante
para que sea el consonante
un pensamiento en su boca.

Esta improvisación fue del uruguayo Juan Pedro López, hombre que había sido descubierto por el propio Gabino Ezeiza y que alternó con Betinotti, Nemesio Trejo, Luis Acosta García y con el después prócer tanguero Angel Villoldo. López no solamente supo definir la responsabilidad del payador sino lo misterioso de su don:

Que para ser payador
no hay estudios, ni se aprende;
es el divino fulgor
de un rarísimo señor
que ni él mismo se comprende.

No es raro que esa mágica facilidad haya impresionado a los poetas llamados "cultos". El español Francisco Villaespesa, de visita en lo más alto de su fama, abrazó a López luego de que éste le dirigiera una bienvenida, así terminada:

Villaespesa, no se asombre,
ya termino, no haga caso,
que ha sido sólo el chispazo
de un gaucho improvisador
que está implorando, señor,
la alegría de su abrazo.

Como la mayoría de sus colegas, el oriental López supo también cantar las injusticias sociales con tono de iluminado predicador laico:

Que vengan los obreros
sin pan y sin trabajo,
que yo con mis canciones
los iluminaré;
mi voz es la campana,
mi lengua es el badajo
que está golpeando siempre
las puertas de la fe.

No, las canciones de protesta no empezaron con Joan Baez; la pobreza tampoco. Era uno de los temas más tratados por los payadores.

Don Martín el rebelde

Quizá don Martín Castro haya sido el más testarudo denunciante entre aquellos cantores. El legendario payador de Merlo fue cliente de casi todas las comisarías de los suburbios y hasta del centro, sindicado como anarquista por versificaciones como éstas:

Parece que el pueblo fuera
la base donde se apoya
toda la pereza criolla
toda la holganza estatal.
...
sin embargo la pereza
defendida por la espada
es la fuerza organizada
para advertir y regir;
de ella es el agua, la tierra,
la carne, el trigo, la fruta,
del obrero es la cicuta
desde el nacer al morir.
...
Mientras vigila el gendarme
duerme tranquila la usura...

Etcétera, etcétera. Hay otros más dramáticos: de ollas populares, de desocupados, de manejos financieros. Estos versos que siguen parecen también pensados para ahora mismo:

Hay que aminorar el lujo
y desagringar la moda,
desarraigar con la poda
todo lo gringo importao...

Don Martín tenía incluso su propia visión de la historia:

Al gaucho lo utilizaron
los caudillos del lugar,
lo armaron y lo mandaron,
él, obedeció no más.
Los hizo marchar Ramírez,
Oribe contramarchar.
Él defendió a los caudillos
pero no a la libertad.

De aquí los mandaba Rosas,
Quiroga los mandó allá,
peliaron para Lavalle
combatieron para Paz.
Le obedecieron al Chacho
Urquiza los mandó igual.
El gaucho no fue a la guerra
por su propia voluntad.

Y solía embestir también contra los vicios, por ejemplo con esta fulminación de los elaboradores de bebidas alcohólicas:

Es la industria que produce
desechos de toda historia
la atrofia de la memoria
y de la ruina moral,
forja las sombras anónimas
epidemia y paralisis
y una epidemia de crisis
en todo el orden social.

O esta contra el propio fumador:

Es un suicida cobarde
neurótico y enigmático
que quiere morir asmático
esgarrando a viva tos;
quiere morir absorbiendo

de un pucho el divino zumo
mientras entre encantos de humo
la vida le dice ¡adiós!
....
Sufre agudas afonías,
incurables carrasperas,
palpitaciones, sorderas,
trastornos en la visual,
porque el tabaco tapona
las vías respiratorias
y obstruye las trayectorias
del digesto estomacal.

Éstas eran sólo algunas de las obsesiones moralizantes e higiénicas del purísimo Don Martín, personaje construido desde aquel peoncito huérfano y castigado que él mismo supo ser.

Reparaz, el comisario

Don Roberto Reparaz, aunque comisario de policía, fue amigo y admirador de Martín Castro y, como él, dejó inspiradas rimas que también podían ser hoy útiles a LALCEC:

No me gusta aconsejar
pero si pueden les digo:
no fumen más un tabaco
importado ni argentino,
no se aten a la desgracia
de ese maldito vicio.
Sálvense, sean más fuertes
hagan cualquier sacrificio.

Por el vicio del tabaco
cuánto desgraciado he visto
primero cortar un dedo,
luego arriba del tobillo,
porque la arteroesclerosis
la experimenté en mí mismo.
Le llaman mal del simpático
¡qué ironías del destino!

Es de comprender que este tipo de artista no haya tenido públicos más amplios. Ahora tampoco le habría resultado fácil conseguir avisadores a Reparaz que, como Castro, no eludía los temas sociales:

Desnutridos y descalzos
siguen andando
sin doblar las rodillas
todos los gauchos
....

Esperanza del mundo
volvé al trabajo,
el sudor que te baña
te irá limpiando.

Don Roberto dejó sin embargo otro tipo de versos: endechas para amables personajes como *Francisca la pastelera* o *Enriqueta la puestera,* improvisaciones respetuosas pero seductoras. Y se preocupó también por homenajear a casi todos sus colegas contemporáneos: Martín Castro, García Morell, Navas, Acosta García. No parecía haber celos entre estos últimos payadores.

Además de buenos cantores y casi siempre guitarreros, también podían ser todavía bravos jinetes. Castro y Reparaz lo fueron pero quizá no tanto como el chubutense Julio S. Cabezas, más famoso aún por su destreza sobre un caballo que como buen payador que fue. Una de las improvisaciones que lo sobrevive es aquella llamada *El más jodido soy yo:*

Según cuenta mi abuela
el más jodido *soy yo,*
que tata, cuando nació,
vino al mundo con espuelas,
y toda mi parentela,
mis hermanos como mama,
montaban cara p'atrás
hasta de cuatro enancados.

Como se ve, la verseada toma a la palabra *jodido* en su inocente acepción campera y glorifica a una familia toda de jinetes. Pero de Don Julio lo más conocido quizá es *Mi última voluntad,* en que el gaucho previene ya cerca de su fin:

Otra cosa que no quiero
y tenela muy en cuenta,
que un gringo corte polenta
con mi facón caronero.

Antes de eso prefiero
lo rompás por la mitad
y en dos pedazos quizá,
me sirva como una cruz.

Juan M. Pombo y "Charrúa"

Al final de Cabildo, ya frente al mismo Puente Saavedra había un famoso boliche que, con el tiempo, llevaría el mal nombre de "El Cajón". Allí, de pibe y desde la puerta escuché como hipnotizado a alguno de estos cantores. Después, ya muchacho y formando la rueda misma o hasta acompañándolos con mi guitarra, fui completando el aprendizaje de sus muchas lecciones.

De ellos, los propios cantores de la época solían recoger motivos o letras íntegras que llegaban a veces a ser popularísimas. Por ejemplo algunas de Pombo, autor de *El huérfano,* que tenía *ganchos* tan alegres como éste:

...Y el viejo sepulturero
al niño triste le dijo...

o como *La cama vacía,* cuyo comienzo era:

Desde el lóbrego hospital
donde se hallaba internado
casi agónico, y rodeado
de un silencio sepulcral,
con su ternura habitual,
la que siempre demostró,
quizá con esfuerzo o no,
desde su lecho sombrío
un tísico amigo mío
esta carta me escribió:

Juan M. Pombo tuvo también arranques hacia los mismos temas de Castro:

...y frente al cañón que aterra
verán mis gauchas acciones,
lo que no quiero es mandones,
es ser carne de machete
ni mucho menos juguete
de caciques con galones.

Es de imaginar la emoción de los sencillos oyentes que escuchaban una o más guitarras capaces de ponerse detrás de ese desafío, reforzándolo. O acentuando el efecto, todavía más seguro, de historias que podían comenzar de esta manera:

Frente a un palacio de granito
propiedad de unos ricos hacendados
se levanta un conventillo triste y sucio
propiedad de los mismos potentados.

Hoy pueden hacer sonreír algunas de estas letras, pero en su tiempo no fueron populares porque sí nomás. Eran palabras que llegaban a los humildes con su misma humildad, con historias cercanas a sus propios males y a sus mayores peligros. Ese predicador guitarrero que había en cada payador era de verdad un hombre solidario; era parte del oficio de cantor estar contra lo inmoral. La única "viveza" permitida era la del repentismo del consonante; la sola superioridad tolerada era la de un cantor de más luces.

Esa altivez está bien expresada en versos de otro uruguayo, Juan Usandivaras, más conocido como "Charrúa":

Yo vengo a golpear las puertas
de los hombres de valer
de los que saben querer
y deben estar alertas;
yo vengo en horas inciertas
a hacer el justo reclamo
y por eso vengo y llamo,
porque lo creo preciso,
pero no vengo sumiso
como el perro tras del amo.

De los payadores me quedaron enseñanzas y ejemplos pero, más que nada la seguridad de que hay que estar convencido de lo que se canta, creer en la letra propia o ajena como un mensaje leal o como una historia valiosa. Además, afirmaron en mí el orgullo de la condición de cantor y guitarrero casi definitivamente. Más allá de la pasajera decadencia de la guitarra, empecé a querer a mi destino y a creer en él. Mi padre alguna vez me alentaría con palabras que no olvido: "La guitarra nunca te va a dar una fortuna, pero te va a dar algo más importante que los bienes materiales: te va a dar amigos y te va a abrir las puertas del rancho más humilde y del palacio más grande".

Y así fue, aunque a veces me apene haber llegado tarde para payador.

La leyenda de "El cajón"

La guitarra era además una tradición que los Rivero defendemos hasta hoy, que ha pasado a mis hijos y a mis nietos sin imposición de ninguna clase, por sincero amor al instrumento. Por eso, cuando mi hermana menor Lidia Eva nació también a la música, fue jugando con las seis cuerdas de una guitarra. Con Lidia, mi hermano Aníbal y yo, mis padres habían formado ese quinteto de música y canciones que podría haber sido el mejor retrato de la familia.

Aníbal era un fino y sensible intérprete, con gran vocación por lo clásico pero, aunque su oficio rayaba en el virtuosismo, fue mi hermana Lidia Eva quien mejor se integraba conmigo en los dúos, tanto vocales como instrumentales. Lástima que su condición de mujer no le permitía conocer los lugares que, ya entrando a mi adolescencia, habían empezado a asombrarme.

Al final de Cabildo no estaba todavía el puente de la General Paz pero sí el del ferrocarril. Allí es donde se alzaba el famoso boliche al que llegaban, ya atardecido, carreros y malandras, guitarreros y cantores. Entre los servicios gratuitos de la casa estaba el de un *campana* en la vereda que, a su tiempo, avisaba a los parroquianos interesados en el dato la posible llegada de la autoridad. Entonces, como en el atletismo, pero sin otra señal salían uno, dos, o diez tipos batiendo el record de los cien metros. Ésa más o menos debía ser la distancia con el límite provincial. Aunque parezca raro los perseguidos podían en aquellos años pararse del otro lado y estar a salvo de la patrulla. Incluso, algunas veces, hasta tomarla para la cachada.

Con el tiempo ese famoso boliche se reconstruyó, pero para recibir un nombre famoso que aún perdura entre los viejos vecinos del barrio: "El cajón". Se dice que el dueño de la propiedad fue dado por muerto con certificado médico y todo. Hubo velorio

normal, salió el cortejo y, al llegar a Chacarita parece que el féretro entró a moverse con gran escándalo general. El cura pidió destape y allí salió, hablando pavadas, un finado que sólo había estado cataléptico. O distraído, vaya a saber. El caso es que en agradecimiento, el hombre que era pudiente, mandó construir esa extraña casa que reemplazó a la del antiguo boliche. Tenía (y tiene) forma de ataúd pero acaso sólo se nota bien desde arriba. La han disimulado un poco para no impresionar a los clientes de los negocios que hubo después. Ahora, creo que hay una parrilla de nombre suizo, con fiambres sin problemas y buenos churrascos de ternera bien muertos.

Pero lo que importa contar es que, desde "El cajón" hasta mi casa y desde allí hasta Palermo solía andar yo, bastante antes de mis dieciocho, probándome como guitarrista y cantor. El edicto sobre menores regía igual que ahora pero no sólo en "El cajón" solía saberse un rato antes la venida de "la requisa". Mis padres, por supuesto, no se enteraban de mis andanzas y cuando por fin las sospecharon les vi la preocupación, pero no me mostraron enojo ni tristeza.

Yo salía sin la guitarra porque en aquellos tiempos había *violas* en todos los boliches y en casi todas las casas de criollos. Más difícil les debe haber resultado a los *fueyeros* como Vicente Greco o el mismo Osvaldo Fresedo que, también por los quince o dieciséis tenían las mismas ilusiones y andaban en las mismas escapadas, pero teniendo que cargar casi siempre la *jaula*.

La guitarra tenía un prestigio que le daban los siglos y que al *fueye* todavía se le negaba. Hasta los propios bandoneonistas solían ser mal catalogados por su sola elección de instrumento, como en el caso del precursor Arolas cuyo prontuario policial dice: "Aspecto social: compadrito. Ocupación: empleado de un despachante de aduana. ", con un agregado como de alarma: "PERO TOCA EL BANDONEÓN".

Ciudadano y granadero

Mi mundo había pasado a ser el de la música. Eran tiempos en que la economía y la política eran temas mucho menos obsesivos. Incluso dos gobiernos libremente elegidos por el pueblo iban a cumplir íntegramente sus períodos. Sin embargo, en Italia, Mussolini había marchado sobre Roma y conquistado el poder, aunque nos haya impresionado mucho más la noticia de la pérdida de Caruso.

La muerte de Lenin o la de Wilson merecieron mucho menor atención que la pelea Firpo-Dempsey y, aún un año después el "Toro Salvaje de las Pampas" iba a reunir casi cuarenta mil personas en su pelea con Spalla, en la vieja cancha de River Plate, de Avenida Alvear y Tagle. La venida del Plus Ultra de Ramón Franco o la llegada de Aimé Tschiffely con sus pingos nos demoraban en un limbo que iba a empezar a derrumbarse con la vecina guerra Bolivia-Paraguay, con la crisis del 29 y la revolución del 6 de setiembre de 1930.

Por la época en que recibí mi libreta de enrolamiento, 1929, Yrigoyen había salido ileso del atentado de un ex anarquista, Gualterio Marinelli, a quien la custodia había matado a balazos luego del paso del presidente. Don Hipólito, ignorante del final del asunto, se había dirigido a la comisaría seccional pidiendo que no se castigase al agresor. La anécdota me la contó mi propio padre que, ya hacía tiempo, había cambiado su destino de ferroviario por el de policía, uno de esos hombres de azul a quienes no temían ni los chicos.

El flamante ciudadano Leonel Edmundo Rivero había pasado a ser socio pleno de un país que aún era el granero del mundo, habitado por hombres de buena voluntad que todavía cantaban y silbaban pero a quienes un famoso filósofo visitante, el conde Keyserling, les había creído descubrir una enfermedad grave, nueva y seguramente importada: la tristeza.

Al llegar a los veinte años tenía salud como para no imaginar siquiera que me exceptuaran de la conscripción. Además, no era por entonces un compromiso temido sino de verdadero honor. Fui un buen soldado, uno más, pero en un regimiento glorioso: Granaderos a Caballo. De aquel servicio militar conservo los mejores recuerdos.

La *colimba* fue una especie de reencuentro con mis antepasados, con el campo y las destrezas del jinete. Yo sabía ya algo de esas cosas, porque Saavedra afuera, había tenido ocasiones de trotes y hasta de galopes, pero fue en Granaderos donde me enseñaron de veras. El aprendizaje me costó algunos dolores y no pocos moretones pero todavía me llenan de orgullo.

No es lo mismo pilotear un tanque o un "carrier" que manejar un pingo. Meter los cambios o mover la torreta cuarenta y cinco grados es muy otra cosa que hacer un volteo simple o doble, que dibujar una "tijera" con el caballo. Carreras en pelo, lanceo al galope tendido, salto de obstáculos parado en los estribos o sentado al revés, todo eso fueron alegrías ganadas entre revolcones y polvaredas, por lo menos hasta el día que los caballos me consideraron digno de andar arriba de ellos, de hacer buen papel.

También en el servicio militar me ayudó la guitarra. No por privilegio, sino por consideración de mis compañeros y del *sardo,* solía tener una que otra aliviada en la fajina, algún choclo más en el rancho. ¡Tocate algo, Leonel! o ¡A ver si nos toca algo lindo, Rivero! eran pedidos que yo nunca dejaba de complacer en el cuartel o en la carpa, en el fogón o en el descanso. Lo mismo que ahora, el público también era generoso.

El año largo de Granaderos al final se me hizo corto. Fue volver a otro tiempo que llevaba en la sangre; una manera de entender mejor mi origen y mi gente, una lección de humildad que no me humilló.

Mucho tiempo después todavía me quedan, aparte de los buenos recuerdos, algunos amigos y camaradas de aquella conscripción, pero cada año que pasa me sucede lo que a todos: los encuentros son más espaciados, los ausentes empiezan a ser más, a transformarse en una noticia que hubiésemos preferido no recibir. Por eso quizá, mi mejor manera de recordarlos es volver, de vez en cuando, al viejo cuartel.

La radio: pejerrey o merluza

Al salir de aquel servicio militar la suerte ya estaba echada. Los únicos estudios que reanudaría iban a ser los de canto o música, pero la secundaria ya no iba más, el sueño de la universidad era menos sueño para mí que el de la guitarra y el de la canción.

Con mi hermano Aníbal comenzamos a actuar en radio, pero más por hacernos conocer que por la problemática paga. Aquellas "broadcastings", como las llamaban, estaban de veras "en el aire" y a veces tenían que ser más imaginadas que escuchadas por sus pocos oyentes, entre descargas y caídas de volumen. Ah, la vieja radio Brusa, la increíble radio Buenos Aires...

Nuestro trabajo solía ser acompañar a cantores pero, en ocasiones, cantar también o tocar clásico, español, griego o lo que viniese. El dueño de la emisora la ponía en marcha y se iba a buscar negocios; quedaba todo a cargo del "speaker" y de los artistas. Como no había mayormente avisos, el locutor solía irse también y dejar todo a cargo nuestro, hasta por horas.

Las "cuentas" de publicidad, como las llamarían ahora, eran más bien chiconas: una zapatería, un sastre, un mercadito. Cuando por milagro cobrábamos sólo podía suceder que fuese con parte del canje que el propio dueño de la radio aceptaba. Mi primer sueldo artístico —me divierte recordarlo— fue parte de uno de esos trueques en especie y cobré puntualmente... un pescado. Eso sí, a elegir: pejerrey o merluza.

Yo no sentía frustración ni complejo. No había sacrificio en lo que hacía sino esa confianza del que ha encarado el repecho y siente que, aunque todo va a pura fuerza, queda buen resto todavía. Los tiempos eran duros, ¡cuando no!, pero tenía proyectos, pensaba en el Conservatorio donde ya después recibiría preciosas lecciones de maestros tan valiosos como Elizalde y Urizar.

El que arrimó su hombro, cuando hizo falta, fue el tío Alber-

to, uno de esos tíos solteros que todos deberían tener. Él fue ante la familia mi abogado defensor y, poco a poco, se fue aceptando mi vocación para terminar apoyándola francamente.

Después de todo, mi repertorio tenía todavía más piezas aprendidas en mi propia casa que afuera y, aún hoy sigo haciendo alguna de aquellas canciones: *La yegüita, Mirala como se va* y otras varias. La culpa que sintieron mis padres fue dulce y breve; con el tiempo se fue transformando en orgullo porque sabían, íntimamente, que había aceptado la más rica de las herencias que hubieran podido dejarme.

De modo que, aparte de andar por las radios con mi hermano, empecé también a acompañar a algunos cantores y, con el tiempo, ése fue un *rebusque* durable y seguro. Llegué a ser guitarrista de un dúo famoso: el de Ocampo y Flores y, con mi amigo Benjamín Acha acompañamos a otros artistas que fueron de gran renombre, como Celia Louzán, Francisco Amor y Nelly Omar. Secundamos hasta a cantantes de ópera, pero mi propio destino de cantor me esperaba por otros caminos mucho más largos y difíciles.

Innovaciones en "La Mosca"

Había hecho un amigo de fierro, Elías Tarnassi, que vivía en una muy rica casona de su familia en el centro de Belgrano: Arcos y Mendoza. Era lugar de piñas y sablazos deportivos, como la de Delcasse o más bien como la de mi propio tío Don Duarte, ya que también se organizaban allí payadas. Algunas fueron tan importantes que hasta mandó cronistas "El Heraldo de Belgrano".

Allí mismo, años atrás, había empezado a aficionarme al boxeo, por el que siempre tuve simpatía, al punto de no perderme, cuando pude hacerlo, ni siquiera las peleas europeas de Monzón. Pero ya pasados los veinte mi única obsesión era la música.

Tampoco el "Ciudad de México" me tenía ya a mano. Las ilusiones de fama en el deporte quedaron para otros amigos y, algunos del fútbol las concretaron después en Platense y en otros clubes de primera. El arquero de las grandes tenazas las quería solamente para dominar la *viola*. El boxeador de pecho pletórico quería usar todo ese aire para los sostenidos.

De modo que la casa de Tarnassi empezó a ser sede de mis ensayos y, con Elías, formamos un dúo bien afinado que arriesgó alguna vez en festivales. La voz de mi amigo era espléndida, pero no pudo soportar enfrentarse al público, nuestro dúo iba a quedar trunco. Una noche de la que él quiso siempre olvidarse, debíamos cantar en una fiesta en Villa Urquiza y, cuando ya nos habían anunciado y plantado frente a la concurrencia, Elías empezó a palidecer. No se recuperó después de los primeros acordes y, en el momento de tener que cantar entró en "crac" y se quedó mudo. Y chau, se había olvidado todo: música, letra, nombre y apellido, así que dio media vuelta y se fue corriendo, me dejó solo, se hizo humo. La amistad siguió para siempre, pero el dúo había muerto.

La quinta de Arcos y Mendoza dejó de ser, a la fuerza, el lugar de ensayo del gran dúo que iba a barrer con los varios famosos

de entonces. Hubo todavía un tiempo salpicado de noches de payadores ("Pibe, ¿te animás a acompañarme esta noche?") en boliches humosos donde todavía se tomaba ginebra con pimienta. Y otro de serenatas ineludibles ("Leonel, esta noche no nos podés fallar"), ante rejas o balcones de muchachas deslumbradas y agradecidas (aunque no siempre, y a veces hasta tampoco muchachas). No olvido la noche en que por error, o por mala fe de alguien, nos desplegamos con nuestras *violas* tres cantores jóvenes y desprevenidos frente a la ventana de un coronel recién casado. Tan recién, que era su propia noche de bodas, y tan coronel que salió a la puerta empuñando la pistola de reglamento. Nos aseguraron que había disparado al aire, para asustarnos nomás, pero lo mismo...

Ese mundo también se nos iba apagando. En el 32 había asumido Roosevelt con toda la prisa de un estilo de vida que iba a ser el del resto del siglo. Al año siguiente moría Yrigoyen y, en el 34, un señor Adolfo Hitler terminaba de trepar al poder. Los automóviles eran ya tan veloces como habían parecido serlo en las películas mudas, pero ese cine había perdido ya, definitivamente, su batalla contra el sonoro, hecho este último que vino a agotarme otra fuente de trabajo, porque una de las "rascadas" en que me tocó perseguir, no la fama, sino el peso, fue la música de fondo de películas mudas.

De ese tiempo que ahora parece prehistórico, recuerdo mi breve actuación en un cine de Avellaneda, en el barrio "La Mosca", entonces todo barro, zanja y latas. La película que exhibían y que yo debía musicalizar era "Resaca", una nacional. Había una escena en que el protagonista descolgaba la guitarra de la pared del rancho, templaba y después, la imagen reproducía los visajes de una canción. A mí, que estaba en un pozo delante del escenario, me tentó la cosa: templé, hice los rasguidos del comienzo de la escena y, cuando el actor levantó la cabeza y abrió la boca en la película, decidí sonorizarlo por mi cuenta y canté. ¡Para qué! La gente no estaba acostumbrada y sentía que le estaban adulterando el producto; me gritaron de todo y si no hicieron otra cosa fue porque no me ubicaban. Al día siguiente, terco el mozo, probé de nuevo y lo mismo. Ya no hubo para más porque esa noche me echaron.

La galaxia de Gardel

Y sin embargo terminaría por meterme adentro de la pantalla, porque ya más adelante actué o canté en muchas películas argentinas entre las cuales algunas que fueron grandes éxitos como "El inglés de los güesos", "La importancia de llamarse Ernesto", "Fortín Alto" y muchas otras más, demasiadas más.

Todo empezó a partir del primer gran éxito del cine sonoro argentino que fue "Tango". El propio título cuenta hasta donde llegaba ya el dos por cuatro en la vida del país. El ídolo era Gardel, pero no todavía el mito, aunque sus películas "Luces de Buenos Aires", "Melodía de arrabal", "El tango en Broadway", "Tango Bar" y "Cuesta abajo", crearon alrededor de nuestras canciones una pasión que sólo se emparejaba con la que despertaban las presentaciones del cantor, desde hacía ya tiempo sabiamente administradas por él mismo.

Cada vez que me lo preguntaron y hasta sin que lo hicieran dije lo que siento y pienso acerca de Gardel. Éste es un lugar en que debe repetirse: Él fue el maestro, a él le debemos prácticamente todo los que hacemos tango. Y escrito esto, me da pena no tener ninguna anécdota propia acerca de Gardel, ahora que todo el mundo tiene una, porque quiero decir que nunca, nunca llegué siquiera a hablar con él.

Conocí sí a otros grandes, pero mucho después. Por ejemplo a Enrique Santos Discepolo que por el año 27 no tenía la menor idea de mí, pero ya había estrenado *Yira yira* y un año después, cuando tampoco podía tener empalme ninguno con mis ilusiones, lanzaba *Esta noche me emborracho,* tango que iba a hacer cantar hasta a los mudos.

Por ese mismo año en un estaño oscuro de Colegiales, yo había escuchado a un juglar anónimo este lamento que tampoco olvidé:

Mama de mi corazón
hoy estoy arrepentido
porque nunca te he querido
como manda la ocasión
Mama de mi corazón
¡soy un borracho perdido!

Quiero decir que Discepolín, como Gardel, eran para mí gente de otra galaxia, además de ser hombres también de otra generación. Al inolvidable flaco lo conocí mucho más tarde y hasta tuve el orgullo de estrenar tangos de él, pero estaba muy lejos del Rivero de veinte años. Volaba ya muy alto ese hombre que en 1931 se preguntaba *¿Qué sapa, Señor?* desde esta angustia:

Y en medio del caos
que horroriza y espanta
¡la paz está en yanta
y el peso ha bajao!

Cuando me tocó tratarlo, todavía se hacía ese tipo de preguntas sin respuesta...

Los bailongos machistas

Lo cierto es que en esa década del treinta, aquí o allá, en una radio o en un salón, en un set de filmación o en una grabadora, iba a tener oportunidad de conocer a la mayoría de los famosos. Pero aun así, la verdad la verdad, yo los iba a conocer a ellos pero ellos a mí todavía no tanto.

Desde el punto de vista de la canción, la década se caracterizó por el apogeo y final físico de Carlos Gardel pero, musicalmente, así como los veinte marcaron la era renovadora de Roberto Firpo, los treinta iban a ser copados por los aportes de Julio De Caro, famoso ya por sus obras y su sexteto, desde mucho antes. Con él iba a cruzarse también mi camino pero bastante más tarde. No podía soñar todavía con pararme delante de los *fueyes* de los dos Pedros: Maffia y Laurenz.

Empezó a funcionar en cambio el dúo con mi hermana Lidia Eva (nombre artístico Eva Rivero). Hacíamos algunas actuaciones radiales y, cuando en casa lo permitieron, también estuvieron anunciados los "Hermanos Rivero" en alguna cartelera de lugar "decente". Los sitios que descartaba el dúo los podía atender en cambio el guitarrista o el cantor Edmundo Rivero.

En uno de esos bailes *formativos* (perdón: con entrada paga), me tocó presenciar una escena memorable, de las que hacen parar la música y hasta el vuelo de las moscas. Sucedió en un barrio bravo, de esos que todavía tenían guapos de paso cortito y rítmico, tipos que andaban siempre pegaditos a las paredes. Uno de aquellos temidos malevos sacó a bailar, como correspondía, a una de las muchachas más lindas del baile y, no bien habían hecho la primera corrida los interrumpió otro hombre:

—Con permiso —dijo. Y le dio a la mujer un cachetazo que resonó en el silencio que el mismo agresor había inaugurado.

La mujer se hizo a un lado llorando, y entonces el guapo, sin perder la frialdad preguntó:

—¿Por qué le pegó a la dama?

—Porque se negó a "salirme" a mí y enseguidita nomás "le salió" a usté.

—Si fue así, tiene razón, hizo bien, fajelá nomás.

El guapo miró a la mujer como buscando confirmación o desmentida y debe haber opinado que el llanto no cambiaba la cosa. Así que la dejó plantada, hizo una seña de "aquí no ha pasado nada" y volvimos a hacer el tango "da capo". Los dos hombres se fueron juntos, pero no a pelear sino a compartir en el bar una caña quemada. "La ley de la milonga" podría ser el título ¿no?

Y sin embargo, en años de andar "amenizando" bailongos de todas las categorías casi nunca me tocó presenciar más que discusiones y riñas menores. Si supe de alguna cosa grave nunca fue a la vista, como si los rivales estuviesen de acuerdo en no dar el feo espectáculo de *amasijarse.*

Lo otro habrá sido en lugares que no vi o en tiempos que no viví, pero me parece que esos duelos fanfarrones, históricos, con padrinos o testigos, eran moda de otro ambiente o fantasía venida de las cintas de "cow boys". El criollo es más sobrio para esas cosas.

Fariñeras y bufosos

Pero hasta los senderos más tranquilos pueden tener sus amenazas. No fue en los bailongos bravos ni en los boliches de *escabio* corrido donde se repitió aquella apuesta de Moquehuá, a todo o nada. Y ya no tuvo que ver ninguna enfermedad misteriosa sino, precisamente, *fariñeras* y *bufosos.* No se piense mal: creo que ya se sabe que yo nunca quise cargar armas y, menos todavía, irla de guapo.

Hubo más de una vez en que corrí peligro pero que la que más recuerdo vale por varias. Sucedió en Quilmes, en la costa, donde había ido con mi amigo Benjamín Acha por pedido de una gente conocida a tocar en un pic nic, de aquellos tan frecuentes en los veranos de los años treinta. El lugar era un recreo que podía haberse llamado "El Pasatiempo", "Brisas del Plata" o algo así, como había muchos otros en la misma ribera. En todos, después de los asados y su humareda, venía otro fueguito: el del bailongo, en algún alisado de cemento o en la tierra arenosa nomás.

Esa tarde se nos había agregado un valor local, bandoneonista veterano de pinta brava y mano cruel para el *fueye.* Llegó enojado, casi sin saludar, como receloso de los musicantes porteños. Y lo que empieza mal es difícil que siga bien.

Pasó que a mi amigo Benjamín, que era muy fumador, le saltó del cigarrillo una chispa que vino a picarme apenas la botamanga.

—¡Huy, lo quemé! —dijo Acha señalándome el pantalón.

—No es nada, no ves que está viejo. Ya no sirve para nada —lo consolé yo refiriéndome por supuesto a lo mismo.

Pero el bandoneonista, que estaba sentado adelante y dándonos la espalda, pensó que era palo para su gallinero y lo tomó como ofensa personal. Como dicen ahora, era un *masoca;* el caso es que me sentenció:

—Después te atiendo, pibe.

Yo no entendía nada todavía, pero en cuanto terminó el vals (creo que era justamente *Desde el alma*) el veterano sacó desde el fondo del alma o vaya a saber de donde, un cuchillo que me pareció más grande que él: un machete, una espada, una lanza. Y si no doy un paso atrás me parte por el medio con la primera encomienda.

Menos mal que lo frenaron enseguida. Mientras lo tenían sujeto se trató de explicarle, de calmarlo: Benjamín Acha estaba desesperado y se sentía culpable pero la cosa no era con él sino conmigo. El hombre no quería saber nada de nada aunque, mal o bien, lo fueron arreando para el recreo de al lado, con el que se hizo un canje de bandoneonista. Ahí pareció arreglarse todo, pero no.

A la nochecita, cuando había ya enfundado mi *viola,* desde atrás de un sauce se me apareció de nuevo el ofendido con ese facón que el tiempo debe haberme agrandado. Y otra vez a atajarme, con la guitarra ahora, mientras la buena gente lo conseguía parar al hombre, que estaba cada vez más convencido de que yo no merecía llegar a cantar *Sur.*

Para no hacerla más larga digamos que la historia tuvo buen final y, como suele suceder, con disculpas mutuas. Fue en la casa de nuestro invitante quilmeño pero ya como a la medianoche y, sólo después de que Acha se quedó casi afónico de tanto repetir sus explicaciones, el hombre me tendió la mano y reconoció su error. No fue tanto por convencido sino porque había tomado mucho y no tenía vino agresivo sino tristón. Curiosamente era más peligroso antes de la curda, tanto que tenía varios "hechos" y un alias muy limpito: "El lustre".

Esa noche no tuve idea de haber tenido miedo, ni al otro día, ni mucho después tampoco. La verdad que sólo ahora es cuando de veras me parece tener en el ombligo la punta fría del malentendido.

Aquella de Quilmes no iba a ser la única vez: sí quizá la más dramática, pero la de blanco suele hacer varias entradas. Una fue también por esos años de lejanas *rascadas* y regreso a casa, ya de madrugada.

Venía de un baile con mi viola cuando, al doblar la esquina de Crámer y García del Río, alcancé a oír unas palabras confusas gritadas desde un lugar que no pude precisar. Sólo me pareció divisar enfrente unas sombras inquietas moviéndose contra el telón

negro de un baldío. No hubo tiempo para más porque enseguida supe que me disparaban.

Los reflejos de *colimba* me funcionaron y, antes de darme cuenta, ya había hecho el cuerpo a tierra pero, también en un suspiro, tenía el peso de una rodilla ajena en la espalda y el caño de un treinta y ocho en la cabeza.

—*Araca,* es un músico.

—No te fiés, mirá dentro' el estuche.

Ese fue el diálogo que oí, con la cara en las baldosas de una vereda de Crámer al 3800, con un caño frío entre los pelos de la nuca, mientras me empezaba a alegrar una vez más de ser guitarrero y no otra cosa menos simpática para aquellos tipos.

Cuando la *viola* quedó a la vista de ellos, no a la mía, todo empezó a normalizarse. No hacían falta muchas explicaciones pero algunas hubo: me habían confundido con un ladrón solitario, competidor en el *escruche,* que al parecer andaba *shacando* fuera de zona. Es decir, que me habían tomado por ladrón sin registro o con recorrido no autorizado, me habían disparado y me hubieran agujereado sin asco, si yo no hubiese sido el guitarrista y cantor que era.

No es fácil creerlo, pero me ayudaron a levantarme, a sacudirme y ni me tocaron los pocos pesos que traía. Al dejarme ir, sólo faltaba que me presentaran excusas por escrito.

—*Isa* pibe, no somos *biabistas,* no somos. Además yo tengo un primo *fueyero. Rajá* tranquilo; el que la va a *garpar* es el otro que ya lo tenemo' *remanyado.* Aire, aire, vayasé al apoliyo que's tarde...

Celedonio o el deslumbramiento

Estos entreverados recuerdos galopan como entre alambrados. Va conmigo la historia de mi infancia y de mi juventud, mis afectos, mis ilusiones, pero a cada lado están siempre dos campos que son mi mundo. Parecen bien distintos pero en el horizonte se confunden, son la misma tierra de todos. Uno es el de la música argentina y otro el del lenguaje de nuestra gente.

Por eso, cuando me acuerdo de los *escruchantes* que me perdonaron "por músico" con aquella *lunfa* elegancia, no puedo dejar de tener presente a mi primer maestro de lunfardo. Fue un verdadero científico del *escruche* y de su idioma, un extraño personaje que había errado el camino y cuya historia será contada en la parte del libro que trata ese lado de la huella. Ese territorio del lunfardo era antes como la selva, pero ahora es de todos y, si se lo mira bien, tan fértil como el vecino, que es de donde le vuela el polen que lo fecunda. Canción argentina y lunfardo no son lo mismo, pero lunfardo sin tango es cosa difícil de hacer crecer.

Nunca me glorié de ser un especialista en el tema, pero ya de pibe me entusiasmaban las letras de Celedonio Esteban Flores. Ya cuando nací él era poeta premiado: tenía diecisiete años y había hecho capote con los versos de *Por la pinta,* (a los cuales después puso música el guitarrista de Gardel, José Ricardo). Y luego vinieron *Margot, Corrientes y Esmeralda, Cuando me entrés a fallar, Atenti pebeta, Canchero, Viejo smoking, El bulín de la calle Ayacucho, Mano a mano,* y el olvidado *Pan,* con música de Eduardo Pereyra. Uno tras otro iban a ser deslumbramientos para mí, un aprendiz de cantor que buscaba un repertorio, un estilo y palabras que nombraran hondo a la ciudad que aspiraba a conquistar.

Siempre sentí al negro Cele como uno de nuestros más grandes poetas de la canción, quizá el que con mayor maestría supo

combinar la lengua "culta" con el nuevo lenguaje de la ciudad. Ese lunfardo que, como el propio Gardel, iba a dejar pagando a quienes lo discutían por sus orígenes y, también como él, iba a ser capaz de perdurar por prepotencia de sus valores.

Cuando el 24 de junio de 1935 el fuego hace nacer el Gardel que ya no podríamos discutir ni perder, todos los que pretendíamos hacernos oír como cantores debimos haber sentido algo parecido a miedo, o cuando menos a desorientación. ¿Cómo afrontar al mito que nacía? ¿Cómo no temer que todo un pueblo se refugiase para siempre en aquellos incontables discos del Zorzal cuya venta ya se multiplicaba hasta el infinito?

Dieron en florecer los concursos de cantores; se desató una urgencia ciega en buscar lo que llamaban "la nueva voz del tango". Lo mismo que en *Corrientes y Esmeralda* de Cele, peor. Ahora no era cualquier cacatúa la que podía soñar con la pinta de Carlos Gardel, sino que hasta el último *perro* se sentía con derechos para ser el heredero. No quiere decir que no hubiese voces respetables, pero ya todo un país sonreía como el Morocho, se peinaba como él, aspiraba a tener galpones mágicamente llenos de rubias y de caballos de carrera. ¿Cómo evitar que también hubiese muchos que querían imitar al finado justamente en lo más difícil, en su capacidad para cantar, para decir y para actuar el tango?

Tarjetas rojas en serie

Por aquellos años yo seguía con mi guitarra por las radios, por las fiestas, por los teatros. Para hacer honor a la verdad, el guitarrista no tenía problemas, siempre era elogiado su trabajo. Pero el cantor...

La voz humana es el más maravilloso de los instrumentos. Entre los que el hombre ha podido desarrollar hay sólo un grupo que puede hacer escalas microtonales: el de los de cuerdas sin entrastadura (violín, cello, contrabajo, etc.) El único otro instrumento capaz es la propia voz humana. Yo me llegué a permitir ese lujo en dos de los tangos que hago todavía: *Infamia* y *La mariposa.* Me costó mucho sacrificio —y no hablo del Conservatorio solamente —hacerme entender, hacerme reconocer, incluso conseguir que me dejaran cantar.

La fantasía popular identificaba al cantor de tangos con la estampa y la voz del propio Gardel, y yo, la verdad, creo que en las dos cuestiones estoy más bien en otro registro. Eso fue lo que hizo la cosa más difícil. Lo mismo que de aquel cine del barrio "La Mosca", me fueron echando de algunos otros lugares...

Una vez, no recuerdo bien el año, entré por la ventana a uno de esos concursos de cantores. Fue en Splendid, radio de mucha audiencia por entonces y el conductor del programa era Iván Caseros. Yo había ido para acompañar con mi guitarra a los cantores y uno de ellos faltó, cosa rarísima. El locutor estaba en un problema y me lo quiso pasar a mí:

—Rivero, el número cinco no vino y no tengo suplente. ¿Vos no sabés cantar? Animate, en una de esas...

Yo me animé, como siempre. Canté *Vieja recova,* me jugué la carta brava y, cuando empezaron a llegar los votos de los oyentes resultó que gané "por muerte". El premio eran doscientos pesos viejísimos y un traje nuevito, con dos pantalones. Cobrar cobré como un duque, pero el lío saltó después.

Hubo una denuncia de alguien que debía conocerme y que me catalogaba como "profesional" y, por lo tanto, inhabilitado para el concurso. Pero los doscientos ya estaban gastados y hasta el traje estrenado y todo. Lo único rescatable podía haber sido el pantalón de repuesto, que había quedado aún en la misma percha en que lo trajera de la sastrería. Cuando les expliqué todo eso a los de la radio, no les gustó. Se molestaron tanto que hasta le dieron orden al portero de prohibirme la entrada. Pero como en el viejo chiste, puedo decir que Edmundo Rivero, con el tiempo, tendría la entrada prohibida en radios todavía más importantes.

Belgrano era la inalcanzable, casi el sueño del cantor. Traté alguna vez de que me probaran pero me pusieron una condición de esas pensadas para "filtrar": me exigieron que llevara un disco, "porque no probaban en vivo". Conseguí hacer la grabación con amigos y la llevé. Al tiempo, volví a averiguar y me dijeron que todavía no la habían escuchado, que pasara más adelante. Cuando volví me enteré que en la portería de Radio Belgrano también tenía prohibición de acceso. El portero me explicó la razón:

—Dicen que usted es un estafador, que los quiso engañar con una grabación de Gardel...

El inglés del augurio

Mi *aguantadero* venía a ser la vieja y modesta Radio Cultura de la calle Tucumán. Allí fui "guitarrista oficial", toqué español, clásico y acompañé a otros. También canté, solo y en el dúo de los "Hermanos Rivero", que hacía con mi hermana Eva. Hice de todo, hasta de asesor musical; incluso me tocó estar del otro lado del mostrador y... probar cantores. Entre los que examiné y aprobé sin problema estuvieron muchachos que llegaron lejos: Alberto Marino y Roberto Rufino.

No vaya a pensarse que yo era un funcionario o cosa así. "Cultura" era más un refugio de las ilusiones que un puerto seguro: tenía tan pocos oyentes como pesos en caja. Pero siempre era mejor que otros trabajos en los que no se podía siquiera entrar con la *viola*.

Todavía me acuerdo de mi experiencia con un importador inglés que tenía un depósito por Defensa al 300. Entré a trabajar en "Expedición" y, un día que no había boletas ni otro trabajo, me puse a ensayar una milonga en el local desierto. ¡Para qué! Cuando llegó el inglés no podía creerlo, le costaba entender una cosa así. Me despidió *sobre el pucho,* con una sentencia que todavía me parece oír y que no olvido, tal vez porque me llamó gaucho:

—¡Gaucho haragán! Nunca va a llegar a nada...

Era menos segura la plata del músico que la del empleado, pero estaba visto que a las oficinas no los querían dejar entrar juntos. Por eso, como guitarrista aproveché todo, hasta integré un conjunto clásico-español que se llamaba "Goyescas" y que tenía el repertorio apoyado en tres patas colosales: Albéniz, Granados y De Falla. Tocábamos por lo general en teatros grandes, como el "Casino", pero todavía me hace sonreír recordarme vestido de frac negro.

Eran los años que la gente llama "de lucha". Pero si lo comparásemos con una pelea de boxeo era más o menos claro que venía perdiendo, por puntos pero más bien lejos. Me faltaba (y siempre me faltó) malicia. Iba al frente desprevenido y a puro pulmón; me prendía en todas: distancia, media distancia y cuerpo a cuerpo. Era candidato *de fierro* para ir a la lona.

Hasta con las carreras tuve algún cambio de golpes perdedor, cuando no. Hubo una racha linda de fogones en los studs y de esperanzas que se iban en un malón de uno, dos, tres minutos. La ganancia que quedó fue, como en otras ocasiones, la de los grandes recuerdos y algún gran amigo. Entre los primeros, incluso Naciano Moreno, el cuidador del "Lunático" de Gardel. Y Maschio, y De la Cruz y Contreritas... Pero más nítida que ninguna la imagen del querido Di Tomaso, del "Salvatore" que se fue tan antes de tiempo.

Me iba a llevar años todavía armar bien la guardia, pero hubo un momento en que creí que iba a dar vuelta la pelea. Fue cuando mi camino se cruzó con el de dos familias que habían revolucionado el tango, según algunos, casi tanto como el propio Morocho. Fue cuando la racha de los De Caro y los Canaro, cuando parecía que ya nomás me venía la buena.

Barato con los De Caro

El asunto empezó como por broma, en casa de Benjamín Acha, por Cabildo y Olazábal. Habíamos estado ensayando y, en un intervalo de mate y charla, se nos ocurrió intentar un inocente *levante* telefónico, muy en el estilo de aquella época. Marcábamos un número al azar y —tal como lo habíamos hecho otras veces— si la que respondía era una voz de mujer joven, le dedicábamos una canción, con acompañamiento y todo. El plan solía funcionar bien porque dejaba afuera la viveza y la grosería y la dama más resistente, la que hubiera cortado al "pico de oro", solía darle tiempo al cantor.

Esa vez también resultó, pero no fue para nada un *levante*. Después de que canté, la mujer que nos había atendido y escuchado toda la pieza, preguntó:

—Digame la verdad: lo que pusieron ¿era un disco o es alguien que está ahí?

—No, no fue ningún disco, fue mi amigo Rivero —le dijo Acha y me pasó el tubo.

—Cánteme un poco más, por favor —desconfió todavía la voz de la dama anónima.

Yo canté nuevamente para terminar de convencerla. Fue entonces que me aclaró que el motivo de su interés era más bien práctico que romántico.

—Me gustaría que pasara por mi casa. Yo tengo un conservatorio y sería bueno que lo escuchara mi hermano. Está formando una orquesta ¿sabe?

Me dio la dirección, allá por la calle México. Días después fui y me enteré ahí mismo que era la casa del propio Julio De Caro. La voz misteriosa resultó de su hermana Hermelinda y el que estaba formando la orquesta era otro hermano: José De Caro. Me

escuchó y me hizo contrato, aunque contratar es una manera de decir pues el pago era mínimo.

Esto pasó por el 35, pero casi dos años después, ya en el 37, canté con la orquesta del propio Julio De Caro. Fue en los carnavales, en los famosos ocho bailes ocho del Pueyrredón de Flores, sala que era de Clemente Lococo. Casi gratis fue este "contrato", apenas por los gastos de viaje...

Los Canaro y una viola

Con Julio De Caro la cosa tampoco prosperó, pero esta vez no fue por falla del público sino mía porque parece que canté "demasiado bien". Sucedió que muchas parejas dejaban de bailar para escucharme y a De Caro eso no le agradaba. Me advirtió:

—Cante de otra manera, acá la gente viene a bailar.

Parece que no encontré esa "otra manera" y, para mi mal, el público se siguió juntando al lado del escenario y eso me costó el despido.

Con los Canaro la cosa fue menos gloriosa pero al menos me dejó un saldo, algo valioso que, todavía, puedo ver y tocar con cariño. En la historia entran Francisco y Humberto Canaro, pero la orquesta con la que hice otra de mis grandes pruebas fue la de este último.

El guitarrista ya estaba bastante afirmado y podía dar abasto a mis pocos gastos de entonces, de soltero sin grandes compromisos. Incluso me había animado a recitales de guitarra en dúo con el virtuoso César Bó; sin embargo, el cantor quería todavía pelea.

Con De Caro había probado esa hechicería del cantor de orquesta, el desafío de ser por casi toda la pieza el instrumento principal. Decir lo de uno, además, mientras alrededor se enroscan otras cien historias de carne y hueso pendientes del responso del cantor. Sí, me había gustado el desafío y no había andado nada mal. Por eso acepté enseguida la oferta de Humberto Canaro para cantar con él, sin averiguar demasiado sobre el "contrato" que, de todos modos, fue de palabra.

Los pagos eran "a medida", a medida que iba habiendo plata. Y una vez, a la vuelta de una gira, las cuentas no daban, parece que había déficit. Estábamos en una oficina que era de Francisco Canaro y, en la pared, había varias fotos de él. También una guitarra colgada que me llevaba los ojos, una "Torres" legítima, de concierto. Entonces me la jugué:

—¿Por qué no me paga con esa guitarra, Humberto?

Se dio vuelta a mirarla y, como era muy veloz, me encajó la contraoferta:

—¿Cuánto podés poner encima? Esa *viola* es de mi hermano Pirincho y vale mucho más.

Yo ya estaba probándola, en su única cuerda sana, casualmente la tercera, que es la que dice la verdad de una guitarra, y Humberto, atento, le encontró la vuelta al negocio:

—Bueno, mirá, ya que te gusta tanto te la voy a dar, pero me tenés que hacer unos bailes en Carmen de Areco. Total mi hermano no va a decir nada; la tiene sólo para las fotografías.

¡Una Torres española de concierto para las fotos! Y era verdad, porque Francisco Canaro, como es notorio, no sabía tocar la guitarra. Lo cierto es que la suya me acompaña hasta hoy mismo y que, junto a la que fue del gran Andrés Segovia, son mis dos preferidas.

La guitarra en el ropero

Ya era un progreso. De una merluza a una buena guitarra de concierto, había andado algún camino, pero tenía que reconocer que la cosa iba despacio. Mi voz de bajo barítono, mi propia estampa tan alejada de la del galán tenor, me convertían en un personaje muy distinto del cantor de típica. Yo era más bien el cantor atípico.

Hubo todavía otra orquesta, de la que prefiero no acordarme y de la que, de todos modos, casi nadie se acuerda. Para acortar, digamos que la entrada en la década del 40 me encontró bastante mal barajado y ya treintón. Las típicas parecían no tener lugar para mí, y ellas eran el modo de llegar a los grandes públicos. El cantor acompañado de guitarras sonaba a cosa del pasado y, con muy pocas excepciones como Corsini, Magaldi, Del Carril y algún otro, iría a recalar a *estaños* alejados, a barrios donde el tiempo se hubiese detenido, a vivir un final como el de los payadores pero con menos honores, sólo por los pocos pesos que el bolichero pudiese arrimarles.

Nunca fui un especialista en relaciones públicas. Las puertas que se podían golpear, las golpeé, una y otra vez sin resultado. Las otras, las que había que cruzar de rodillas o arrastrándose, no eran para mí. Recuerdo sin rencor a ciertos directores artísticos de radios, de grabadoras, incluso a algunos conductores de orquestas y sus comentarios acerca de mi voz y de mi estilo:

"No, tiene la voz demasiado gruesa"

"Usted tiene algo en la garganta. Cúrese y vuelva"

"Pero ¿no estará enfermo del pecho?"

Uno de ellos, desde el control de un estudio, y sin advertir que "salía" su voz al otro lado de la barrera de vidrios, sentenció:

"Díganle que se vaya. Pero ¿de dónde sacaron este *perro*?"

Fue la misma persona que con el tiempo diría (y escribiría)

"Tiene una voz que es un privilegio de la Naturaleza. En su garganta está la riqueza musical de un órgano". De este mismo hombre hay varios tangos en mi repertorio y no diría que de los menos conocidos. Errar es humano y, al fin y al cabo, tal vez había problemas aquel día en la recepción desde la cabina de control del estudio, a lo mejor hablaba de otro, o yo oí mal...

A medida que mis compromisos iban en aumento y, ya enfrentado a la necesidad de mantener un hogar, tuve que darme por enterado de que la música no iba a salvarme. Entré a trabajar al Arsenal de Guerra en una dependencia administrativa. La década del 40 había empezado mal para mí y me atrapaba ese pulpo que duerme en el fondo de cualquier oficina. Tenía un trabajo que no mataba, buenos camaradas también resignados, un poco de aureola por mi vida anterior y, más que nada, un sueldo seguro a fin de mes. Era un proyecto como otro cualquiera.

Mis guitarras eran una acusación permanente, parecía que me gritaran desde adentro de los estuches. Sólo de vez en cuando las desenfundaba, por lo general ya alta la noche o en alguna madrugada de desvelo, cuando no era posible tocarlas, porque los vecinos también debían madrugar para ir a sus oficinas o a sus talleres.

Si algún domingo se me daba por rasguear un motivo cualquiera, algo se me anudaba en la *gola*. Prefería escaparme del desafío con algunos chiches de digitación; no tenía resto, parecía que me lo había gastado o me lo hubiesen robado.

No yo, pero sí algo en mí mismo había perdido la gracia del canto. No es que hubiese decidido abandonarlo sino que no podía, no quería cantar, como si sintiera que sólo podía traerme dolor.

Era, en todo caso, como para cantar únicamente el tango *Adiós muchachos.*

Salgán, el rey mago

De aquellos años del Arsenal, casi cinco, me quedaron a pesar de todo buenos recuerdos. Hubo muchos que me alentaron a retomar la música, compañeros de *yugo* que me veían como un vengador de la especie. No fui en todo caso el único; otros hicieron quizás cosas mucho más importantes que yo, como por ejemplo mi amigo Juan Nicolás Mitre, que fue después importante médico y, casualmente, especialista en Higiene y Medicina del Trabajo.

El sacudón llegó, otra vez por teléfono y en la voz de una mujer. Esta vez fue ella la que llamó, pero el asunto había empezado con una actuación mía casual, o no tanto. Mi amigo Guillermo Teruel me había llevado a LS9 Radio La Voz del Aire, cuyo dueño era el famoso Emilio Karstulovic, propietario también de la revista "Sintonía". Yo creía haber ido como público nomás y no imaginaba tener que cantar pero, una vez allí, vino el pedido de "Kartulo" al que traté de negarme cortésmente:

—Vea Don Emilio, hace muchos años que no canto. Además, no he traído mi guitarra.

El primer argumento lo pasó por alto y, en unos pocos segundos, me habían puesto ya en las manos una buena guitarra. No tenía salida. Canté acompañándome yo solo: hice una zamba cuyo nombre no recuerdo y cerré con *Caminito*. Cuando me iba, me avisaron que alguien había llamado pidiendo hablar con Edmundo Rivero "ese cantor que estuvo cantando recién"; había dejado su número y pedía que me comunicara. Copié el dato en una caja de fósforos y me la metí en el bolsillo.

Dicen que la suerte llama siempre dos veces y, esta vez, aparte de que era ya la última, casi no le abro la puerta. Sólo después de unos días hice el llamado y resultó que era una dama allegada a quienes, créanme o no, también estaban formando una orquesta y tenían interés en mí como cantor. Cosa rara que la suerte llame

las dos veces casi de la misma manera, que me busque en el tubo de un teléfono y, en las dos ocasiones, con la voz de mujeres vinculadas al ambiente musical.

Esta vuelta lo decisivo fue el propio Salgán. Fui sincero con él cuando lo previne:

—Vea que he dejado de cantar hace años y que mi estilo es muy personal. Mejor no se arriesgue.

El maestro Salgán fue, en esos momentos y en muchos otros después, quien me dio la confianza que podía faltarme, de modo que arreglamos, pero no sin que yo le abriese esta posibilidad:

—Mire, sea como sea, considéreme a prueba. Si la gente me aplaude sigo. Si no, amigos lo mismo pero yo largo.

La prueba de fuego nos tocó de salida nomás, en un club de Avellaneda. Era una mano brava porque hacía de veras mucho que no cantaba en público y además porque mi repertorio era chico. Sólo tenía dos o tres canciones y no de las de más "gancho" por aquellos años, pero la cosa fue yendo a más. Algunos ponían cara de extrañados ante el *zorzal jetón* y empezaban a sonreír ante mi voz de bajo, pero la mayoría se iba quedando pendiente de la letra porque les estaba cantando "con todo".

Historias sencillitas, antiguas, como la de *La uruguayita Lucía,* prendían en la gente como nunca hubiera imaginado. Me acuerdo que fue el éxito de los carnavales del 46, en Boca, donde Salgán estuvo contratado junto con otra típica, de un cantor que por entonces hacía roncha. Sin embargo, la gente dejaba de bailar para escucharme. Habíamos ido de puntos y terminamos siendo banca.

De la orquesta de Salgán y, sobre todo del señor Horacio Salgán, tengo un recuerdo querido e imborrable. No todas fueron fáciles para que aquellos tres años con él fueran de ascenso para mí. Alguna vez nos tropezamos todavía con algún baile peligroso, uno de esos lugares donde mi voz o mi pinta tenían aún que pagar derecho de piso. No olvido que el señor Horacio Salgán, no sólo se la *bancó* conmigo sino que, cuando hizo falta, fue el que me acercó el estímulo imprescindible.

Julieta, para siempre

Llama la atención que en mi discografía no haya grabaciones de aquel período con Salgán, aunque sí registros uruguayos muy posteriores a mi desvinculación de la orquesta. La historia es bien simple y sirve para confirmar la calidad de persona que es el maestro Salgán.

Estuvimos por grabar en uno de los sellos más importantes, del cual daré solamente las iniciales: R.C.A., pero nos tocó pasar por el juicio de uno de esos increíbles directores artísticos que ya se habían cruzado otras veces en mi camino. La orquesta tocó como los dioses y yo hice alguna de esas cosas que más me aplaudían: *La uruguayita, Trenzas, Soy del 90.* Pero otra vez vino el veredicto con la condena:

—Mire, la orquesta es medio rara, no se la entiende muy bien. Pero el cantor es imposible.

Propuso hacer otra prueba pero poniendo como condición el cambio del cantor por otro de "voz normal". La reacción del maestro fue inmediata: contestó que si no era conmigo no grababa, y nos fuimos. Seguimos nomás con Radio El Mundo, con los bailes y con actuaciones en Buenos Aires y en Mar del Plata, pero las únicas grabaciones mías con la orquesta iban a ser muy posteriores, hechas en Montevideo para Antar Telefunken en 1957. Son sólo dos piezas de un larga duración: *La última curda* y *La casita de mis viejos.* Allí ya me aplaudió hasta el director artístico...

Sin embargo, fue en esos mismos años de mi actuación con Salgán que, como extraño *rebusque* para mejorar mis entradas, grabé para Odeón seis placas con destino a Colombia. Los discos se vendieron con el rubro de "Los Cantores del Valle" y fueron casi todos tangos, de autores colombianos muy sensibleros, aunque hacíamos también, en dúo con Carlitos Bermúdez, tres pasillos: se llamaban *Implórandote, Separación* y *Castigo.* Cosas de la

vida. Parece que el sello siguió editando discos con el mismo destino y el mismo rótulo de "Los cantores del Valle", pero con otras voces. Me aseguran también que los nuestros todavía suelen venderse en las disquerías de Bogotá.

Tanto una historia como otra muestran que me duraban aún los problemas artísticos y económicos. Sin embargo, nunca el tango —y quizá tampoco el país— habían conocido tiempos más prósperos. Creíamos marchar hacia un futuro dorado, de crecimiento constante, de grandes objetivos.

Muy lejos, casi en los antípodas, un Japón que luego aprendería a querer, parecía en cambio herido de muerte. Su dolor era tan tremendo que, poco a poco, iba a ser compartido y temido por todos los hombres. Pero los japoneses eran todavía capaces de mirar hacia adelante.

En mi propia vida eran también tiempos de borrón y cuenta nueva. Los años con Salgán me afirmaron definitivamente la vieja vocación de cantor. Me convencieron también de que es imposible resistirse a los amores grandes y verdaderos. Uno de ellos, al que abracé ya sin compartirlo con ningún otro quehacer, fue la música. El otro, quien sería mi mujer hasta hoy y para siempre: Julieta Pastore, con la que nos unimos en 1948.

El Diamante viene en rojo

Mi unión con la música fue más bien dramática porque el último borrón tenía un feo color. Podría decirse sin macanear que la elección de mi oficio definitivo me costó sangre. Fue un susto grande y creí que iba a convertirme en protagonista de una de esas historias de tos sin alivio. Me acordé de todas las leyendas bacilosas que había oído y hasta cantado. Desde *La cama vacía* de Pombo hasta *La que murió en París.*

A pesar de mis actuaciones con Salgán, no me había animado al principio a dejar mi empleo del Arsenal de Guerra. Eran unas jornadas interminables en las que me dividía aún entre las dos ocupaciones y, como es de imaginarse, andaba a la disparada todos los días, cumpliendo a medias con una y con otra.

Uno de los lugares en que actuamos en esos primeros tiempos con Salgán, fue el café "Diamante", de Rivadavia y Castelli, boliche que tenía un palco donde casi no cabía la orquesta y, además, con una ubicación dentro de la sala que debe haber sido idea de un sádico. Era infernal de veras.

El pequeño escenario venía a ser una especie de trampera. Estaba justito encima de la barra y, mientras actuábamos, la máquina del "express"— uno de esos cilindros antiguos— mandaba para arriba sus escapes de vapor. Era como volver a mi infancia ferroviaria, pero bastante más *fulero,* porque había que cantar bajo la amenaza del chorro caliente que disparaban a cada rato y sin aviso, apuntado al blanco inmóvil del cantor.

Yo, el cantor, era por aquellos días un tipo cansado, fundido, al borde del *reviente* después de ocho horas largas de oficina, varias de otros trajines, ensayos y viajes; mal dormido y a veces hasta sin dormir. Menos mal que me caí para adentro del palco, pero igual hubo bastante drama porque los pañuelos fueron pocos para contener la alarma roja.

Fue sólo una advertencia, aunque algo exagerada. No era el nacimiento de un tísico sino solamente el final del oficinista. Lo que había estallado había sido precisamente un vaso de mi garganta maltratada.

La sentencia de los médicos fue pues, benigna. Pero a cumplir. No había nada de lo tan temido pero sí la certeza de que mi garganta no podría ya aguantar la falta de descanso. La opción era clara: o trabajaba en el Arsenal o me dedicaba a "lo mío". Y elegí bien, creo.

El Malevo, Zita y él

Si es verdad aquello de que se sabe quien es alguien con sólo saber a quien acompaña, yo había empezado a ser alguien, porque en mi vida ya estaba Julieta y en la música andaba, nada menos, al lado de Salgán, uno de los músicos más talentosos y renovadores que el tango iba a producir en su era moderna. Pero se me iba a presentar la oportunidad de caminar al lado de otro hombre que había empezado a ser uno de los mayores mitos de la música de la ciudad, y de la ciudad misma: Aníbal Troilo.

No hubo azar ninguno en la aproximación. Ya no medió el teléfono, ni el misterio de una voz femenina, sino algunos amigos comunes que interesaron a Pichuco en mi manera de cantar. Uno de ellos fue el inolvidable Carlos de la Púa, el mismo "Malevo Muñoz" que había cantado a mi Puente Alsina natal:

Puente Alsina,
sos como un tajo en la jeta *de la ciudad.*
En tus organitos se añejan los tangos
y te comés la cana *por capacidad,*
como los guapos.

Era el poeta de *Packard,* de *Amasijo,* de *Línea 9* y otros versos que hoy son de lo mejorcito de mi repertorio lunfardo. No sólo fue un lujo conocer y tratar al "Malevo" sino una bendición. Él fue quizá el primero en interesar a Troilo por mí y me habló del asunto mucho antes de que se diera, en una de esas noches altas en que nos unía el gusto por el tango y por el lunfardo.

Pichuco ya me había oído por radio, pero alguien le había dicho que yo "salía mal" en los discos y peor en los bailes. Todas esas dulzuras que la gente buena arrima en estos casos. Y pensar que en las fiestas, a veces al aire libre, yo había cantado a menudo

sin micrófono y antes, en la época de las bocinas de lata o de cartón, nunca quise aflojar a usarlas. Por suerte me vino a oír una noche al "Jardín de Flores" donde actuábamos con Salgán.

Debo haberle gustado porque a los pocos días nos encontramos, a su pedido, en el mismo bar donde solíamos parar con el "Malevo Muñoz": un boliche que se llamaba "La Cartuja", en la zona *mortadela,* pero tranquila, de Diagonal Norte y Libertad. El había llevado a Zita, su mujer, y yo a mi guitarra. Al rato, me había puesto a tocar y a cantar, pero no era una prueba del cantor sino muy otra cosa, porque un poco después el "Gordo" también se largaba a cantar, apoyado en su oído finísimo pero con esa voz ronquita y de tiro corto que Dios le había dado. Era una reunión de gente que estaba en la misma cosa, pero si había una prueba, no era para patrón y empleado, sino para amigos. ¿Habrían quedado atrás los directores artísticos?

Como a las cuatro de la madrugada el "Gordo" se acordó de que tenía una típica y para qué me había citado. Me dijo, derecho viejo, que lo mío le gustaba mucho, que sería bueno que cantara con orquesta varios de los temas que le había hecho oír con guitarra, y me invitó a que le propusiera mis condiciones.

Yo contaba ya con el vía libre del noble Salgán, sabía de la buena estrella de Pichuco y de su alta cotización, pero las pretensiones que le hice escuchar lo desconcertaron bastante:

—Vea, mi preocupación es llegar a tener un buen repertorio. Así que usted me dice qué es lo que le gusta de lo que yo canto ahora y, además, me arrima otras piezas para completarlo. Ésa es mi pretensión.

Vi que buscó apoyo en la mirada de Zita como si hubiera oído raro. A pesar de la sonrisa de ella yo temí haber dicho algo fuera de lugar. Con el tiempo, Troilo me iba a traducir aquel diálogo mudo con su mujer:

—¿Sabe por qué la miré así? Porque yo esperaba que usted me hablara de la *guita,* como todos. Siempre empiezan por ahí; en cambio usted ¡me salió con el asunto del repertorio...!

Cuando me lo explicó ya me conocía mejor, ya me había puesto el apodo honroso de "Gaucho", ya sabía que yo nunca había cantado pensando en la plata sino que estaba seguro de que tendría que venir, si venía, como premio por cantar "con todo".



Siempre tiraban cosas al aire

Aquellos discos que grabé para Colombia con mi amigo Carlitos Bermúdez no se vendieron aquí. Como era habitual en aquella época, las grabaciones eran "sin red". El técnico le decía al intérprete "está bien" o "Listo" y uno sólo se enteraba del resultado mucho después, al oír el disco (¡qué milagro el de tanta placa perfecta de Gardel!). El caso es que yo sólo me junté con los discos de "Los cantores" cuando fui a Colombia; dicho sea de paso era mejor olvidarlos...

De modo que el primer disco que grabé para la Argentina fue con Pichuco y para un sello con el que, años atrás, había tenido algún trato: RCA Victor. Fue *El milagro,* casualmente ese primer tango y era de los hermanos Expósito, aunque por número de serie aparezca antes otro registro del mismo día 29 de abril de 1947, un título que podría haber venido al caso un poco antes: *Yira yira.*

Sí, la barrera de los "directores artísticos" había quedado atrás. Con la misma etiqueta iban a aparecer otros veinte registros míos de esa época Troilo y, ya al pasar a solista en 1950, la misma Victor iba a ofrecerme el mejor contrato para editar otras canciones mías (más de cuarenta), con guitarras y con la orquesta de Víctor Buchino.

Es verdad que el inolvidable Pichuco hacía caer todas las murallas, pero él también tuvo al principio algunas preocupaciones con el cantor "distinto" que lo había entusiasmado.

Una de mis primeras presentaciones con Troilo fue en un baile en el Tigre, cuando apenas tenía en el conjunto un repertorio de cuatro o cinco piezas. Había un lleno completo, como en cualquier sitio donde se anunciaba a Troilo y cuando él me dijo "Ahora usted, Rivero", me adelanté y hubo unos aplausos raros, muy largos...

Canté un tango y la gente empezó a dejar de bailar y a arrimarse al escenario. Al final no sólo aplaudían sino que gritaban y tiraban cosas al aire. Después de que canté otra pieza pasó lo mismo. El "Gordo" miraba maliciando cosas, como olfateando un peligro:

—Mire, mejor bájese del palco porque me parece que viene de *cargada.*

—¿Le parece? —pregunté.

—Sí, mire lo que hacen, tiran cosas. Me parece que lo están *cargando.*

—Pero a mí en los bailes siempre me aplauden así —le contesté, aunque sabía que podía haber uno de esos graciosos que nunca faltaban.

—¿Dice que siempre lo aplauden de esa manera?

—Siempre.

—¿Seguro, Rivero?

—Sí —lo tranquilicé—, no se preocupe, no va a pasar nada.

Pichuco me recordó muchas veces aquel baile del Tigre, pero no fue sólo allí que tuve que enfrentar alguna *contra.* Tardó todavía la unanimidad. Entre los allegados y en la propia orquesta se argumentaban a veces las cosas de siempre: que era "imposible", que con Salgán nos había ido mal en las grabadoras, que nos habían echado de Radio El Mundo, que "no iba a andar".

Hubo ataques más a fondo, como molestarme cuando cantaba, sobre todo en la radio. Tirarme del saco, sacarme el micrófono, bajármelo o alejarlo. En fin, que hubo hasta quienes se animaron a llegar al "Gordo" aconsejándole que me "despidiera".

Troilo era, como todos lo saben, un tipo de corazón grandote y, también de palabra de honor. Pero si me fue bien con él —y creo que a él lo mismo conmigo —fue por su oído. Tenía el doble privilegio de tener una oreja muy sorda para las infamias y, como ya dije, un oído finísimo para lo que a él más le importaba: la música.

Con Manzi y Discepolín

Toda la historia que va desde entonces hasta hoy, podría ser contada por muchos otros, quizá con mayor detalle. A lo mejor ellos, después de leer este libro me devuelvan algún recuerdo que me galopó en disparada. O me rescaten imágenes, nombres que fueron queridos y que la memoria no va a alcanzar a embretar en estas páginas.

Es que los años de Troilo son como una película que se hubiera filmado con otra velocidad. Sus grandes figuras, Manzi, Discepolo, el propio "Gordo", parecieran "comerse" la escena. Y sin embargo, todavía quedan en primeros planos estrellas de reparto como pudieron ser Barquina, o Paquito "El Llevador". Pasan por mi mente cien duendes de la noche ida: colegas cantores, músicos, gente de teatro, mezclados con hinchas anónimos (o famosos), *mangueros*, vividores, *plomos*. Todo parecía andar a mil por hora, hasta el país, en aquel año cuarenta y siete.

También yo veía como mis acciones se afirmaban. A Discepolo le había gustado mucho mi manera de hacer *Yira yira*. Lo recuerdo felicitándome, en un intervalo de la orquesta, fumando incansablemente y sin poder disimular, detrás de sus chistes feroces y autodestructivos, la bondad y el talento que le salían por cada poro.

Discepolo llenó toda una época, no sólo de canciones sino de reflexiones. Uno encendía la radio y aparecía *Esta noche me emborracho;* oía cantar a un ama de casa detrás de unas celosías y la historia era *Confesión;* descifraba el silbido de cualquier repartidor y era *Yira yira.* Y seguro que, todavía, en algún cartel se anunciaba cualquiera de las obras del "Flaco". Desde entonces ya no se concibe a Buenos Aires sin la presencia de Discepolín. Esa fiera venganza del tiempo, a la que tanto temió, no pudo alcanzar a su recuerdo ni a sus creaciones.

El año cuarenta y siete lo tenía todavía en plenitud, polémico, ya jugado políticamente. Pero ese mismo año trajo también tristezas: había partido otro grande, Celedonio Flores, el letrista más admirado por mí hasta entonces. Uno de los que despidió sus restos fue Homero Manzi, ya también herido de muerte. Poco después él me iba a dar a cantar su verdadera despedida, ese milagro suyo y del Gordo Troilo que se llama *Sur*.

Homero era otra figura porteña hasta el caracú, a pesar de ser por nacimiento un santiagueño de Añatuya. Su barrio de pibe había sido casi el mismo que me vio nacer, ese *Sur* del tango. Pero él creció allí, aprendiéndose cada piedra desde "mi" Puente hasta Boedo. Él fue quien dijo, precisamente de Boedo, que era "como un paso pesado que daba el Puente Alsina para llegar al centro". Por algo uno de sus maestros fue otro grande del barrio: José González Castillo.

Cuando estrenamos *Sur* en el Tibidabo pareció que hasta las muchachas dejaban de respirar, había quedado el lugar en un trance casi religioso. Manzi era un hombre que, con su sola personalidad, era capaz de hipnotizar a toda la milonga. Pero de allí en adelante ni siquiera iba a necesitar estar presente: quedaba su tango *Sur,* ese que yo no puedo cantar nunca sin volver a sentir la misma emoción de aquella primera vez.

Pero ya sabíamos que ese "todo ha muerto, ya lo sé" contenía la más triste de las certezas, que *Sur* iba a ser su verdadera despedida. Manzi no evitó la pelea: vivió tres años más, pero ya cayendo vuelta a vuelta. En los mismos días en que grabamos *Sur* para la Victor, lo fuimos a visitar al sanatorio donde lo operaron por primera vez. Su calvario comenzaba, pero él nos daba ánimo a nosotros, parecía lleno de planes. Tenía entonces muy poca edad más que yo: era un hombre de apenas cuarenta años.

Toda esa increíble fiesta

Pero parecía que ninguna fuerza del mundo fuera capaz de parar la música en la calle Corrientes de aquellos años. Era la fiesta de las fiestas: la noche tenía toda una corte de arlequines y polichinelas, de colombinas y marquesas, de príncipes engañosos y de payasos sinceros. Eran los últimos años del cabaret al viejo estilo, de la *milonga*. Buenos Aires los despedía con todos los honores.

Mi debut con Troilo fue en el Tibidabo, en plena avenida; uno de los tres mayores *cabarotes* de la época. Los otros dos fueron el Chantecler y el Marabú, que estaban pegados a Corrientes pero en transversales: el primero en Paraná y el otro en Maipú, como marcando fronteras al norte y al sur.

En todos lados el rey era el tango. Aun cuando compartiera los escenarios ocasionalmente con orquestas de otros géneros, ni por asomo le podían restar público ni aplausos. Había tango hasta de día, casi en cada puerta de Corrientes. Además del viejo Nacional, florecían Tango Bar, Marzotto, La Armonía, boliches exclusivamente tangueros. Cada uno tenía su propio público, cada orquesta sus propios y seguidores hinchas y lo mismo sucedía a veces con los cantores o con algunos instrumentistas.

Entre tanto prócer que vieron aquellos años, figuras muchas que llegan hasta hoy brillando, había también casos pintorescos, personajes que buscaban la atención del enorme público tanguero, pero por medios extraños. Entre ellos recuerdo tres cantores: el de la voz de acero, el cantor sin piernas y el cantor gorila.

El de la voz siderúrgica era, según él, quien tenía el record de permanencia en el canto. Decía poder atormentar a la gente un día seguido, pero creo que nunca encontró interesados. Una vez le siguieron el tren en el Tango Bar y le dijeron que pidiera el tipo de acompañamiento. Se despachó con poco: cuarenta guitarristas, eso sí, veinte vestidos de smoking negro y veinte de blanco.

Se lo prometieron y le aseguraron que la prueba se iba a transmitir por onda larga, corta "y cortita".

Allí mismo, en el Tango Bar, en una noche medio "de entrecasa", lo dejaron subir al palco y cantar. Durante toda la pieza tenía la mano derecha escondida detrás de la espalda y, al terminar, hacía aparecer un globo. Inmediatamente, para sorpresa de todos, lo pinchaba. Según él, era una manera de hacer saber que había concluido, una especie de "Fin" pero audiovisual. El cantor de la voz de acero era un precursor.

Lo malo fue que esa vez, no hubo modo de hacerle entender la broma y quería cobrar. Le habían hecho un contrato de *grupo* y pretendió hacerlo valer en la comisaría. Después, le explicaba a Troilo: "yo sé que usted me anda buscando, pero no quiero sacarle el pan a ese muchacho Rivero, tiene tres hijos..."

El cantor sin piernas era más sencillito, auténtico. Lo único malo es que le gustaba entrar a escena haciendo bandera. El gran efecto lo daba al aparecer a toda velocidad en uno de esos carritos hechos con madera y rulemanes, una especie de patineta que hacía avanzar como remando con dos tacos. Tomaba envión entre cajas, giraba, y en cierto momento parecía que se iba a caer del escenario, pero no. Había un tope de goma que el público no veía, en el que el carrito topaba siempre. Mejor dicho, casi siempre, porque una noche le hicieron el mal chiste de retirarle el taco de goma. Mejor no contar más.

Otro famoso fue el gorila, también un semiinválido por parálisis de piernas, que había descubierto su *yeite*. Entraba vestido con un casi perfecto disfraz de gran mono, descolgándose desde lo alto de La Armonía por medio de una soga que habían disfrazado también, pero de liana. Muchos lo deben recordar; incluso no cantaba mal "el gorila", pero lo memorable era aquella aparición que, no hace falta decirlo, no tenía un pito que ver con lo que el hombre venía a decir después: la historia de *Estercita* o de *Ladrillo*.

Qué importaba. Créanme que de veras, por esos años, Corrientes daba para todo.

Censura hubo casi siempre

Para lo único que la mano venía pesada era para las letras lunfardas. Todavía se arrastraban algunas prohibiciones que venían desde la presidencia del general Ramírez. Celedonio Flores había sido uno de los más proscriptos y a lo mejor se murió de pura bronca. A veces había sido peor que prohibido: desfigurado hasta el disparate por remiendos que pretendían "moralizar" sus letras. Con *Mano a mano,* por ejemplo, se llegó a absurdos como estos:

Recordando en mi tristeza
hoy te evoco y veo que has sido
en mi existencia azarosa
sólo una buena mujer.
Tu presencia distinguida
etc. etc.

Como si *rechiflado* o *bacana* fuesen una ofensa al pudor y, "pobre vida paria" tuviese algo que ver con el lunfardo.

La censura no permitió que mi repertorio de aquellos años con Troilo tuviera más letras *reas,* pero hay que recordar que la mayor parte de las orquestas tampoco solían hacerlas, quizá con excepción de D'Arienzo. Yo me iba a desquitar bastante pronto. El primer disco que grabé como solista, ya en el 50, fue *Audacia,* justamente de Cele, letra que había estado prohibidísima y en la cual el autor reflexionaba acerca de otras palabras aceptadas, como "partenaire":

Yo no manyo *francamente*
lo que es una "partenaire"
aunque batan que soy bruto
y atrasado, qué querés.

No ha de ser nada bueno
si hay que andar con todo al aire
y en vez de batirlo *en criollo*
te lo baten *en francés.*

Ya en los tiempos de Troilo, Perón había empezado a dar vía libre al lunfardo, no podía dejar de percibir el rídiculo de llamar *La mala* al tango *La maleva.* Las anécdotas de aquel tiempo eran incontables: se había llegado a proponer para *El ciruja* algo así como *El hurgador de basurales.* Claro que después la métrica no daba. Por algo la gente se había tomado ya en farra la cosa y bromeaba con que a la calle Guardia Vieja se la debía rebautizar "Cuidado Mamá".

Perón, además, era bastante ducho en lunfardo. Su tango preferido, el que siempre pedía cuando yo cantaba, no era al fin de cuentas muy académico. Lo emocionaba casi hasta las lágrimas (y alguna vez fue sin *casi*) *Cuando me entrés a fallar,* esa historia del *jovato* y de la *piba.*

También últimamente he tenido varias piezas con difusión prohibida por el COMFER, pero esa ya es otra historia, creo que también antigua.

La última curda

Pichuco era un porteño completo y sabía mucho de lunfardo. A pesar de eso pude hacerle oír muchas letras, poemas y canciones que, con mi guitarra, tenían para él el sabor de la novedad. Siempre le gustaron, pero muy rara vez las incorporó al repertorio de la orquesta y prefirió mantenerlas al margen de las grabaciones. No era tanto por el asunto de las prohibiciones sino que, el propio conjunto, tenía una línea que no excedía los topes de Discepolo y de Contursi, que la gente identificaba mejor con palabras de Manzi, de Cátulo o de Expósito. El Gordo intuía que el público podía desorientarse si dábamos un paso franco hacia el lunfardo y sus ásperas, a veces hasta sórdidas historias.

Eso no quita que, como dije, Pichuco gustase personalmente del *lunfa.* Uno de nuestros grandes amigos fue Miguel Angel Bavio Esquiú, caballero de muy tradicional familia que escribía con el seudónimo de Juan Mondiola. Por entonces tenía una popularidad extraordinaria a través de sus relatos reos en "Rico Tipo", la famosa revista de Divito.

Conocí a Bavio Esquiú en uno de sus ambientes, el del Club Atlético de San Isidro, adonde habíamos ido con la orquesta a tocar en una celebración cuyo motivo no recuerdo. Con Mondiola-Bavio y con Troilo íbamos a tener muchas noches de canciones y versos lunfardos, pero nunca hubiéramos imaginado que fuésemos a estrenar un tango desde un balcón de la calle Paraná.

El Gordo vivía por aquellos años a pocos pasos de Corrientes, en un segundo piso que hubiera podido alumbrarse con el letrero luminoso de enfrente, el del cabaret Chantecler. Una noche de verano, enfriada sólo por el hielo del whisky, estábamos en ese departamento seis personas: los dueños de casa, Bavio con su mujer, y yo acompañado por Julieta. El entusiasmo era uno sólo y por una letra que andaba por hacerse tango: de Cátulo Castillo, *La*

última curda. Hubo ya un momento en que el tarareo no alcanzó y Bavio impuso:

—Gordo, *chapá* la *jaula.*

Troilo no se hizo rogar y comenzó a desgranar los acordes del tango, y yo por supuesto a entonarlo, a hacerme de sus palabras. Al rato estábamos tan absorbidos que la cosa se había convertido en un ensayo en toda regla. Al casi par de horas de retoques y de comentarios (también de tragos), el tango iba quedando "redondo". Las puertas del balcón estaban hacía tiempo abiertas de par en par, pero si hubiera aterrizado en el *depto* un plato volador no lo hubiésemos visto. Por eso tampoco advertimos que enfrente,en la vereda, se habían ido juntando muchas personas.

Y ya cerca del amanecer, cuando se produjo la salida de la gente del cabaret, pareció que el mundo se venía abajo de aplausos y ovaciones. Fue cuando salimos a ver qué pasaba y nos dimos cuenta de que ya se estaba interrumpiendo el tránsito. Igualmente tuvimos que acceder al pedido de hacer el tango entero desde el balcón, a puro *fueye* y cantor. Era una noche tan hermosa que cantar "La vida es una herida absurda..." casi sonaba a macana.

En cambio fue cierto que "es todo, todo tan fugaz" porque Miguel Angel Bavio Esquiú, el querido amigo Juan Mondiola, iba a morir pocos días después de aquella noche larga y feliz. No había sido de *curda* pero sí puede haber habido fatiga, transpiración, alguna corriente de aire. Y Bavio Esquiú ya estaba "en capilla", cansado de prohibiciones y con ganas de "tomar la última curva" a todo corazón.

Con Pichuco no hubo adiós

El contrato con Aníbal Troilo duró tres años, el mismo plazo que fijara mi compromiso con Horacio Salgán. Pero con ninguno de ellos hubiese hecho falta un papel firmado. De Salgán ya he escrito por qué y, en cuanto a Pichuco, ya lo dijeron muchos otros, todos quienes lo conocieron. El mejor resumen, el único que yo podría hacer, es que Troilo era un ser superior. Así lo vi comportarse conmigo y con todos, cada minuto, como si estuviese más allá de cualquier mezquindad y cualquier tontería humana. Así se mostró también cuando me llegó el momento de dejar su orquesta.

Ya mucho tiempo atrás había yo empezado a recibir ofertas tentadoras pero jamás las consideré y, menos todavía, se las comenté al Gordo. Al vencer el plazo de nuestro compromiso tenía en mis manos tres grandes posibilidades para pasar a actuar como solista: una era de Federal, el máximo anunciante de la radio, otra de la grabadora RCA y, la tercera, del Marabú que había pasado a ser el cabaret de moda. La suma de las tres era una oportunidad muy difícil de repetir, por lejos superior a cualquier cifra fija que pudiese garantizarme cualquier conjunto.

Troilo y yo lo sabíamos, pero igual jugamos a cartas vistas. No hubiese querido abandonar su orquesta y, en cuanto a él, hasta me hizo el homenaje de mostrarme su pesar con alguna lágrima de hombre. Sin embargo, fue quien me alentó a no dejar pasar la ocasión, como un padre que, aunque dolorido, aconseja a un hijo echar a volar.

Fue bastante más que una cuestión de dinero. Pichuco no medía nada en esos términos. Era un tipo que nunca supo lo que ganaba ni lo que gastaba, un ser diferente también en ese terreno. Yo, por mi parte, no sólo veía en el cambio una simple ventaja económica. Al fin y al cabo, nunca había alcanzado mayor éxito popular, ni más alta consideración profesional que durante ese período con él. Pero había otras cosas...

La ciudad era cada vez más esquiva a los cantores acompañados por guitarras, por buenos que ellos fuesen. Yo no iba a despreciar nunca el acompañamiento de orquestas y, menos todavía, el de un conjunto y un bandoneón casi incomparables, pero el *violero* no se quería entregar. El *purrete* con herencia de guitarreros, el jovencito que no sabía si abrir más los ojos o las orejas para asombrarse con los payadores, el Rivero que rebotaba con guitarra y todo contra radios, grabadoras y directores artísticos, quería seguir en la suya.

Volver a empuñar la *viola* fue otra cosa que una revancha, ya con la espalda cubierta y grandes públicos asegurados. Fue hacer lo que más me había gustado en la vida, de la manera que siempre lo hicieron los míos. Para mucha gente fue, en aquel tiempo, algo difícil de comprender y, para otros un mal negocio a la larga. Pero para mí fue sólo volver al camino.

Antonio Carrizo dijo hace poco que, antes del pase de Maradona, nunca otro había sido más comentado que el mío aquella vez. Hay bastante de afectuosa exageración, pero de veras se habló mucho y se entendió poco, quedaron fuera del asunto cosas que Pichuco y yo no tuvimos necesidad de explicarnos.

A partir de allí, mi amistad con el inolvidable Gordo fue cada vez más íntima. No sólo quedaron en mis oídos las palabras de su despedida sino muchas otras posteriores, toda vez que el trabajo o el afecto nos volvió a reunir. Ibamos por muy distintos rumbos cada noche y, ni siquiera eso nos separó. Cada vez que el Gordo cayó enfermo estuve cerca de él y me alegré con cada una de sus recuperaciones. Pero nunca traté de ser su compinche, porque nos habíamos elegido para ser algo más que eso: amigos de verdad.

Llevando y trayendo semillas

Mi apuesta fue buena pero, así a la distancia, puede parecer que desde aquel momento en adelante todo fue coser y cantar. No, en este trabajo la cosa nunca es tan fácil y, como en cualquier otro, el problema no es sólo llegar sino hacerse un lugar firme allá arriba.

La radio era, todavía en los 50, la usina de la fama, como después poco más o menos lo sería la televisión, pero con una diferencia: la TV nunca podría ser tan decisiva para prestigiar cantores como pudo ser antes la radio, simplemente porque cantar es mucho más dependiente del mero sonido que otras actividades del espectáculo.

Mi primer repertorio, incluso el de mis primeras grabaciones como solista, tenía buen lugar para el lenguaje *reo* y lunfardo. Pero también empecé a mechar milongas camperas y estilos, como para ir acostumbrando a mi público a la imagen de un cantor nacional y no del exclusivamente tanguero. Iba a ser una larga tarea. Al mismo tiempo que elegía tangos como *Audacia, Margot, Primero yo, En la vía* o *Araca la cana,* deslizaba piezas como *El rebenque fatal* o *Codiciando* y, hasta me daba el lujo de poner, a la vuelta de un nuevo disco de *Yiya yira,* aquella vieja *Milonga en negro* heredada de mi madre.

Estaba empeñado en que fuera cada vez mayor el número de personas que gustasen de las mismas canciones que a mí me apasionaban. Estaba seguro de que iba a llegar más fácil a ellos con lo que yo fuera capaz de cantar con más auténtica emoción. Pero para conseguirlo no iba a bastar con ir de vez en cuando a los estudios de las radios o las grabadoras porteñas y, ni siquiera, con las actuaciones de cada noche en el más porteño Marabú.

Me propuse andar todo el país, como un candidato que está seguro de tener buenas intenciones y buenos argumentos para ser elegido. Y me largué nomás: durante años di una importancia tremenda a mis giras, recorrí todo el interior. No sólo las grandes ciudades de provincia sino también muchos pueblos pequeños, algunos de ellos pisados ya por mi padre ferroviario o por mis antepasados de a caballo.

Las anécdotas de giras son, entre la gente del espectáculo, infinitas y sabrosísimas. No competiré demasiado en un género tan rico, sino que sólo recordaré al más fiel compañero de viaje de aquellos tiempos: el polvo, la tierra que vuela. A veces llegábamos tan distintos a nosotros mismos que dábamos lástima. Y no hay exageración.

Cierta vez, en un paraje pampeano, un paisano de aspecto próspero me abordó: "Usté es Don Rivero ¿no? Pensar que yo lo vi una vuelta, allá en la calle Corrientes de Buenos Aires y mire ahura, lo vengo a encontrar acá..." Y agregó, gaucho: "Digamé qué le anda pasando, qué puedo hacer por usté". Me ayudó, a la noche estuvo en el teatro donde canté y pagó su entrada para oírme. Y para verme después de la aspiradora, ya bien bañado, bien vestido.

Otra vez nos detuvimos a cargar nafta en un paraje solitario de Santiago, al cabo de un camino neblinoso de polvareda. Para atenuar los daños de respirar tanta tierra, traíamos puestos unos pañuelos húmedos que nos tapaban boca y nariz. Pero cuando nos bajamos de los autos con la cara así cubierta, el tipo que atendía entró en pánico y echó a correr a través del campo. Nunca logramos que apareciera, tuvimos que seguir viaje...

La verdad es que esos años de andar el país me convencieron de que había elegido bien el rumbo. El guitarrista —tal como me había augurado mi padre— era bien recibido en todos partes. Yo por mi parte, en cada lugar que visitaba era como si le sintiera el pulso a la región, al propio país. Tomaba conciencia de que nuestros modos de cantar, desde el lunfardo a la zamba, son variadísimos, pero la música argentina una sola. Los que cantamos podemos tener preferencias pero no ataduras, respeto pero nunca desdén ni aprensiones por ninguna de las formas de decir (y de sentir) lo nuestro.

Los del Morocho y los de siempre

Los años 50 trajeron también sus tristezas. Apenas comenzados murió Discepolo, dejando inconclusa su última canción, escrita para mí y titulada *Fangal.* La completó Homero Expósito, pero sólo en el 59 la grabé como parte del disco que se llamó "Edmundo Rivero canta a Discepolo", ya lejos de aquellas tristes noches en que el incomparable "Flaco" me decía, como contrariado: "Hay que ver cuánto cuesta morirse, pibe".

Sin Celedonio, sin Manzi y sin él, la noche de Corrientes pareció otra, aunque todavía los tangos de los tres la siguiesen copando. Habían pasado también los años de las vacas más gordas, los de la fiesta sin fin, pero ¡qué ricos éramos todavía!

Yo había empezado a tener una hinchada consecuente y numerosa como no hubiera soñado jamás. Algunos de estos simpatizantes eran tipos tan seguidores, tan excesivos que ya me daba miedo. Cierta noche, uno de ellos no demasiado en copas, me paró en Maipú y Sarmiento poniéndome una mano en el pecho.

—Paresé, zorzal. Me tiene que contestar algo.

Pensé que si me trataba de zorzal había ya un principio de respeto y poco motivo para preocuparme pero en seguida me preguntó:

—¿Qué opina de Carlitos Gardel?

Le contesté con la opinión que tengo, la mejor, la de mi admiración. El tipo fue asintiendo a cada juicio y por fin me abrazó:

—Ahora sí que estoy con usté.

Después me contó que tenía absolutamente todos los discos de "Carlitos" y su foto en una especie de altar. Cada noche, debajo del retrato ponía un disco y, al despertarse, lo limpiaba y lo besaba. Después, mientras su "patrona" le cebaba mate, escuchaba la grabación como si fuese una misa. Pero una mañana hubo un sacrilegio: se levantó, retiró el disco, lo limpió, lo besó y lo puso a

girar. Lo que salió fue la voz de Bing Crosby. Había sido obra del hijo, nada tanguero, que lo había desafiado. Me juró que lo había echado para siempre y que no quería verlo jamás. Ah, y dijo también que desde entonces el rito iba a ser con dos discos, uno de "Carlitos" y otro mío. Ojalá que el hijo haya vuelto, aunque me cambie por Sinatra.

Pero no fue la única vez que me topé con simpatizantes compartidos con Gardel. Hubo otra en que el fanatismo llegó demasiado lejos. Un tipo con un vozarrón increíble, como de diariero, me gritó a la salida del Marabú, todo emocionado:

—¡Só grande como Carlito! Lo único que te falta pa'empatarlo es morir incinerao como el finadito...

Pero también es verdad que a la salida del Marabú uno podía encontrar cualquier sorpresa. Uno de los hinchas que más recuerdo era también *manguero* y, de acuerdo a lo que tuviese conmigo, siempre le daba algo. Una noche, por falta de cambio, o por lo que fuera, le debo haber errado a su cotización que, al parecer, se medía con el termómetro y con el reloj:

—¿Pero esto me das? —dijo—. ¿Pero vos qué te creés, que yo voy a estar acá chupando frío hasta las cuatro de la *matina* por esta guita? Si sabía me iba a la salida del Tibidabo y el gordo Troilo me daba el doble. ¡Ah no viejo, a mí no me ves más por acá!

Y se fue ofendidísimo. A veces uno no sabe tratar a los simpatizantes, pero esta debe haber sido una excepción. La enorme mayoría de los seguidores nocheros, los de Corrientes y alrededores, eran otra cosa, tipos desinteresados y que, por el contrario, siempre querían invitarlo a uno con algo, onda que casi nunca aproveché porque, de acuerdo con mi norma personal, yo iba de casa al trabajo y del trabajo a casa...

Mis otras patrias: Uruguay y España

Fue en esos años 50 que me afirmé realmente como cantor con guitarras, ya fuese acompañado por la mía o por el quinteto, que solía integrarse con Pagés, Pessoa, Carné, Achával y Milton. Pero todavía, de los cuarenta y dos títulos registrados para RCA entre el 50 y el 53, había trece con orquesta del sello dirigida por Víctor Buchino y, como curiosidad, cuatro con piano y guitarras: *Mi noche triste, Noche sin sueño, Yira yira* y la *Milonga en negro.*

En el año 54 pasé a grabar con T.K. y, de treinta y ocho canciones, tambien hubo una parte que fue con orquesta. Dieciséis motivos en total, de los cuales cuatro los dirigió Buchino, ocho mi amigo Carlitos Figari y dos, de nuevo, fueron con Pichuco. (Precisamente *Sur* y *La última curda.*) Ese mismo año 54 anduve, y no fue por primera vez, por Montevideo. En esa ciudad que quiero y donde sé que me quieren, fue donde un generoso hermano de CX 30, Radio Nacional, el periodista y locutor Alberto Luces, me llamó por primera vez "la voz mayor del tango".

Pero también fue allá, en el Uruguay, donde tuve un problema de autógrafos, por llamarlo así Un chico muy simpático, al que había visto un par de veces durante mis actuaciones, me pidió una foto autografiada y con una dedicatoria cuyo texto me fue dictando. Se la di, y unos meses después, en Buenos Aires empecé a recibir reclamos e intimaciones por incumplimientos de contrato. ¿Qué había pasado? Pues que el aprovechado "admirador" había utilizado la foto y la dedicatoria para hacerse pasar por mi representante exclusivo para el Uruguay. La trampa sólo pudo caminar en pueblos muy chicos, con gente muy inocente, pero llevó tiempo hacer las aclaraciones.

Siempre pueden asombrarnos los representantes, aunque

usen poderes legítimos. Yo tuve bastante suerte y, mi primer apoderado fue importante: Mario Batistella, el letrista y amigo de Gardel, pero gente como él suele ser la excepción. Un libro sobre el tema sería poco espacio para contar *dibujos* que suelen hacerse en el ambiente.

El disgusto de la foto y el falso representante fue el único que tuve en la tierra hermana. Allí volví muchas veces y, como ya dije, fue en Montevideo, donde pude grabar por primera vez con la orquesta de Horacio Salgán. Eso fue en el mismo año 1957 en que, dejaba el sello T.K. y pasaba aquí a registrar para Odeón, empresa que me ocuparía hasta 1959.

Además de mis viajes por países vecinos, ese mismo año 1959 sería el del primero de mis recorridos europeos. Un recorrido que casi no fue, que no llegó a cumplirse, porque debí ocupar el tiempo previsto y algo más, para atender al éxito que me deparó España. Allí estuve siete meses y, desde entonces, ya nunca pude prever una corta estada. No sólo por lo bien que siempre me trata el público, sino porque yo mismo me siento allí como en casa propia.

He pensado acerca de esa especial comunicación que me une con los españoles y, sinceramente, no lo atribuyo solamente a la sangre ibérica que llevo, tan cercana por vía materna y algo más remota por parte de padre. Creo más bien que se debe a que soy un guitarrista y que, no por nada, esa es la patria mayor de mi instrumento. El público "entra" a mi canción por los rasguidos de la *viola,* aunque se le escapen luego algunas palabras *lunfa,* algún giro porteño. Pero cuando me pedían a voz en cuello ¡la del niño! ¡la del niño! era porque la historia les había llegado, aunque se llamase *Si se salva el pibe.*

La guitarra de Don Andrés

Iba a ser en España donde, precisamente, habría de unirme con otra de mis guitarras predilectas, la que perteneciera hasta entonces al maestro Andrés Segovia.

Había ido a la famosa Casa Ramírez a ver instrumentos, con la idea de comprar uno. Sin embargo, ninguno de los muy buenos que veía terminaba de satisfacerme porque, desde siempre, en la Argentina hemos sabido de guitarras y hemos tenido muchas espléndidas, inclusive de la propia casa Ramírez. Localicé por fin una, fuera del sector donde se agrupaban, bien ordenaditas, la mayoría de las exhibidas. Me llamó la atención su lujo, su acabado perfecto y el detalle de que tuviese agudos Hauser y graves "de la casa". Me explicaron que esa guitarra no estaba en venta, que era nada menos que del maestro Segovia.

No me resigné. Supe también que hacía ya tiempo que el maestro tenía allí su guitarra y que no mostraba urgencia por ella. Insinué la posibilidad de que quisiese venderla y, sobre todo, declaré con verdad ser admirador y hasta conocido del gran concertista.

Lo primero era indemostrable, pero yo no mentía al afirmar mi condición de admirador porque, a cada venida a Buenos Aires del gran guitarrista, había respondido yo con mi concurrencia a sus conciertos. Amaba tanto a mi oficio, del cual era él número uno, que nunca hubiese dejado de ir a oírlo. Lo hice desde platea y desde gallinero, y una vez que no me quedó otro remedio, desde un pasillo de cazuela, desde detrás de una cortina y por gracia de un acomodador gauchazo.

Además, con Segovia nos había envuelto una vez un equívoco de equipajes. En el vapor de la carrera a Montevideo habían puesto la guitarra de Segovia, en su estuche, junto con las de mi conjunto y la mía, pensando que eran todas del mismo grupo. Al llegar a puerto se aclaró el error y tuve el gusto, por primera vez, de

estrechar la mano de Don Andrés. Pero estaba escrito que alguna vez quedaría conmigo alguna de sus guitarras.

Segovia debe haberse asombrado, al principio, por tanta insistencia mía pero, sea porque me recordaba, porque me conocía o, simplemente porque dio valor a mi entusiasmo por esa guitarra, me la concedió. Supe que había sido el propio gran maestro quien había diseñado y dibujado los planos del instrumento.

Todavía hoy, la buena gente de la Casa Ramírez no debe comprender como pudo haber tenido ese desenlace mi empecinamiento. Lo cierto es que, gracias a él, se integró el par de mis guitarras más queridas: una, la del maestro español que considero el mayor guitarrista que haya oído jamás; la otra, esa bellísima guitarra de Francisco Canaro, que fue capaz de revolucionar el tango, pero que nunca había podido rasguear siquiera unos acordes en esa *viola* que era sólo "para las fotos".

Louis Armstrong y otros "compatriotas"

Durante aquella larga primera estada madrileña recuerdo haber hecho amistades variadas e importantes, pero hubo una que no me hubiera imaginado nunca.

Fue en Radio Madrid, durante el intervalo de un programa de cantores y actores "americanos" que dirigía Raúl Matas. Yo estaba sentado en una sala de la emisora, esperando, cuando uno de los empleados pasó y me señaló que, en la sala contigua había un "compatriota mío", también citado al programa.

Cualquiera comprenderá cual fue mi impulso. Crucé la puerta que me separaba del "compatriota americano" y vi a un tipo de cara conocida, no muy alto, que mataba el tiempo mirando los cuadros colgados en las paredes. En unos momentos acomodé la memoria pero todavía sin convencerme. Americano, en todo caso era, pero compatriota no, y cantor menos. Era Glenn Ford.

Me acerqué a él de todos modos, ya que íbamos a estar juntos en el programa, y me hubiera gustado contarle el error, pero no pude. "Do you speak Spanish?". No, qué iba a hablar, y lunfardo tampoco. Y como yo no sé decir en inglés nada más que lo que le había preguntado, me decidí por mostrarle mi guitarra y hacer la de Tarzán. "Mí, Argentina, tango". Y claro que entendió, y lo festejó también.

Le canté un par de piezas y se entusiasmó. No hicieron falta palabras para mostrarme su agrado. Después, al otro día, me hizo llamar por el conserje de su hotel para pedirme que lo visitara con mi guitarra, que pasásemos un buen rato de tangos. Así fue, y se repitió varias veces el encuentro. A veces me llegó su saludo y,

hasta por vía de un famosísimo músico: Cab Calloway que me lo transmitió desde la pantalla de Canal 7. No hace falta ser compatriota para comunicarse por el tango...

Otro "americano" con el que hicimos buenas migas fue con Louis Armstrong, cuando estuvo en Buenos Aires. Nos reunimos con él en un boliche de la calle Tucumán donde se hacía jazz y hubo un buen rato de trompeta de Satchmo y viola de Rivero, *parrilla* bastante rara. El negro era un tipo cordial y gozaba la música con todo el cuerpo, debía tener semicorcheas en la sangre, en vez de glóbulos. Pero esa vez casi termina mal la fiesta.

A un periodista se le ocurrió "la nota del siglo": una fotografía de Armstrong tocando la guitarra de Rivero y, al lado a Rivero soplando la trompeta del negro. La idea no era tan mala, aunque no fuera muy original, pero lo peor fue que el fotógrafo no preguntó antes. Se apareció con los instrumentos en la mano, en un descanso, y pretendió explicar su negocio. ¡Qué mala idea!

Armstrong se enfureció de tal manera que hubo que sujetarlo. Quería matar al hereje, al inmoral que había osado tocarle la trompeta. La recuperó como una madre a su bebé robado, la miró por todos los rincones y, en ningún momento dejó de amenazar en su propio *lunfa* al periodista de la mala idea. Cuando se fue calmando, que fue muy poco y mucho después, hubo algunas explicaciones, pero no hacían falta. Para el gran Satchmo no había nada en el mundo más sagrado, más intocable, más personal que su instrumento.

Yo no hubiese llegado a esos extremos porque es otro mi temperamento. Pero entiendo bien lo que sintió el hombre, casi diría que lo comparto y que es lo que no sólo un músico, sino cualquier artesano que ama lo que hace, es capaz de sentir por su herramienta, cuando la ve peligrar en manos de algún desconocido.

La ley que olvidaron

Por los años de Frondizi empezaron otras de mis luchas que todavía llegan hasta hoy. Junto con Fresedo y otros músicos y compositores visitamos a Don Arturo para pedirle una ley de protección a la música nacional. El gobierno peronista había dictado una disposición sobre el tema, que nunca se pudo hacer cumplir realmente: la obligación de incluir en cualquier emisión o espectáculo un cincuenta por ciento como mínimo de piezas nacionales.

Arturo Frondizi fue otro que tampoco pudo resolver el problema, a pesar de haberse interesado sinceramente. Su voluntad se había fortalecido como resultado de un viaje a Japón. Allí comprobó que el tango era casi el único vínculo que nos había ligado a tan importante y remota cultura.

Según me contó, en una recepción ofrecida por el emperador Hirohito, se hizo buen lugar al tango, con gran preocupación de Frondizi que no lo sabe casi bailar. Pero también en otras reuniones, incluso con los industriales japoneses que nos proveyeron los trenes traídos en aquella época, el tango fue un rompehielos, el tema de obligado comentario. Mucho influyó también la presencia coincidente en Japón de una de nuestras grandes orquestas.

Como sea, el buen propósito del presidente hacia la ley que le solicitábamos duró tan poco como su propia permanencia en el gobierno. El que estuvo después muy cerca de satisfacernos fue Lanusse, pero también el diablo metió la cola.

Con el general Lanusse hubo también dos años de larga espera. Le habíamos llevado el proyecto ya redactado por el Mayor Risso y el Dr. Aristegui, de SADAIC, y la acogida había sido la mejor. Este presidente era muy afecto al tango y las milongas lunfardas; cada vez que me oía cantar me pedía su preferida: *Desde la cana,* acaso porque le traía memoria de su prisión. Yo solía con-

testarle a veces que no se lo iba cantar hasta que firmase la ley. Por fin lo hizo, aunque después otras autoridades hayan pretendido ignorar su vigencia.

Como miembro de la comisión directiva de SADAIC o como integrante de su Junta Asesora, nunca dejé de luchar para conseguir que se proteja de verdad a nuestra música. Las razones no hace falta repetirlas: no puede haber un mercado libre tampoco para la música, por razones económicas y hasta políticas. Está claro que la producción de las grandes potencias del show y la canción arrasa por su propio poder económico, y que eso se traduce en un predominio cultural. De allí, a perder nuestra memoria, nuestras tradiciones y la identidad como país, hay un paso.

La necesidad de protección y fomento de nuestra expresión musical, es la misma que hace falta para nuestros hombres de letras, para nuestros artistas de la plástica, la danza y el teatro. Tal vez todavía más urgente, porque los medios de comunicación actuales demuelen muy rápido, tanto que, cuando nos demos cuenta, un tango o una vidala podrían llegar a ser tan del pasado como una naranja Bilz o los *puchos* Gavilán .

Y pongamos algo en claro: para mí son música argentina el tango y el folklore, no otras. Si los japoneses hacen tangos, no me van a convencer nunca de que es música japonesa. Por eso, si alguien quiere hacer rock aquí que lo haga, pero que no me diga que es "rock nacional".

Pero mejor sigamos con el pasado, porque este tema es muy de ahora y, aunque la lucha viene de muchos años atrás, la serenata va a ser larga todavía...

No hay dos sin tres, cuatro, cinco...

La década del sesenta fue la de los viajes, sobre todo, a partir del año 1965, que precisamente empezó con la posibilidad de hacer el más largo de todos. La fecha de embarque pudo haber sido el diez de enero.

Estaba actuando en Córdoba, lugar donde no sólo anduve por "La Toalla Mojada" sino por otros varios escenarios. Vivía en el Hotel Sussex y, una tarde como cualquier otra, mientras estaba tomando un refresco sentado en el bar, ¡buuuum! estalló el mundo.

Sentí que salía disparado hacia el techo y si no lo alcancé debe haber sido por poco. Caí como gaucho no del todo chambón, en cuatro patas, apoyado sólo en pies y manos. Por suerte los huesos aguantaron bien, pero los vidrios rotos habían llegado al piso antes que yo y me clavé una pila de trizas, como agujas, en las palmas y los dedos de las manos.

Salí del Hospital San Roque, "por mis propios medios", como dicen las crónicas policiales, pero con unas enormes manoplas de gasa blanca. La *viola* quedaba prohibida por un tiempo; hubo que cantar con las manos en la espalda. Justamente yo, cantar sin *viola* y sin manos...

Después me enteré de los detalles. La bomba, por supuesto, no había sido para mí. El "regalito" era para un congreso justicialista ("neoperonista" decía el diario) que había en el entrepiso. Un peón de limpieza al entrar a un baño vio el "aparato" y lo levantó. Como en ese momento —según él— "empezó a arder", lo tiró para cualquier lado. Y cayó al ladito nomás, en el bar donde yo estaba y del que no quedó casi nada: paredes, puertas, ventanas, era todo una demolición completa.

En el mismo accidente quedó bastante herido Elías Sapag, pero el que la pasó peor fue el barman, un muchacho Sánchez. Otero

el representante de Salgán, y su familia que me acompañaban también la sacaron barata. Lo mío no fue nada, unos vidrios clavados en las manos, nada más, pero qué cosa fea y traicionera que son las bombas, aunque me hayan perdonado la salud.

Como aquella vuelta del cuchillero quilmeño, o la otra, la de los *chorros* de gatillo rápido que me dispararon en Saavedra, la de blanco me había perdonado pero con susto. La tercera no había sido la vencida.

Y hubo otras más todavía. Al entrar una noche a mi casa me esperaban dos asaltantes. Al bajarme del automóvil en el garaje vi que uno me encañonaba de frente y otro, más atrás y desde un costado. Palabra que no tenían *pinta* de gente buena, y sin embargo...

—Che, es Rivero —dijo uno, el de más atrás.

—¿Qué?

—Rivero, Edmundo Rivero.

El que estaba más cerca también pareció *ficharme*. Fue la primera vez que me salvó el nombre, la fama. Abandonaron la idea de asaltarme y medio se disculparon. Yo les ofrecí lo mismo unos buenos pesos y terminaron por aceptarlos. Claro, después de insistirles un poco.

La otra vez que me apuntaron a la panza fue hace poco tiempo, y con un bisturí, es una historia de quirófano. Pero aunque fue la más brava, todo terminó felizmente. Fue gracias a dos médicos a los que tendría que dedicarles todo el resto de la sonata: el clínico Doctor Edmundo La Riva, un peruano medio vidente y el cirujano Doctor Jorge Sívori que fue el del faconcito mágico.

Pero aquí dejamos el tema porque —como aconsejan los grandes señores— no hay que entrar en detalles sobre asuntos de dinero, de hijos y de enfermedades.

Borges y otros largos viajes

Los años de los viajes, decía, esos de lugares nuevos y extraños. La racha empezó en el 65, cuando hice también las canciones de *El hombre de la esquina rosada*. Pensándolo bien, ese mundo de Borges fue también como otro país, a pesar de nombrar seres y lugares que creía conocer desde años. El autor de la música fue Astor Piazzolla, a quien ya había tratado antes.

Con Piazzolla había estado en el 49, en una película que se llamó *El cielo en las manos*. Yo cantaba el tango que lleva ese título y cuya letra es de Homero Cárpena. Salía encuadrado en una falsa pantalla de televisión, medio que todavía no había llegado al país. Astor, a su vez, dirigía una orquesta imponente, formada con profesores del Colón. Recuerdo la ansiedad y el prejuicio de los músicos al saber que los iba a dirigir un bandoneonista.

El ballet fue una obra valiosa, del tipo de las que estamos obligados a repetir, porque acercan, reúnen a planos distintos de nuestra cultura; no superiores ni inferiores, distintos.

Borges me hizo una pregunta casi brusca:

—¿Con qué autoridad, con qué conocimiento canta usted estos temas?

No había intención agresiva sino simple curiosidad, acaso certeza de mi obligado dominio del asunto. Le contesté también sobre una suposición:

—Bueno, las canto porque las entiendo y las entiendo porque las he vivido. Lo mismo que usted, que las escribió porque las conoce, porque las vio.

—No, en mi caso no es así —me dijo—. Yo no he tenido la fortuna que usted tuvo. Estos personajes y estas historias me llegaron por otros, por terceros. O son imaginarias.

Y como reflexionando, todavía agregó:

—No, yo no tuve su suerte. Mi madre no quería que saliera a la calle; yo estaba siempre detrás de las rejas.

Misteriosamente, sus letras me suenan tan auténticas como las de Contursi, aunque use muy distintas palabras. Es seguro de que Borges "ha visto" más cosas que muchos otros letristas salidores y nocheros, tal vez porque supo escuchar o porque sabía cuáles eran las preguntas, cosa que suelen olvidar los que siempre buscan respuestas.

Ese mismo año 65 hubo un viaje a Estados Unidos para actuar en el Lincoln Center. También ese lugar pudo parecerme enorme y frío, pero la guitarra lo fue entibiando, me hizo sentir más cerca a ese público que intentaba en vano guiarse por sus conocimientos o diccionarios de español. Como en otros lugares pudo suceder, lo mismo se "metieron" en nuestra música pero, por las dudas, Emilio Stevanovitch asumió una grave responsabilidad. No sólo fue traductor del español al inglés, sino del lunfardo al "slang". Una hazaña.

En el año 67 iba a volver a los Estados Unidos, pero para actuar en una serie de ciudades de la Costa Oeste, luego de una gira muy extensa que abarcó otros países. También en el 68 estuve en "la Costa", pero mis actuaciones en el país del Norte incluyeron otros lugares insólitos: la Unión Panamericana, la Universidad de Georgetown y la Universidad de Harvard, que queda en Boston pero que es famosa por producir economistas de la escuela de Chicago.

Tengo en mi memoria todos esos escenarios, pero se cruzan velozmente imágenes de muchos lugares: el teatro Municipal de Lima, el Universitario de Quito, el Antonio Caso de México D. F. Y otros mucho más cercanos en la distancia y en el corazón: el Solís y el S.O.D.R.E. de Montevideo, "la Católica" de Santiago, donde tengo tan queridos amigos. Todas fueron puertas que se abrieron generosamente para el guitarrista y el cantor, casi como si fuesen casas de familia del viejo barrio de Saavedra.

Arigató, Barón Megata

Fue también en el año 68 que viajé a Japón, al asombro. No se trata solamente de que me hayan recibido bien como artista y como persona. En muchas otras partes he gozado del afecto del público y he hecho buenos amigos. Tampoco es, siquiera, que hayan mostrado los japoneses ese particular cariño por el tango y por lo argentino que también he vislumbrado en otros países. Son muchas otras delicadezas, pequeñas a veces como transistores, pero que suman una emoción inolvidable.

Vayamos por partes. Ya desde el año 20, mucho antes del fenómeno gardeliano, los japoneses "descubrieron" el tango. El barón Megata, un noble que conoció en París a Bianco y a Pizarro, volvió a Tokio con la apasionante novedad y, de allí en adelante, todo se hizo con la perseverancia y la precisión nipona. Megata impuso el tango desde arriba, enseñándolo a bailar a la aristocracia, pero también despertando el interés por la investigación de nuestra música. Esa vocación se ha mantenido en muchas ciudades japonesas, al extremo que tienen archivos que sorprenderían a cualquiera.

Cuando el conjunto de D'Arienzo (sin su director) se presentó en Japón, los tangófilos locales advirtieron de inmediato el reemplazo de dos de los ejecutantes titulares. No sólo tenían fotografías de ellos, sino que reconocían la diferencia de estilo de los suplentes, cosa muy difícil hasta para el público porteño.

Hay una anécdota de la propia orquesta que me acompañó que certifica tal erudición. El violinista Claudio González se había lastimado la yema de un dedo y, para poder actuar se la "vendó", a la criolla, con la membrana interna de la cáscara de un huevo, pero dejando inactivo el dedo por las dudas. Al terminar el recital un japonés le preguntó por qué había tocado la armonía de *El Amanecer* en octava baja, siendo que en 1925, cuando estaba con Firpo, lo había hecho en octava alta. Y a mí mismo, en una ciudad

de provincia, me interrogaron sobre el motivo de que terminase *Mi noche triste* en nota "la", tanto para el canto como para la guitarra, siendo que el instrumento y la voz emiten distinta vibración. Nada menos que una pregunta de Física Musical.

No es difícil comprender por qué razones dominan netamente el campo del Audio, además de otros tantos que requieren igual delicada minucia. Pero no sólo ese es el recuerdo que traje de Japón, hay otros más emotivos. Cómo olvidar, por ejemplo, centenares de banderitas argentinas agitándose a mi paso o al de mi esposa en una calle de Tokio o de Osaka. De qué modo explicarnos que en pequeñas ciudades del frío norte conocieran, no sólo nuestra música, sino que hubiese sociedades de tangueros y hasta chismosos que sabían de las "debilidades" de las grandes figuras.

A los pocos días de haber llegado, alguien fue capaz de citarme de memoria el repertorio que había tocado ¡una semana antes! en la Universidad del Litoral, en nuestro país, y todavía me señaló que hacía cincuenta años que en esa casa de estudios no se interpretaba tango. ¿Cómo sabía todo eso? fue la inevitable pregunta. Simplemente se había enterado porque deseaba hacerlo, porque recibía publicaciones argentinas y hasta conseguía sintonizar emisoras porteñas. Sabía ¡hasta el kilometraje *"por ruta 9"* que hice hasta Rosario!

A veces me avergonzó tanta cortesía. Recuerdo el gesto de asombro, no de ofensa, cuando sugerí al intérprete que me vigilase los instrumentos en un andén. Insistió en explicarme que era imposible que nadie los tocase siquiera, ¿acaso no eran míos? O cuando, en un comercio olvidé recoger un vuelto de un yen y se tomaron el trabajo de localizarme, dejándolo a mi nombre en el hotel en un sobrecito de polietileno. Y aquel extraño momento en Hokkaido, cuando pedí un sandwich al camarero y, sin que entendiese el motivo, alrededor de veinte personas que me acompañaban, se retiraron dejándome solo. ¿Cómo no ruborizarse cuando uno se entera después de que es una obligada cortesía para permitirme tomar mi alimento en paz, sin la molestia de miradas ajenas? Recuerdo de ese Japón que me deslumbró, no solamente sus enormes salas y sus públicos colmándolas y aplaudiéndome. Se me ha grabado para siempre su respeto por los ancianos, su serena laboriosidad, su cordialidad para el forastero. Y su conocimiento profundo de todo lo que abordan; inclusive del tango, del país en que surgió y hasta del lenguaje lunfardo. La propia Academia del Lunfardo se honra con su miembro japonés Yoyi Kanematzi.

El Viejo Almacén era nuevo

El almacén aquel de *Sentimiento Gaucho* era el lugar "donde van los que tienen perdida la fe". El *Viejo Almacén* vino a ser todo lo contrario, desde el mismo principio.

La idea nació como jugando y se hizo proyecto. Todo empezó en el comedor de la misma casa donde aún vivo, una noche de esas que no tienen otro propósito que el de compartir una comida con amigos. Los otros "inventores" fueron el maestro Carlos García y un hombre también vinculado al ambiente musical y del espectáculo, Alvarez Vieyra.

En poco tiempo localizamos un buen lugar. No era en el mismo Paseo Colón del tango de Canaro pero apenas le erraba por unos metros. El sitio elegido fue prácticamente el mismo donde todavía, contra viento y marea, se levanta mi boliche. Desde el punto de vista catastral, idéntica dirección: la esquina de Independencia y Balcarce.

No fue una patriada fácil; hubo momentos en que parecía caerse todo, y no hablo solamente de cuando le metieron la topadora. Nunca pensé que habría de ser tan difícil, tan papeleado todo y que iba a tener que precisar y poner yo mismo tantas firmas.

Fidel Scillone, un hombre acostumbrado a crear para el propio Teatro Colón, fue el responsable de crear el ambiente de antiguo boliche. Lo hizo con aquella primera fundación y lo repitió, mejorado, con la segunda. Todo aquel que ha estado en la casa ha percibido que no solamente se consiguió ser fiel a la idea original sino bastante más. El lugar no es solamente cálido sino que parece tener un invisible duende tanguero; se siente, se diría que se respira tango hasta con el escenario vacío.

Será quizá que, como en esas casas donde se ha vivido intensamente, los objetos parecen guardar la presencia de quienes ya partieron. Pichuco apoyó su *jaula* en una de esas sillas, Ciriaquito

se sentaba siempre en aquella otra... ¿Cómo van a seguir siendo iguales a otras sillas?

La noche de la inauguración el elenco no era quizá tan numeroso como llegó a ser, pero igualmente lo recordaría de memoria aunque hubiesen sido mil: la orquesta la dirigía Carlos García y actuaba Ciriaquito con Cacho Zaldívar, cantaban Félix Aldao y Cristina Laurenz, me acompañaban los guitarristas del Pino, Morán y Davis. Lo más importante para mí era, tal vez, la presencia de Horacio Salgán. Fue él quien, haciendo dúo con Ubaldo De Lío hizo hablar por primera vez al piano del Almacén (el mismo que se entrega también a Carlitos Figari, que fuera el mejor eco del *fueye* de Pichuco).

Había aquella noche un sonido perfecto, de Víctor Rivas y sé que Horacio Ferrer debe haber dicho, en su carácter de presentador, las palabras adecuadas. Pero todos sentíamos algo difícil de expresar con otra cosa que no fuera tango: era como soltar amarras con un barco lleno de música nuestra en un mar amenazante siempre de "nuevas olas".

Ciriaquito

He tardado bastante en hacer entrar a escena a Ciriaco Ortiz, mi amigo Ciriaquito, el *fueye* que ya en 1930 llamaran el "As", pero que aparte fue la alegría de todos los que vivíamos cada noche del Viejo Almacén.

Lo conocía a Ciriaco desde hacía muchos años, de aquella época dorada del tango y de la Calle Corrientes. Y no era una hazaña ¿quién en aquellos años no conocía al hombre que alegró, más que ningún otro, el ambiente de los músicos de tango y de todos los nocheros desde el Bajo hasta Callao?

Ciriaquito era, posiblemente, el mayor creador de chistes, de *cachadas,* que hayamos tenido. Muchas de sus ocurrencias andan por ahí con firma de libretistas que se roban entre sí, que ni imaginan que están encendiendo la cocina que les calienta la sopa con la chispa, nunca apagada del todo, de Ciriaco Ortiz.

Yo lo tuve conmigo, desde que se abrió el Almacén, hasta la noche que su *fueye* no volvió a sonar, ni sus bromas a hacernos reír. Fui uno de los candidatos "de fierro" para sus chistes. Nunca me los dirigía personalmente sino que los contaba a otros:

—Che, que no se entere el *trompa* porque me *raja...*

Creo que siempre supo que yo me enteraba y, también, que me reía tanto como los demás, porque en lo suyo nunca hubo maldad. La *cachada* porteña es como la música: además de las notas mismas, tocadas a tiempo y todo, hay otra cosa que la hace "buena" o "mala". Hay seres que tienen "ángel", que no dejan suponer ninguna intención torcida, que nos ayudan a ver —sin dolor y con risa leal— el lado divertido que todos tenemos. En mi caso, Ciriaquito debía verme como una especie de Polifemo porque inventaba cosas como estas:

"Cuando era chico, Rivero le pidió un día a la mamá que le comprara juguetes, que quería un trencito para ir a jugar a la plaza. La mamá le dijo que lo iba a llevar a la plaza a jugar con los trenes. Un día lo llevó y le dio unos trenes para jugar, eran los de la estación Retiro".

Otra fue esta: "¿Saben por qué Julieta lo echó de la casa a Leonel?" y él mismo daba la respuesta. "Porque Leonel está aprendiendo baile español y le usa de castañuelas las tapas de los inodoros".

Ciriaquito me dedicaba casi una por noche. Que "cuando iba al dentista, en vez de emplomarme una muela, me la asfaltaban"; que "cuando iba a comprarme zapatos me probaba directamente las cajas", o que, "si llegaban a encontrar un botín que me fuera bien lo bautizaban con una botella de champagne", etc. etc.

Cierto que yo no era el único inspirador: de una veterana cancionista dijo que "caminaba a los saltitos por la costumbre, porque cuando había nacido la tierra estaba todavía caliente". De un cabezón dijo que "había hecho testamento de su cabeza a la Aeronáutica como mate para zurcir paracaídas". De vez en cuanto se escuchan algunas de estas obras maestras de la exageración y, nunca que yo sepa, se recuerda que son del ingenio de Ciriaquito.

Acaso esa cualidad haya empalidecido su condición de bandoneonista excepcional, uno de los más altos puntos de ese instrumento junto a Pichuco, Maffia, Laurenz y muy pocos más. Sus variaciones, de *fueye* o de buen humor, son uno de los pilares de la tradición del Viejo Almacén.

Cuando todo se vino abajo

Nunca interrumpí mis actuaciones en la televisión, acudí de tanto en tanto a la radio, hubo actuaciones en teatros y una incluso en el propio Colón, pero todos estos años han sido, para mí, los del Viejo Almacén. No sólo lo vi nacer y crecer sino que hasta me tocó verlo caer y levantarse. Allí es donde cada noche he dado lo mejor de mí.

Entiéndase bien, no se trata de que uno pueda cantar con mayor o menor fuerza, calidad o sentimiento una canción en un lugar o en otro. No para mí al menos, que aprendí a no cantar sino aquello que me emociona siempre, desde la primera vez. No me refiero a ese tipo de diferencia sino a la falta de límites: ni de tiempo, ni de repertorio, ni de tema (por censurado que esté).

Han sido muchas las noches en que mi actuación se ha extendido porque el público y yo lo necesitábamos, porque "sentíamos" esa especial comunicación que no puede explicarse. Y otras veces, no pocas, ya cerradas las puertas me he quedado cantando por placer, como un aficionado, para un pequeño auditorio de amigos y de gente del propio Almacén: músicos, mozos y hasta empleados que postergan con gusto su propio horario de limpieza. Es un boliche raro el Almacén, como un hogar que en pocos años se ha ido llenando no sólo de fantasmas queridos sino de nuevos hijos, de hermanos recuperados, de amigos sin apuro.

Y también de visitas lujosas. Juan Carlos y Sofía, los reyes de España entusiastas del tango *Cambalache,* Joao Baptista de Figueiredo, que me pedía su predilecto *Garufa* y dos presidentes venezolanos: Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera. Académicos de la lengua española como Joaquín Calvo Sotelo, tan interesado en las letras lunfardas como el escritor Camilo José Cela que, en su "Oficio de Tinieblas" me nombra a mí y a *La toalla mojada,* además de incluir varios textos lunfardos. Cela, como Vizcaíno Casas

son relaciones nacidas en el Almacén y que no dejo de revalidar en cada viaje a Madrid.

Por mi boliche pasaron músicos tan distintos como Witold Malcuzinsky, Harry James y Paco de Lucía, ajedrecistas rusos, bailarines africanos y personajes del mundo del espectáculo tan notorios como Aznavour y Raffaella Carrá, Sarita Montiel y Celia Gámez; Mel Ferrer y Giancarlo Giannini; Olga Guillot y Chabuca Granda; Pascale Petit y Rosanna Schiaffino, La Polaca y hasta "Tarzán" Weissmüller. La lista ocuparía varias páginas y aún no he mencionado siquiera a los compatriotas porque, famosos o no, son como de la casa. Desde Fangio a Leloir, incluyendo a casi todos los escritores, artistas, y hasta presidentes, muchos notables han honrado mi casa, pero a quien debo un recuerdo especial es a Ernesto Sabato.

Muchos deben recordar el drama vivido por el Almacén a partir del 79. Luego de años de mejoras, de endeudamiento para poder ampliarlo, cuando ya me había quedado solo en la patriada pero con el Viejo Almacén convertido en una institución, vino por allí una topadora encaprichada.

Y le pasó por arriba nomás al Almacén, en un día de bronca y de dolor. No me olvido de cuánta gente amiga se había reunido para acompañarme en el mal momento: tengo muy presentes las caras y los nombres de cada uno. Recuerdo como procuraban llevarse mínimos recuerdos de la demolición: un pedazo de madera, una astilla a veces, un simple cascote. Entre todos ellos había alguien que estaba más enojado que todos y no temía decirlo a los periodistas de diarios y de la televisión: era Ernesto Sabato.

Con tremendo esfuerzo, el Almacén volvió a levantarse. Todavía no me explico como pude hacerlo, pero pienso que Sabato fue uno de los que me dio coraje.

Los Rivero del año 2000

En el Almacén no sólo está mi esfuerzo sino también el de mis hijos. Dos de ellos, los varones, comparten codo con codo cada día y cada detalle de la vida y los milagros de la casa. Ellos son quienes dirigen y organizan; yo, felizmente, voy allí a cantar.

Tanto Jorge Alberto como Edmundo ("Muni") aprendieron también el oficio del padre y fueron fieles a la vocación del abuelo. El único que ha querido demostrarlo en público ha sido "Muni" que inclusive, ha grabado discos y hecho giras al exterior. Jorge Alberto no canta profesionalmente pero sabe hacerlo muy bien. Tiene una voz plena y colorida, una voz libre, como de hombre soltero que todavía es.

"Muni" me dio tres nietos: Edmundo, Damián y Vanessa que ya empezaron a puntear la *encordada,* pero van a tener competencia en los otros nietos que fueron llegando después. Mis dos hijas casadas, Ligia Ana y Julieta, también dieron sus dobletes: la primera con Leandro Leonel y Ligia Karina y, la segunda, con otra Julietita y con una María Soledad.

Mi hija menor es Susana, que apenas ha pasado los veinte y no tardará en ser Licenciada en Turismo. Ella también canta, como toda la familia, y ha estudiado guitarra con Irma Costanzo y canto con María Kalay. Susana completa el retrato de familia actual de los Rivero. Yo creo que no le hacen falta grandes retoques y, pensándolo bien, se parece bastante a aquel del principio.

Nos hemos venido más al centro pero lo mismo que en Puente Alsina, en Moquehuá o en Saavedra, hay música, canciones y amor del bueno. En el pasado están los dolores de todas las pérdidas, pero cada día honramos la memoria de esos ausentes que nos honraron. Nuestro presente es tan feliz como es posible en esta época que nos ha tocado vivir y, si algo nos fortalece, es ser capaces de enfrentarla juntos y hasta cantando.

El día de mañana es siempre un misterio, pero proyectos nunca me faltan. Hay un viaje a París que ya he postergado varias veces, la última de ellas para poder concluir este libro. Debo ir a Brasil y a Venezuela, países hermanos donde todavía no he cantado. ¿Y cómo no pensar en volver a hacerlo otra vez en Madrid, que es como otro barrio de mi recuerdo, o en el inolvidable Japón?

De lo que no tengo duda es de que seguiré cantando. Aquí cerca o allá lejos, en los grandes escenarios o rodeado por mis nietos, querría poder cantar hasta mi último aliento.

La alta edad es como la alta noche

Hace ya bastante tiempo, en un club bonaerense, un *abatatado* anunciador no encontró mejor modo de presentarme que diciendo: "Esta noche está aquí con nosotros Edmundo Rivero, un gran cantor que a pesar de sus años se ha conservado casi igual". El hombre no habrá estado muy bien desde el punto de vista profesional pero por lo menos no mintió.

Los años están, pero cantar sigue siendo para mí mucho más que un simple medio de vida. Incluso físicamente me ha resultado una actividad bienhechora e imprescindible, una verdadera gimnasia respiratoria. Y desde el punto de vista mental, también es un ejercicio saludable que cada día me refresca, me renueva.

Tal como puede haberle sucedido a cualquier otra figura del espectáculo, me he visto más de una vez en la obligación de actuar en esas horas cercanas a la muerte de los seres queridos. Fue entonces cuando, "meterme" en la letra de mis canciones, sentir sus historias como siempre lo hago, fue mucho más que un deber hacia el público. Resultó un verdadero consuelo, me valió como una tabla de salvación.

Tanto como a mi guitarra le debo a mi propia garganta, por eso no le he dado tampoco nunca un mal trato. No he cuidado mi salud como un deportista pero mi vida sencilla ha sido mi mejor defensa. No sólo estuve ajeno a cualquier vicio sino que, en lo posible, he mantenido hábitos de orden para el sueño y la propia alimentación.

Esto no es imposible de organizar para nadie, ni siquiera para un cantor. La noche no es un inconveniente y menos todavía un peligro: las amenazas no tienen que ver con las salidas del sol o de la luna, sino con los excesos y con la tensión. A veces he pensado que la misma gente de la noche suele ser más amplia, más vital, menos capaz de devorarse entre sí. Piénselo bien y va a coincidir

conmigo en que los grandes delitos, las mayores infamias, se planean y se ejecutan generalmente de día.

Casualmente, y a propósito de este tema, me permití escribir unas cuartetas, unas modestas coplitas que quizá no venga mal incluir aquí:

Hernández enseñó el campo,
Celedonio la ciudad
y los hombres de la noche
a ver en la oscuridad.

Las copas y las palabras
siempre nocheando a la par,
conservando una medida
nunca pueden hacer mal.

Si estás con gente nochera
y una mujer ves pasar,
no te dés vuelta a mirarla:
te convertirás en sal.

Hay quien trabaja de día
codo a codo con Satán;
por la noche es Nazareno
dispuesto a partir el pan.

Hurgó añares por las noches,
fue estudiante del vivir;
rindió, no fue diplomado,
estudiará hasta morir.

El hombre forjó sus leyes
y se deben respetar,
sólo se aprende en la noche
a ver en la oscuridad.

¿Aflojar el tren de carrera?

Escribir versos, componer canciones, son dos antiguas aficiones en que suelo refugiarme. En los últimos años encontré que mis escapadas a Mar del Plata me predisponen muy especialmente a esas tareas, aunque en lo demás repita allá mi propio modo de vida porteño.

Inclusive, a falta del Viejo Almacén está la idea del Cafetín de Buenos Aires y, más de una vez a Julieta y a mí nos ronda la idea de anclar en la ciudad de las playas, a pesar de que nos atan aún a Buenos Aires demasiadas cosas.

Sin embargo, quizá le dé el gusto a mi amigo y socio Osvaldo Pojati. Él no zarpó más de Mar del Plata después de una vida aventurera que podría llenar dos libros como éste. Mi amigo, luego de estar casi cuarenta años en los negocios de la noche, se *metejoneó* con varias apuestas seguidas, todas bien por derecha. Se casó con una muchachita linda y sana, acertó tres hijas deliciosas y coronó con... el mar. Él ya es feliz allí, encallado, aunque una vez le dije al verlo luchar y desangrarse por la fe que lo empecina:

—Me hacés acordar esa historia del ruiseñor y la rosa ¿la conocés?

Sonrió, pero debe haberse quedado pensándolo porque al rato me dijo que yo cantaba otra historia que venía más al caso.

—¿Cuál? —le pregunté.

—"El hombre es como el caballo: cuando ha llegado a la meta afloja el tren de carrera y se hace manso y sobón..."

Esas palabras que me son tan conocidas me hicieron entonces reflexionar a mí; era como si las oyese por primera vez. Mi amigo quería decir que sólo ahora, con esas emociones nuevas y blancas había llegado a su puerto. ¿Y yo? ¿Cuáles serían mi meta, mi puerto? ¿También el mar? ¿Trabajar sólo de abuelito?

Mi papel de abuelo me encanta, pero no bastaría. La costa es hermosa y tonificante, pero lo que yo necesito es cantar. Entonces ¿irnos allá con Julieta y remontar el Cafetín? Habría que hacer muy bien las cosas, darle a la ciudad un boliche de calidad, para todo el año, tendríamos que...

Cuando llego a ese punto, recuerdo que mis hijos todavía me quieren tener en el Almacén como cantor, también todo el año. Además cuando haya de nuevo un Congreso me gustaría interesar a diputados y senadores por una ley que proteja para siempre a nuestra música y para eso hay que estar en Buenos Aires. Para quedar del todo bien de cuentas con la vida, me gustaría poder devolverle algo de lo que me fue dando, limpiar un poco el camino para los que vienen detrás.

¿Ve? Siempre hay proyectos, todavía no se puede aflojar el tren de carrera. Además, me falta aún terminar la otra parte del libro, la de lunfardo.

Ésta, por las dudas, la podemos cerrar con la palabra CONTINUARÁ.

EL LUNFARDO Y YO

Raya al medio

Al comenzar mis memorias de cantor y músico decía que, como todos los argentinos, tengo la posibilidad de dos hablas: una purista y la otra, más creativa y vital, que recibe el auxilio del lunfardo. Ése es el tema de este lado de la raya, el *guiye* del lunfardo, al fin y al cabo también parte de mi vida y de mi historia.

Fíjese que cuando mi hija menor Susana fue por primera vez al jardín de infantes, notaron enseguida que tenía una facilidad poco corriente para el canto de esas letrillas que enseñan a los chiquitos. Le preguntaron entonces si no sabía alguna canción completa y ella, por supuesto, les contestó que sí. Cuando le dijeron. "Bueno, cantanos alguna", Susanita no se hizo insistir, cantó. Con voz firme y bien entonadita se mandó *El bulín de la calle Ayacucho.*

Parece que esa vez se hizo un silencio de roca. Era un colegio del Barrio Norte, medio paquetón y, aunque eran gente bien preparada para enfrentar todo tipo de criaturas, quedaron medio desorientados. Igualmente la felicitaron y le dijeron algo así como "Qué lindo, je je, pero nena ¿no sabés otra canción?". La petisa les dijo "Sí, claro que sé" y sin darles tiempo a nada se despachó con *Cuando me entrés a fallar.*

Con esto no estoy proponiendo ningún cambio en el repertorio de música escolar. Solamente señalo que mi casa es una de las que ya no usa raya al medio en lo cultural y que, entre los Rivero, la división entre los dos lenguajes es la menor posible. La suficiente como para entendernos con los demás sin escandalizarlos demasiado.

La Academia Porteña del Lunfardo ha señalado que el lunfardo, tal como hoy llamamos al lenguaje popular de Buenos Aires y su zona de influencia cultural, responde a necesidades sociales, ecológicas y ambientales. El rechazo sistemático con que el

centro negaba espacio a las orillas, hace ya mucho que quedó atrás. Ese repudio, no solamente de las clases altas sino de la clase media y hasta del proletariado, fue depuesto por el tango canción.

Y ya que mencionamos a la Academia, es buena la ocasión para incluir aquí, justo al pasar al otro lado de la raya, su definición oficial de lunfardo:

LUNFARDO: m. Repertorio de voces y modismos populares de Buenos Aires; en los comienzos, de carácter inmigratorio, que al circular en los estratos bajos de la sociedad se enriqueció con aportes autóctonos y algunos de cuyos elementos se incorporaron al habla común de la ciudad de origen y su zona de influencia cultural.

Completamente de acuerdo, aunque tal vez merezca ampliación qué cosa debe entenderse por "estratos bajos de la sociedad".

¡Dequerusa! ¡Un siglo!

Hay que admitir que, en materia de lunfardo, el aporte básico inicial se debe al más bajo de esos "sectores bajos", al mismísimo mundo del delito, obligado a inventar y reinventar su idioma cada día.

No hace mucho escuché hablar de un *paralítico* y me dije que debía tratarse de un lisiado, de un enfermo, pero no era así. Resulta que ahora se les llama *paralíticos* a los automóviles robados que están fuera de funcionamiento, impedidos de transitar. Una nueva forma de delito tiene de inmediato su propio vocabulario y, aún los viejos *laburos,* modifican el suyo, lo retocan para mantenerlo hermético al *deschave* y a la *batida.*

En una cárcel de las muchas a las que fui a cantar, pregunté a un internado por qué estaba allí. Me contestó *¡Dequerusa!, La Prensa...* y dejó de hablar. Quiso decirme que estaba siendo vigilando: *¡dequerusa!* equivale a ¡cuidado! y *La Prensa* nombraba al guardián, al que puede informar, como el periódico.

Al lunfardo concurren voces de la inmigración laboriosa, del lenguaje rural también orillero pero en retirada, todo un mundo cuyos caracteres y personajes se decantan en el sainete, pero cuyo lenguaje —tal como señala la Academia— sólo quedará fijado por las letras de los tangos y las milongas, sobre todo a partir de los años veinte. No es solamente un paso de las orillas al centro, es una inserción decisiva de un modo de nombrar hechos y objetos, de *chamuyar* el mundo, que iba a ser asumida por casi toda la ciudad. Por los años en que nací, ya Villoldo titulaba sus divertidos diálogos con nombres tales como *Un mozo pierna, Los tauras* o *Galleteao,* pero su difusión era ínfima, comparada con la que iban a obtener las letras de los tangos con Gardel o con Rosita Quiroga. Celedonio y Contursi habían encontrado el medio ideal para estimular con dosis de lenguaje *reo* y, a veces, *lunfa* puro, nuestra habla popular.

De allí en adelante el dinamismo del lunfardo original pareció transferirse paulatinamente a diferentes sectores de la sociedad y

sus quehaceres. A poco más de medio siglo de esa revolución, el lunfardo no sólo es de uso corriente en todas las concentraciones urbanas de la Argentina, sino que es reconocido como uno de los argots más ricos de cualquier lengua. Y el primer siglo cumplido ya imprecisamente por el lunfardo, no sólo ha provisto de neologismos que, durables o pasajeros, han cumplido una misión útil, sino que ha dejado ya para el estudio un sinfín de arcaísmos, una especie de lunfardo fósil en el que algunas de mis canciones incursionan. Entretanto, el interés de la Real Academia de la Lengua es cada vez mayor y el ingreso de argentinismos a sus diccionarios será de seguro creciente.

Algo por el estilo sucedió con la germanía, lenguaje de los bajos fondos ya en tiempos de Cervantes. No quiero hacerme el erudito pero en el episodio de los galeotes, cuando Don Quijote dialoga con Ginés de Pasamontes, éste le habla con términos germanescos. Uno de ellos, casualmente, es *cantar* utilizado tal como en el lunfardo, por confesar.

La antigua Roma tuvo también su lunfardo, incluso con un nombre de tan mal aspecto como el nuestro: le llamaban sórdida verba. Lo que importa es que también trascendió el barrio *reo* de origen, llamado Suburra. Lo que queda es el uso talentoso que de la "verba" hicieron Plauto, Petronio, Apuleyo y hasta Cicerón. También entre nuestros escritores son mayoría los que, en mayor o menor grado, han asumido el uso del lunfardo. José Edmundo Clemente definió muy bien el motivo: "El lenguaje viene desde abajo, es demagógico, mandan los más. Tiene una finalidad social y común: intercomunicación."

Hay también muchos poetas que han escrito en lunfardo. Los de mi preferencia son Felipe Fernández ("Yacaré"), Carlos de la Púa y José Pagano. Son mis "clásicos". Pero entre los nuevos podría nombrar a Luis Alposta, Eduardo Giorlandini, Juan Bautista Devoto, Mario Cesere, Juan Enrique Nervi y Nyda Cuniberti. Como curiosidad apunto que el primero es médico, el segundo abogado, ex director del Museo de Bellas Artes de la Plata el tercero, agente de bolsa Cesere y, tanto Nervi como la Sra. Cuniberti, profesores, si bien Nervi ejerce actualmente en una universidad mexicana.

Este nivel ya no sorprende. A menudo me visitan jóvenes que escriben en lunfardo y casi todos son universitarios. A veces compongo música para sus poemas e incluso los grabo. El público

que gusta de esa literatura es cada vez más numeroso y, modestamente, creo haber ayudado a acrecentarlo.

Quedó ya relatado que me crié lejos del centro. A medida que pasaba de las décimas de los payadores a las letras del tango, reconocía verdad en las dos expresiones. Descubría que una y otra eran —herencia o pertenencia— completamente nuestras. También conté como redescubrí en las letras de Cele un lenguaje que me fascinaba desde mucho antes y que, en cuanto pude elegir mi repertorio, fue parte de él. Y dije ya, más de una vez, que no me siento cantor de tangos sino cantor nacional. Si me fue imposible renunciar a mis estilos y mis vidalitas ¿cómo nò asumir como nacional al lenguaje popular, al lunfardo?

No sólo lo llevo grabado

No sería fácil catalogar todas las letras lunfardas que he cantado y aún canto. Habría que dejar de lado la sutil distinción entre lunfardo y reo y, aun así, sería difícil establecer a partir de qué cantidad de palabras, aceptadamente lunfardas, se puede considerar *lunfa* a toda la canción.

Anotando solamente los larga duración, podría decirse que "Rivero mano a mano con Celedonio Flores" de 1963, contiene ya algunas letras lunfardas, pero esa grabación, hecha con la orquesta de Mario Demarco, tiene mucho menos intensidad *lunfa* que otra, con guitarras y casi inmediata, que se llamó precisamente *En lunfardo.* Allí están *El ciruja, Biaba, Muñeca Brava, La canchera, Y taconeando salió, Línea 9, Barajando, Amablemente, Las diez de últimas, La toalla mojada, Por ella, Serafín, En la vía* y *Una carta.*

Con el mismo título de la placa anterior y el agregado de "Volumen 2" se grabó después otra selección que incluía: *Mi noche triste, Aguja brava, El bulín de la calle Ayacucho, A Buenos Aires, Lloró como una mujer, El conventillo, El motivo, Tortazos, N. P., El deschave, Tirate un lance, Desde la cana, Mi vieja viola* y *Como abrazao a un rencor.*

El "Volumen 3" agregó todavía *La gayola, Packard, Atenti pebeta, El chamuyo, Poema número cero, El rescate, Farolito viejo, Falsía, Te lo digo por tu bien, Grata, Campana de plata* y *Amasijo habitual.* Vino después "Lunfa-reo", disco que contuvo *Batiendo el justo, Milonga del consorcio, El piro, Tardecitas estuleras, Tres puntos, En un feca, Cuando llora la milonga, Garufa, Silbando, Lechuza, Ladrillo* y *Por culpa del escolazo.*

Hay otra edición clasificable como semilunfarda y que se tituló *"Tango recio"*, con *Apología tanguera, El ciruja, Mis consejos, Malón de ausencia, La última curda, Amurado, Infamia, Victoria,*

Guapo y varón, Escolaso, Si se salva el pibe y *Calla.* Y se hizo otra selección de los volúmenes 1, 2, y 3 de "En lunfardo" con el título de "La Academia del lunfardo".

Todo esto, sin considerar las piezas contenidas en otros larga duración sin predominio lunfardo, más los muchos discos simples y cassettes. Además de mi trabajo de compositor, a veces de letra y música, a veces de música únicamente para letras también lunfardas. Por supuesto, ha estado también mi propia actividad como cantor, en el Viejo Almacén, en la T.V., la radio, el cine, los teatros, aquí y en el exterior, llevando el lunfardo al frente, desde Madrid hasta Tokio, jugándolo tanto en Harvard como en Villa Echenagucía.

Este metejón fue el que me llevó a la misma Academia Porteña del Lunfardo, pero esto ya merece largamente un párrafo aparte.

La Academia Portcña del Lunfardo

La Academia Porteña del Lunfardo se fundó el 21 de diciembre de 1962 y es un organismo cultural privado, sin fines de lucro ni dependencia oficial alguna. Obtuvo su personería jurídica el 5 de julio de 1967.

El emblema de la Academia es un farol de alumbrado, de esos que se usaban en la época del gas, circundado por el lema "El pueblo agranda el idioma", frase que es coherente con ideas que vienen desde Platón y Horacio y que nuestro Domingo Faustino Sarmiento recogiera al afirmar que los que forman el idioma son los pueblos en masa.

La Academia no ha pretendido convertirse en santuario del lunfardo sino desarrollar una actividad de divulgación a través de conferencias, reuniones, exposiciones, cursillos, charlas, debates y homenajes, tanto orales como escritos, pero sobre todo, a través de las comunicaciones académicas. Estos trabajos de investigación se deben a estudiosos en la materia que pueden o no pertenecer a la Academia. Se acerca ya al millar el número de comunicaciones emitidas desde la fundación.

Se contestan además las consultas que efectúan tanto instituciones como particulares y hay una comisión de Biblioteca y Fichero que tiene a su cargo el registro de voces —actualmente cercano a las cinco mil fichas— así como la obtención o canje de publicaciones para la biblioteca académica, una de las mayores del país en el área lingüística. Tanto Biblioteca como Archivo funcionan en la sede misma de la entidad: Lavalle 1537 9º "C", de Buenos Aires.

Entre los fines de la Academia está "honrar la memoria de los artistas que se inspiraron preferentemente en motivos populares", por lo que se han hecho ya homenajes a muchas figuras que van desde Carlos Gardel y Benito Quinquela Martín a Manolita

Poli y Homero Manzi, es decir abarcando todo el quehacer artístico de proyección popular. Es por eso que también los propios miembros del cuerpo académico son elegidos entre las más diversas actividades. En mi caso, ocupo el sillón "Carlos Gardel", en mérito a mi tarea de difusión del propio lenguaje popular.

De los fundadores de la entidad, en el ya lejano 1962 permanecen aún en funciones José Gobello, Secretario, que ocupa el sillón "Benigno B. Lugones", Joaquín Gómez Bas, actual Vicepresidente y ocupante del sillón "Enrique González Tuñón" y León Benarós que se sienta en el llamado "Angel Villoldo". El actual presidente es Marcos A. Morínigo, ocupante del sillón "Antonio Dellepiane".

Otros miembros en ejercicio del cuerpo académico son: Martín V. Darré, Juan A. Ferrero, Carlos Cañás, Luis M. Bernaldo de Quirós, Héctor Chaponick, Amalia Sánchez Sívori, Juan O. Ponferrada, Manuel A. Domínquez, Nyda Cuniberti, Francisco P. Laplaza, Arturo Berenguer Carisomo, Enrique H. Puccia, Juan B. Devoto, que es el actual tesorero, Luis A. Alposta, Luis A. Sierra, Tomás de Lara, Sebastián Piana y Lorenzo Stanchina.

Han pertenecido también a la academia escritores tan importantes como César Tiempo, Bernardo Verbitsky, Nicolás Olivari que fue uno de sus fundadores, Alvaro Yunque y Marco Denevi, mientras que entre sus actuales miembros correspondientes se hallan varios otros del exterior, entre ellos Camilo José Cela por España, Giovanni Meo Zilio de Italia, etc.

Una mención muy especial cabe al académico que, desde los comienzos de la institución, dirige la Biblioteca y el Archivo de la misma. Es Enrique Ricardo del Valle, ocupante del sillón "Bartolomé R. Aprile".

La Academia Porteña del Lunfardo mantiene relaciones permanentes con la Real Academia Española, la Academia Argentina de Letras y con la Asociación de Academias de la Lengua Española, a través del intercambio de publicaciones y de consultas en alto nivel.

Lo realizado en sus primeras dos décadas de vida justifica largamente la iniciativa de los fundadores de la Academia y, en cuanto a mí respecta, me siento agradecido y orgulloso de haber sido llamado a integrarla, tan luego desde el sillón que lleva el nombre de Carlos Gardel.

Final del peinado

Por las dudas de que haga falta explicar más, está todavía lo que resta del libro. Ahí se agregan antecedentes del metejón y, también, alguna referencia a mis "fuentes", como dicen los eruditos, aunque yo esté lejos de pretender serlo.

Mi material procede casi invariablemente de personas, aunque algunas de ellas me hayan transferido sus propias lecturas o me hayan inducido a mí mismo a leer. Si así sucedió, he preferido no glosar mayormente temas hallables en la muy rica bibliografía disponible sobre lunfardo sino acercar, en la medida de lo posible, las palabras y los personajes mismos.

Ese es el lunfardo "no cantable" que llevo conmigo, incluyendo a algunos arquetipos, verdaderas usinas del lenguaje popular, a los cuales tuve la suerte de conocer. Y, como final de la *rascada,* van los *tocos* de *parolas,* un lote de páginas que contienen el resultado de muchas anotaciones pacientes y de muchos años, acerca de jergas que concurren al lunfardo o que se alimentan de él.

No atribuyo valor especial a estos trabajos, que difícilmente me habría decidido a publicar, si no fuese por la insistencia de varios amigos. Sé que hay gente muy preparada trabajando en estas cosas: lingüistas, lexicógrafos y filólogos en general, con enorme versación en lenguas vivas y muertas. Yo no sé como me sentiría si uno de ellos apareciese en la pantalla de T.V. entonando *Sur* o, peor todavía, explicando en un libro como se hace para cantar las letras de Manzi.

Valga pues mi buena fe y, además, mi seguridad de que difícilmente ellos puedan haber escuchado *de prima,* a *lunfas* y *cafiolos* auténticos. Casi imposible que el macho Aldo Saravia les haya hecho el honor de sus confidencias. Tampoco es fácil para un lingüista hacerse invitar a un asado organizado por *shacadores* de *malandras.* Yo tuve también esa suerte y más todavía: tuve el

tarro de que me invitaran a retirarme justo antes de la llegada de la *yuta.*

Haber conocido a un *escruchante* de formación universitaria es un privilegio que me ayudó a entrar por la puerta grande al lunfardo *canero,* el de los delincuentes, el mismo que dio pretexto a algunos para querer mandar a la silla eléctrica a todo el lenguaje popular de los argentinos.

Aún cuando ese primer lunfardo fuese "el griego" de lo que vino después, su conocimiento no me habilitaría para una obra rigurosa sobre el tema, pero sí para dar algunas nociones elementales de "griego", de modo de poder mostrar la calidad de invención de aquellos primeros "lingüistas" involuntarios del lunfardo.

Con seguridad que su chispa es mucho más brillante que la de las jergas pretendidamente "culturosas" intentada por ciertos medios de comunicación y publicitarios. Basta remitirme al *Breve diccionario del argentino exquisito,* libro del gran escritor argentino Adolfo Bioy Casares para comprobar las diferencias de vitalidad e ingenio. *Efectivizar, desfasaje, concientización* y otros disparates por el estilo, suelen repetirse sin el menor pudor. Sin embargo, ningún periodista —salvo quizá los muchachos de "Crónica" —se animaría a titular una nota: "*Despiole* en la Bolsa de Comercio" o "Se *deschavó* el *curro* de los quince *palos verdes".*

Estoy seguro de que, poco a poco, la tilinguería se batirá en retirada, se tomará el *piro.* Y el lunfardo, ese ahorro cotidiano de todos los argentinos (uno de los pocos que no hemos perdido), será ostentado como un verdadero tesoro cultural, como una riqueza —esto es lo mejor de todo— compartida e inagotable.

Aspiro a que mi modesto aporte de los *tocos* de *parolas,* con sus apuntes sobre algunas jergas generacionales y profesionales, sirva como propuesta de trabajo para la gente importante que está en la cosa. Para mí son, nada más y nada menos, que los testimonios de un *camote* que percibe en el lunfardo una manera de embellecer la vida, acaso porque pertenece a otro más alto amor: el amor a mi país y a su pueblo.

En fin, algo así como "aquellos lindos frasquitos", de que hablaba el tango, que no eran hermosos por sí mismos, sino porque recordaban a una hermosura mucho mayor, la de la ausente.

LUNFARDIA

de Juan Enrique Nervi

Es el caló de la gitanería;
narcuá es en Francia, slang es en inglés;
gergo en Italia y giria en portugués.
Se le llama en España germanía.

Y en la Argentina lunfa, lunfardía
es el ispa del tango, que al revés
suena gotán, su vesre, lo que es
charada de café, porteñería.

Compadritos, punguistas, canfinfleros,
fueron sus catedráticos caneros
en la academia rea de la lleca.

Lo parlaron gilastros y shushetas,
tilingas garuferas y coquetas,
y solemnes doctores de la peca.

Si Quevedo viviese lo hablaría
en cultiparla de mistonguería
sin mataburros y sin biblioteca.

El lunfardo de la inocencia

El *lunfardo* entraba en las casas inocentemente. Los chicos lo absorbíamos con alegría y por intuición, pero ese mismo instinto, nos hacía comprender que la mayor parte de las veces, esas palabras no podían ser repetidas delante de los padres o las personas "de respeto".

La aceptación iba a ser, como hasta ahora, muy lenta, apenas en pequeña dosis. Se podía decir *atorrante* pero, ni por error, nombrar la palabra *cafiolo.* Uno mismo, sabía que era todavía un *purrete,* un *pibe,* un *pebete,* pero no se nos fuera a ocurrir hablar de *puntos* o *minas.* Eran tiempos en que "eso no se hace, nene" o "eso no se dice", no se repetían como música de calesita. Solían ir acompañados por argumentos con cinco dedos...

Pero también los chicos teníamos, como todos los pibes tienen, una cantidad de palabras secretas, lo que no quiere decir que fuesen sólo "malas palabras". Esas, en todo caso, eran *pispeadas* del mundo de los mayores pero, las otras eran todas parte de nuestros juegos. Aunque no estuviesen en ningún diccionario nos servían para entendernos y hasta para legislarnos.

Aurrieri o *Aurriedi,* con su obligada respuesta: *diez,* no eran las notas de un vasquito estudioso. Valía como vía libre para empezar un partido de fútbol de potrero, pero no era sino una traducción libre del "Are you ready? y el yes de los orígenes. En el juego de bolitas, buen *repe* o mal *repe* (o *reple*), era aviso que daba o negaba la ventaja del rebote, del *bagre,* como lo llaman los billaristas. De la Púa tenía buena memoria cuando escribió "llené toda la calle de *repes* y de *chante".* La nuestra no es tan fiel, porque olvidamos de puro *cachuzos,* que *cachuza* era el nombre de la bolita cascada, o que *lechera* llamábamos a la afortunada, a la predilecta. No recordamos que los trompos podían ser *pepinos* o *batatas, corraleros* o *troyeros* y que, ya viejos, los llamábamos *cascarrias.*

Estamos entonces en que el lunfardo no sólo lo esperaba a

uno en la cárcel, sino que podía estar en juegos tan inocentes como el rango con *culadera* o la *gata parida,* tenía voces venidas desde la más blanca inocencia. Y están ya ahí cuando nacemos, no sólo en Buenos Aires sino en cualquier otra ciudad o paraje donde lleguen noticias. Es, simplemente, el lenguaje del pueblo, ese que no puede esperar ida y vuelta de las palabras para que, después de un siglo o dos, las bendigan del otro lado del mar.

Si mis primeras palabras lunfardas fueron las de la calle, las del potrero o el recreo de la escuela, ya más grande fui *junando* otras. Por lo común eran las que se le escapaban a los hombres de la familia y, sobre todo al tío Alberto. Él traía algunas muy picantes; venía del mundo de los músicos de tango, que era lo mismo que decir de cafetines, bailongos y otros lugares menos recomendables todavía...

De él, sin embargo, no recibí nunca grandes explicaciones. Me las tenía que arreglar para descubrir los significados de acuerdo con la ubicación del término en la frase y, a veces, hasta por el tono de voz. De pibe casi nunca me animé a someterle mis dudas y, si alguna vez lo hice, debo haber elegido mal el momento o la palabra porque me sacó *carpiendo.* Después, cuando entré a la adolescencia, ya no iba a preguntarle, no fuera a pensar que no lo había entendido, que yo era un *merlo...*

Las lecciones más intensas las tuve después, y de un verdadero especialista en el más hermético de los lunfardos *caneros.* Fue todavía muy de muchacho, antes de la colimba, pero me costó una especie de descenso a ese octavo círculo de que hablaba el Dante, ese en que, cerca de estafadores y rufianes, estaban los ladrones entreverados de serpientes.

Acaso porque mi propia inocencia me protegió, esa bajada no me dejó ninguna serpiente en el cogote. Al contrario, de la experiencia quedó un montón de palabras e historias *lunfa* y el recuerdo de una amistad que no podía tener futuro.

DOS LADRONES

de Enrique Otero Pizarro

Hay tres cruces y tres crucificados:
en la más alta, al diome, el Nazareno.
En la de un wing lloraba el chorro bueno
mangándole el perdón de sus pecados.

Escracho torvo; dientes apretados
mascaba el otro lunfa el duro freno
del odio, y destilaba su veneno
con el rechifle de los rejugados.

¿No sos hijo de Dios? Dale. Salvate.
Sos el Rey de los Moishes, arranyate.
¿Por que no te bajás? ¡Dale, che guiso!

Jesús ni se mosquió ¡Minga de bola!
y le dijo al buen chorro: estate piola
que hoy zarparás conmigo al Paraíso.

Mi amigo el ladrón

Mi amigo el ladrón tenía un apellido —mejor dicho, dos— ilustres como muy pocos en la Argentina. Los orgullos no le venían solamente de lejos sino que su propio hermano mayor fue diplomático importantísimo, de esos que no sólo hacen carrera sino que también hacen historia. No voy a *escracharlo* porque ni él lo merece ni su familia, de modo que a mi amigo lo nombraré como Salas o Salitas, pero dejando aclarado que el *afano* no fue para él una necesidad de chico pobre, sino un vicio. Un desvío que su imaginación había convertido, equivocadamente, en pretensión de ciencia o de arte.

Salitas nunca se hubiera conformado con ser un oscuro ladrón. Quería ser el mejor: un cerebro del *laburo,* un atleta del escalamiento, un ingeniero de la ganzúa y el cortafierro, del *sueco* y del *torniquete.* Su cultura de muchacho de los mejores colegios no le permitía encarar su oficio de otra manera. Además era buen esgrimista desde la infancia, tirador eficaz desde adolescente y bstante buen boxeador, como casi todos los jóvenes de clase alta de la época. Todo lo volcó Salas a su profesión prohibida, con una excepción muy importante: rechazaba el uso de armas en sus *laburos.*

No era sólo una cuestión de buen gusto de mi amigo. En ese tiempo los delincuentes tenían un escalafón muy estricto y, al revés de lo que más tarde sucedió, pistoleros y *biabistas* eran despreciados, se los consideraba una vergüenza gremial, unos chambones. Ser *lunfa* suponía evitar la sangre y hasta los malos tratos todo lo que se pudiera y, según esas reglas, el *laburo* más fino, más clásico, más deportivo, era el que había abrazado mi amigo: el *escruche.*

En esa elección había también razonamiento. Salas era un estudioso infatigable, gran lector de novelas y no sólo de las poli-

ciales, pero su libro de cabecera era el Código Penal. Tenía calibrados al milímetro todos los peligros judiciales para el caso de caer preso; cuáles podían ser los agravantes y los atenuantes en cada golpe que planeaba. Daba a esto tanta importancia como a los detalles mismos de ejecución del robo.

De las visitas que hice a su casa recuerdo, más que nada, todo ese mundo que mezclaba palabras lunfardas que me eran incomprensibles en su mayoría, con otras, infiltradas de latines (y por lo tanto no mucho más claras) del ambiente de la justicia. Se hacían una especie de peñas o ateneos, bastante increíbles, sobre derecho penal. Salas tenía un ayudante o "secretario" que era como el Lotario de Mandrake, un negro grandote y fiel al que se podía decir que mi amigo había educado. Entre los dos hacían la teatralización de un juicio y, por lo común, el negro proponía condenas, era el fiscal. Salitas asumía la defensa y mencionaba artículos, incisos y jurisprudencia que el negro tenía que verificar en los libros. A menudo había otros *lunfas* que entraban en el debate con esas palabras misteriosas de su idioma. Me hacían sentirme como tratando de entender a Dumas en francés.

A ese aguantadero de los confines de Saavedra vi llegar alguna vez el famoso hermano "bueno", con su imponente coche oficial. Me tocó, sin querer, presenciar una escena brava cuando trató de convencer a Salitas, de volver al buen camino. Él desgraciadamente no le hizo caso.

Mi relación con Salas fue muy corta. Cuando lo conocí, en un stud del Bajo de Belgrano donde me habían llevado a cantar, jamás hubiera imaginado que, con su pinta de caballero fuese un ladrón. La verdad se me fue abriendo de a poco, como un juego en el que no participé nunca pero que me apasionó presenciar. El mismo Salas era un espectáculo, un protagonista de novela, con sus dos personalidades: uno el señor pulcro de lenguaje y de presencia y otro el *escruchante*, cerebral, pero *lunfa* de palabra y de hecho. Murió baleado en un escalamiento, una de esas malas noches que no están en los libros. A veces pensé que había buscado ser tan famoso como el hermano, tal vez asombrarlo, intentar hazañas que el otro ni hubiera soñado.

Mi amigo el ladrón me confirmó que el delito, como dicen por ahí, se paga siempre, salvo si uno es "financista" y el *afano* es muy grande. Pero aparte de esa enseñanza le debo las primeras lecciones de lunfardo, esas que recibí de *lunfas* legítimos, en vivo y en directo.

Los laburos: la punga o el artesano

Los *laburos* del *lunfa* podían ser muy distintos. En *La crencha engrasada*, de Carlos de la Púa, aparecen algunos de ellos cantados y contados en verso, como el de *burrero*. Este tipo de delincuente robaba solamente cajas registradoras o cajones de mostrador en los que se guardara dinero. Estudiaba primero el terreno y luego trabajaba en complicidad con otro, el *esparo*, generalmente un chico que hacía de carnada y provocaba la distracción del cajero o dueño del comercio. Entonces el *burrero* actuaba con una velocidad increíble, incluso cuando hacía falta ***reventar el burro***, es decir violar su cierre o cerradura. A veces el *burro* "pateaba" y esa expresión *pateó el burro*, equivalía a decir que había sonado el timbre o alarma conectado al cajón violado.

También en los comercios solían actuar los *empalmadores*, gente que con la palma de la mano hacia abajo y, con ayuda de un adhesivo, "chupa" del mostrador dinero que pueda quedar a su alcance, pequeñas joyas o, en general cualquier objeto de valor que quepa bajo la palma. Son todavía famosos los *empalmadores* de los casinos que suelen ser los únicos ganadores frecuentes pero "aspirando" fichas desde el paño de apuestas o sus contornos.

El *escamoteador* trabaja en los mismos lugares pero con rebusques que tienen más que ver con la prestidigitación o la magia de salón. Se basan en habilidad ejercitada constantemente pero, como los "magos", también usan ropa preparada especialmente para trabajar de depósito: mangas misteriosas, bolsillos secretos, etc.

La *mechera*, personaje famoso del tango "El ciruja", es una escamoteadora menor, una ladrona de tiendas. A menudo *laburaban* con un chico de la mano, o, incluso con un bebé en los brazos para inspirar confianza. A veces, en aquellos tiempos de bebés envueltos como matambre y escondidos como un pecado, también el bebé solía ser de *grupo*: solamente un muñeco.

Otro malabarista podía ser el *jiquero,* el que hacía el *laburo* de *jica.* Su técnica era parecida a la del pescador: muñeca y paciencia. Por ejemplo, para enganchar con alambres provistos de pinzas o adhesivos presas tales como billetes o valores distantes. Solían trabajar casi sin riesgo, fuera de la vista de las víctimas, a veces a través de mínimas rendijas entre hojas de puertas, tablas de celosías, etc. Son de la misma familia los *laburos* herejes en alcancías de iglesias, los *limosneros,* que se vaciaban con una delgada ballena de los antiguos corsés.

Un hecho muy común era el robo a través de balcones o ventanas abiertas, que se hacía directamente con hilo y anzuelo de pescador. Conociendo más o menos la disposición del cuarto, no era difícil que "picara" una colcha, o alguna prenda de ropa. La regla de oro de la *jica,* consiste en no tocar con las manos el objeto elegido mientras esté en campo enemigo.

Todo lo contrario es lo del *punguista* o *punga.* Su apuesta, incluso la de su libertad, está hecha al puro-sentido del tacto, a comunicar sus dedos y la billetera ajena sin el mínimo roce que alerte a la víctima del despojo. También son de la *punga* los *spiantadores* y *descuidistas,* pero son otros matices *lunfa.* Los punguistas no sólo tenían verdaderas escuelas sino todo un dialecto propio. Así, el bolsillo exterior de un saco es *shuca,* o de *shuca* (y el *laburante* es *shuquero*); el de pecho es el *cabalete,* o *shuca arriba; camisulín* o *camisulinero* el bolsillo de chaleco (refugio del buscado *bobo,* de la codiciada *marroca*) y, los bolsillos del pantalón eran *grilleros; chiquilín* o *chiquilinero* el pequeño de adelante y *culata* el de atrás. Todavía quedaba el nombre de *sotana* para el bolsillo interior de saco o sobretodo, y varios nombres para la propia billetera, de los cuales quizá sea *casimba* el más usado. Cuando la víctima iba abrochada decían que estaba *engomada,* pero eso no era barrera definitiva para ellos, ni lo es tampoco ahora. El *grillero* y el *sotanero* eran considerados los grados más altos del punga que, además de bolsillos o carteras abiertas "hacía" y "hace" alfileres o trabas de corbata, relojes de pulsera y hasta anillos.

El *esparo* es, en el delito, el que secunda al ladrón propiamente dicho. Entre los *pungas* se clasificaban en: *tanga,* que es el que sólo hace número, distrae o mira para aprender, y *filo,* que es quien descarga al *punga,* haciéndose cargo de lo robado. El Malevo Muñoz lo describió así:

Trabajaban en yunta pues es el esparo
ladero que todo lanza *necesita.*
pa embrocar *la* yuta *y darle al* otario
un empujoncito cuando lo precisa.

Esas eran las misiones del cómplice: empujar, molestar, obstruir la visión de la víctima elegida, ya sea con un diario desplegado o con un sobretodo en el brazo, (*hacer ropa,* o *de ropero*). Pero sobre todo vigilar, mirar cada expresión previendo las reacciones y, más que ninguna otra cosa, alertar sobre la temida presencia de la *yuta,* de la autoridad.

De lancero a levantador hay un mundo

La palabra *lanza* remitía, en su origen, a la herramienta que algunos punguistas utilizaban como auxilio de su habilidad. A veces era una pinza de cirujano, otras una herramienta de alambre, de diseño propio. Pero también se denomina *lanza* al instrumento natural, ese que componen los dedos índice y pulgar empleados en acción de pinza. Por eso, *tirar la lanza* significó en un principio robar carteras con ayuda de herramienta pero, con los años, la frase abarcó prácticamente a todo el *laburo* de *punga.* Sólo un especialista estaría preocupado por distinguir el matiz entre *lanza* y *punga.*

Los *lanza, lanceros, pungas* o *punguistas,* a quienes la gente sin imaginación engloba como "carteristas", suelen ser obligadamente internacionales por culpa del *manyamiento.* Una vez que cualquier policía puede reconocerlos, su vida se torna muy difícil. Además parece que últimamente se ha desalentado aquí la "creación" —sea por buena policía o por mala plata— y ya nos quedan pocos *pungas* nacionales de primera línea. Los buenos, generalmente tucumanos y cordobeses, han desaparecido. Los que saben dicen que se la rebuscan por Europa, como los jugadores de fútbol de cartel...

El mercado porteño, según parece, quedó en manos de bolsiqueadores importados que se lo han dividido como por países: acá es territorio chileno, acá entraste a Perú, o *guarda* que esto es Bolivia. Dicen que muchos han cobrado tremendas *biabas* por equivocarse. Si la "confusión" es de colectivo, a lo mejor puede haber perdón provisorio con donación del *cuero* al país titular, pero si se erró la línea de subte la cosa puede ser gravísima.

Entre las acusaciones que cargan los *punguistas* o *lanceros* está la de su frecuente conversión a confidentes policiales luego de ser *remanyados.* Se dice que no sólo tratan de conservar su *laburo* sino que, en general, tienen relación demasiado buena con la policía a la que no se resisten casi nunca.

Sin embargo, cuando la revolución del 6 de setiembre de 1930 se fusiló a un *punga* famoso, "El Sapito", por saqueo de un comercio de la calle Brasil en las tremendas horas del ataque a la casa de Hipólito Yrigoyen. Dicen que "El Sapito" tenía tan buenos protectores policiales, que había llegado a sentirse intocable. Murió gritando ¡a mí no me pueden hacer esto!

Algunas variantes del *laburo* merecen párrafo aparte, aunque sean despreciadas por los *punguistas* veteranos. Por ejemplo "la cómica", que se hace con un *esparo* muy activo, que tiene que armar un drama que atraiga y distraiga a la gente y permita trabajar a su cómplice. El acto, por lo general consistente en síntomas agudos de enfermedad, dolor o locura, está a cargo de un tipo con vocación y que merece que en el ambiente se lo llame "cómico" o "payaso".

Otras contravenciones al código de la profesión suelen ser los trabajos en las iglesias, contra las carteras o bolsillos de los feligreses y, sobre todo la *punga en banda,* muy común en Estados Unidos y Centroamérica, en la que suele intervenir una patota de tres, cuatro o más delincuentes que organizan un verdadero ballet alrededor del elegido. Uno deja caer un objeto, otro se agacha a recogerlo, uno más lo roza, tal vez otro lo tropieza o lo insulta... En fin, que no hace falta mucha habilidad en los dedos para llevarse el *cuero,* pero sí mucho personal. Acá, por suerte, el sistema no ha prosperado y quizá sea porque un *cuero* no da para tanto equipo.

Los *descuidistas* son también poca cosa. En otra época fueron comunes los robos de bicicletas, triciclos y, también, mercadería menor, de camiones atendidos sólo por el chofer, en momentos en que éste dejaba el vehículo para entregar. Un *descuidista* bien definido es el *maletero,* que opera en estaciones aéreas, ferroviarias o fluviales y, en su tiempo fueron también famosos los *ladrones de a bordo* que solían ser recogidos de noche y en botes. De los aviones ya es un poco más complicado, no hay todavía mucha especialización, pero sí sobreviven los ladrones de hotel, categoría *lunfa* más bien bajona. Hubo también los llamados ladrones de

frac, pero me parece que siempre siguió habiéndolos aunque se hagan los pingüinos sólo de vez en cuando...

Y por fin, los *levantadores*. Afanarse un auto es cosa menos gloriosa que, antes, llevarse un carro con tres caballos, pero es la misma onda. Dar contacto y salir picando en uno o dos minutos da más tranquilidad, me imagino, que decir ¡arre! y tirarle un chicotazo al percherón (que tampoco se podía esconder tan fácil, cambiarle la pintura ni, mucho menos, vender por piezas...)

La pesada o los agresivos

El asaltante es, en su primer y viejo significado *lunfa,* el ladrón que no toca a su víctima, que sólo la amenaza con un arma. Por lo común actúan de a dos, tres o más y su escenario es el aire libre, aunque a veces haya asuntos de más vuelo en algún local cerrado. Pero eso suele ser cosa ya de pistoleros, es decir *lunfas* asociados en bandas estables y organizadas.

Las bandas de pistoleros, equivalentes a las "gangs" norteamericanas con sus "gangsters" suelen tener un organizador o cerebro que no necesariamente es el jefe en los hechos. Saben servirse de entregadores y, ocasionalmente, contratar especialistas que asumen una parte de la tarea a realizar: cerrajeros, herreros, choferes y hasta albañiles.

Los pistoleros —se ha dicho antes— son una especie de piratas sin barco ni mar. Como ellos, hasta acostumbran enarbolar banderas que suelen ser provisionales o engañosas. En época de los anarquistas hubo pistoleros que se titulaban "ácratas" y luego otras cosas parecidas pero, desde el punto de vista *lunfa,* un pistolero es un pistolero y no importa qué destino haya de darle al *toco.* Me dicen que en Estados Unidos hay gangsters muy especializados: en deporte, en sindicalismo, etc., pero creo que no deben ser muy distintos de cualesquiera otros.

De todos modos, menos mal que ahora les es difícil una práctica antes frecuente, la de mudarse de país, cosa que sólo pueden facilitar ya verdaderas organizaciones internacionales. En otro tiempo los pistoleros solían, preferentemente en otra tierra, pasar a falsificadores, *laburo* para el que contrataban dibujantes, impresores, etc. Otra curiosidad que cuentan los viejos policías y que también comentaban los *lunfa,* es que por lo común eran tipos de una sola mujer, pero, eso sí, las cambiaban entre ellos a cada rato.

Variantes míseras del asaltante son el *biabista,* el *atrapador* y

el *schifrunista*. El primero de ellos —como su nombre ya amenaza— es el que pega, generalmente de entrada, para sorprender y controlar a la víctima que, a menudo, suele ser un borracho o un tipo muy débil. Aún así, los despreciados *biabistas* solían trabajar a dúo y hasta en trío. La furca era una variante más piadosa. De la Púa la veía así:

Es el abrazo reo de una amistad más rea
que marroca *el gañote del* grilo *al antebrazo.*
Amuro *que hace manso al* gil *que más cocea*
y convierte en badana al púa *más* machazo.

No era un abrazo de hermano. Mientras uno interceptaba a la víctima para pedir la hora, fuego o unas monedas (!), el cómplice *furca* se deslizaba detrás y, con una llave de brazo obligaba a la cabeza del atacado a levantarse y a ir al máximo hacia atrás. Entretanto, ya le había atenaceado la muñeca izquierda y, finalmente, le clavaba una rodilla en lo alto del arco lumbar. El atacado sentía que iba a quebrarse en cuatro y decirle: "no te movás" o "si te movés te corto" (o "te quemo") era casi un mal chiste. Los *furca* rara vez daban biabas, sólo en los casos en que el robado tuviese muy rápida recuperación...

La variante cruel del *biabista* era el cachiporrero, el tipo que hacía más brutal la paliza mediante una porra o una macana. Pero al final del escalafón habría que colocar a los que mezclaban el delito a asuntos de sexo, por ejemplo el *atrapador*. Era un especialista en homosexuales a los que, por las buenas al principio y por las malas al final, convertían en proveedores de dinero u otros valores. También de la Púa los ficha y, en "El atrapador" alcanza a escrachar también a ciertos falsos policías:

Hay otros que yugan *de* tiras fayutos,
pero es un laburo *que está muy* quemao
por unos turritos *que fueron al bulto*
en ese trabajo que es tan delicao.

Siempre hay un escalón más para descender en el delito. El *schifrunista* era también una rata de dormitorio, pero solía alternar facetas de *punga, cuentero* y, finalmente, *biabista*. Usaba de cómplice a una prostituta luego de elegir como "candidato" al tipo adecuado. La mujer cumplía el objetivo de llevarlo a un lugar ya previsto: una casa o un hotel "confiable". Después, hacía de modo que la ropa con la billetera del "inocente" quedara al alcance del *schifrunista*. Llegado el momento (y no hace falta explicar cual era el mejor momento), la billetera cambiaba de dueño. Después, había cien variantes para no devolverla. Por ejemplo: a) la dama no aceptaba pago alguno, era honesta o estaba "deslumbrada" y, por lo tanto no había necesidad de buscar la billetera; b) la dama, por el contrario, reclamaba su pago airadamente y negaba la falta de la billetera como excusa, lo que forzaría a entrar en escena a su "protector"; c) el gil maliciaba la cosa y se ponía difícil. También entraba el hombre y, etc. etc.

Los escruchantes o el sportsman

La categoría más alta del *lunfa* era la de *escruchante,* al menos entre los propios hombres del *escruche* eso ni se discutía. Sentían con respecto a los demás una superioridad de expertos cazadores. Como ellos, solían tener instinto y sentidos aguzados, además de herramientas ingeniosas y seguras, de planes sencillitos pero claros. Saltar una pared, escalar un balcón, adivinar un obstáculo en la oscuridad eran parte de su formación, pero se dividían en muchas ramas especializadas.

Llavero, por ejemplo, se llamaba al *chorro* que hacía el *laburo* valiéndose de llave igual o ganzúa y, dentro de ellos, el *petisero* era el entendido en llaves *petisas* (las cortas, tipo "francés"). *Yuguero* era el nombre más amplio, el que abarcaba todo el campo de las llaves (*yugas*). Un buen *yuguero* conocía diez o más variedades de llaves, fueran macho o hembra y hasta sabía contarle a uno que la Yale era un invento fenicio. Llegaban a reproducirlas exactamente iguales en cualquier material, incluso madera. Entendían la subespecie de los candados y el mundo variadísimo de los cerrojos.

Había también herramientas que ahorraban trabajo al *llavero,* por ejemplo el llamado *angelito* (o *bombilla,* o *viuda*), que violaba cerraduras con la llave del dueño puesta del otro lado, consiguiendo girarla desde el exterior. Y, también casi sin herramientas, los escruchantes tenían recursos para abrir con dulzura una puerta arisca, por ejemplo haciendo caer y resbalar hacia afuera sobre un papel la llave dejada puesta del lado interno.

Para certificar sin dudas y sin largas vigilancias la ausencia de gente en una vivienda o negocio, solían mandar un *cartero* con el *correo.* Esto, en lunfardo no tiene nada que ver con cartas: el *correo* es un simple hilo de coser muy débil que, puesto de determinada manera en la puerta, denuncia, por su rotura, que la mis-

ma ha sido abierta por alguien. El encargado de poner y revisar el *correo* era, lógicamente, el *cartero.*

No siempre los *escruchantes* eran tan sutiles. A veces recurrían directamente a rudimentos de herrería o albañilería. No sólo sabían y tenían con qué cortar cadenas, "reventar" rejas o forzar fallebas, sino que, además de usar aparatos especiales con curiosos nombres: *sueco, yum yum, torniquete,* etc., no despreciaban herramientas ya inventadas por otros.

Si el obstáculo a atacar era de madera, el *escruchante* haría aparecer en el momento necesario el serrucho o la sierra de arco; si la barrera era una pared, contaría con pico y pala; si el enemigo fuese el metal, estaría a mano el taladro, las barretas, el cortafrío o, incluso, el soplete. La altura era un problema menor pues en sus equipos solía haber varios tipos de escalas de soga o de alambre; los vidrios eran un juego de niños: usaban los mejores diamantes de corte, ventosas y otros ingenios para sofocar hasta el más mínimo ruido.

Los *escruchantes* debían prever, además, no llamar la atención en sus trayectos, tanto de ida como de regreso. Solían adecuar sus vestimentas a la zona en que iban a actuar y, como los punguistas, alguna vez no despreciaron el disfraz liso y llano: algún uniforme, ropa de sexo opuesto y hasta negrísimas y respetables sotanas...

El retorno, sobre todo, debía cumplir con el máximo disimulo del volumen del robo que solía ser tanto como pudiera cargarse pero, nunca más de lo que estuvieran seguros de llevar al aguantadero. Los medios para esta "transferencia de bienes" solían ser variados e incluir dos o más etapas.

Un lumpen del gremio era el llamado *madruguista* que, a pesar de llevar consigo linterna y ganzúa, vivía del acecho de puertas o ventanas abiertas o accesibles en la madrugada, cuando tenía la certeza de que la víctima acababa de salir para su trabajo. Su botín era incierto y, jamás, mayor de lo que pudiera cargar él mismo. El *madruguista* iba armado pero no era temible sino, decían, simplemente cobarde. Era la deshonra de la gente del *escruche,* pero puede pasar en las mejores familias...

Los cuenteros o la intelectualidad

Entre los *laburos* que cantó el Malevo Muñoz está el de *cuentero,* especialidad que tuvo entre nosotros gente grande, sin despreciar. Decía de la Púa:

> *Y tiene tal* carpa *para armar los* pacos,
> *y tiene tal labia para* engrupichir
> *que muchos corridos, que no fueron mancos,*
> manyaron *el cuento recién en el fin.*

Una punta del oficio es el *berretín,* el laburo del *berretinero,* el vendedor de *berretas.* Hay mil variantes: en una época se vendían en su caja primorosa camisas que sólo tenían pechera, cuello y puños, pero después se hizo de todo: cacerolas de "acero inoxidable", "una alfombra que me sobró en el reparto", "estos cortes de casimir inglés que tengo que rematar porque zarpa mi barco", etc. Ningún habitante de las ciudades grandes o chicas estuvo fuera de la mira de los *berretineros,* primer grado del cuentero, casi un simple comerciante desleal, con un cliente entre iluso y avivado.

En el otro extremo deberían ubicarse los *pequeros* que son los fulleros organizados. El asunto suele tener base de dedos hábiles: dar una carta de más o dejar caer alguna, *empalmar* (sustraer cartas en el corte), cambiar de mazo sin que el *otario* se dé cuenta (o de sabot si el juego es con "máquina"). Un "mano brava" me explicó una vez todos los secretos de su oficio: *La jugada de boca, con pego, la boca en el corte, el rebaje de naipe, el peinado, el paquete, las guías y los floreos.* El famoso *espejo vichador (o vichadero),* el anillo mágico del que habla algún tango, era para él un recurso sólo útil con los muy otarios, muy fácil de *dar la cana.*

La *peca,* en su tiempo hizo vender muchas "Críticas"; tal vez

por eso llegó a ser un tema nacional. Se formaron verdaderas organizaciones que, en sus desplumes millonarios, no vacilaron en usar escenarios insospechables alquilados a alto costo, "actores" que hacían de secretarios, grandes señoras y mucamos que, en realidad sólo ambientaban el "engrupe", complicaban un poquito una simple prostitución o, a veces, ponían alguna *falopa* en la bebida del invitado para tenerlo más *boleado.*

Entre los jugadores tramposos al por menor, estuvieron siempre y siempre van a tener clientes, los tipos de vista y dedos ágiles que suelen todavía ayudar a su habilidad con algún rebusque. La taba o los dados pueden ser cargados de varias maneras, el mazo de naipes puede tener algunas marcas que sólo el ojo experto descubriría. Pero entre los *lunfa* del *escolaso,* tal vez desde siglos y siglos, los *laburantes* más esforzados son los de la *mosqueta,* los *mosqueteros.* Me dicen que ahí andan todavía algunos, con sus tres cartas, o sus tres vasitos o sus tres medias nueces, haciendo el mismo embrollo de siempre, ganándole a muñeca pura al ojo ambicioso del apostador.

En el medio, entre el humilde *berretinero* y el antiquísimo *mosquetero* está todo lo que el hombre pudo pensar para explotar, tanto la codicia como el candor de los otros. Billetes premiados, máquinas mágicas como el *filo misho,* paquetes providenciales como el *toco mocho,* herencias, tranvías, buzones, matrimonios, empleos, todo pudo alguna vez ser vendido por un vivo y comprado por un sonso, por alguien que sólo adquiría carísima experiencia.

Y por fin, entre los *lunfa* que se comen a sí mismos, había dos *laburos* fulerísimos: uno el de la extorsión, que consiste siempre en la explotación de un miedo o una culpa ajena. Este delito pocas veces trasciende pero, muchos años atrás, me contaron de una organización que no sólo publicaba noticias fuleras acerca de su víctima, sino que pagaba por hora a los voceros para que en todo el centro se la nombrase "incendiándola". Para calcular la época, le digo que la *batida* costaba tres *mangos* viejos la hora, que se hizo varios días y con muchos canillitas...

Otro caso que conocí personalmente, en las cercanías de Buenos Aires fue una especie de *mejicaneada,* pero que los *lunfa* llamaban de un modo más nacional: *laburo de shacadores de malandras.* Consistía en reunir en una estancia o chacra, *lunfas* de mucha *tela* para un asado con *timba.* Después de la fruta venía el escolaso y, una hora o dos después, cuando había ya mucha *mosca*

en juego, caía la cana y "procedía a la detención de los asistentes y al secuestro de las apuestas", como dirían los diarios al día siguiente. Uno o más de los asistentes eran los *shacadores*, quienes habían planeado la *batida* y beneficiarios finales de parte de la "confiscación", cuyos detalles por supuesto no conocí.

Para disimular, iban tan presos como los demás y los perjudicados no tenían motivo para sospechar. Aunque lo tuviesen, no les convenía hacer demasiadas cuestiones pues, como ya dije, la plata perdida en el barullo no era tampoco de origen muy honrado. Nadie sabe para quien trabaja.

Sexo y chamuyo

Los hábitos sexuales han cambiado mucho y chocolate por la noticia. La mujer que daba un "mal paso" solía tener muy pocas alternativas para no seguirlos dando. Pero no es en eso que haya cambio sino en la manera en que la sociedad veía el asunto. Aquel patético payador Juan M. Pombo, verseó un drama de embarazo, tan disimulado, que hasta el último momento la "enferma" se empeña en engañar al mundo y, sólo al final:

La pobre se hizo la cruz
Y cuando el agente sus...
Manos de enferma apretó,
Ella en un ¡ay! exclamó:
¡No puedo más! y dio a luz.

Así de bravo nomás, y falta aclarar si no fue en *cana* lo mismo. Pero siempre aparecía alguien en plan de protector de la *mina.* A veces desde el propio mal paso, o en todo caso después de cualquiera de los siguientes. Ese personaje fue también fulminado por el payador:

Yo perdono a Caín matando a Abel
Como a Judas vendiendo al Redentor;
Al que mata por robar al padre cruel
Que se ensaña con el fruto de su amor.
Yo perdono a la más vil de las mujeres,
Al más cínico, a la recua más abyecta,
Yo perdono al más cobarde de los seres
¡Pero nunca jamás al proxeneta!

Por cualquier lado que lo mire, salvo del de la rima final, está

justificada la condena de Pombo, fuera de discusión lo miserable de la profesión de *cafishio,* aunque quepa decir que esa miseria fue, como muchas otras, consecuencia de otras más grandes.

La prostitución, en toda época, fue terreno de inversión para grandes capitales. Entre nosotros, hasta los años 20, se dividían el mercado grupos franceses y rusos, los de la Migdall, si por rusos se entiende toda una convergencia de judíos de países eslavos. Alguna vez los rufianes trataron de organizarse pero, cuando las bandas se enfrentaron entre sí, ellos fueron casi siempre blancos fijos, presas fáciles para los de *la pesada.* Llegaban los años malos y, los treinta, fueron los de la caída. Se cerraron "las casas" y sólo fueron quedando por ahí algunos *fiolos* vocacionales, que todavía los hay.

Pero una acusación que tampoco le cabe al *lunfardo* es ser idioma de *cafishios* y de *yirantas,* creencia que tal vez deriva de que se suele pensar y hablar de sexo utilizando lunfardismos. El asunto es al revés: las palabras que denominan actos y partes del cuerpo vinculadas al sexo, suelen ser condenadas al secreto por pretextos de moral.

Quien ha explicado esto muy a fondo es el doctor Teruggi, en su *Panorama del lunfardo* pero destacando que, mucho antes, se señaló ya que "el vocabulario erótico de la humanidad, el lenguaje de los amantes en los arrebatos de pasión, consiste en vocablos argóticos. Casi no se puede hablar de sexualidad sin recurrir a ellos, pues la única alternativa que resta es la de expresarse con un vocabulario científico, que no está al alcance del común del pueblo ni concuerda muy bien con los estados pasionales." Reconoce después que algunas parejas se evaden por el infantilismo pero afirma que: "es evidente que ante la desnudez de los cuerpos resulta un tanto infantil y absurdo el sentir vergüenza de las palabras. El ser humano puede llegar a ser tan contradictorio que a veces acaba por no poder hablar de algunas de sus propias acciones." ¿Clarito no?

De modo que si vamos a entrar en el mundo del lunfardo prostibulario, no conviene perder de vista que no es culpa de los *caferatas* ni de las *locas* que sepamos tantas "malas palabras". Ellos casi siempre las recibieron ya bien terminaditas y, cuando mucho, las usaron con menos complejo.

Milongueando con la Parda Flora

Esto no se contradice con la afirmación de que los patios de juego del lunfardo en su infancia más bien movida, hayan sido el prostíbulo o los *bailongos* del ramo. Con seguridad que, ya mucho antes de los famosos artículos de Benigno Lugones en "La Prensa", en 1879, que pretenden ser acta de nacimiento del lunfardo, los *cafiolos* y las *minas* habían reconocido "al nene". El primer vocabulario de 1878 se remite, sin embargo, casi exclusivamente a términos de otro "negocio": *marroca, bobo, "bento", otario, musho, bacán* (dado como "hombre"), *mayorengo, shafo, estrilar, mina* (dado como "mujer"), *campana, refilar la vianda, en seco, con caldo, lengo, funshe, tocar espiante, lunfardo, música, calalo, espiandar, arrebezarse, estar el shafo, encanar, cana, dilatar, guianda, batir,* etc. Los únicos usuarios del nuevo idioma parecían ser los ladrones.

Sin embargo, por esos mismos años posteriores a la epidemia de fiebre amarilla (y ya antes) había una casa de baile público llamada "La Pandora de Tancredi" donde quemaban energías (y patacones) peones de los saladeros, troperos sureños, *maringotes* de cabotaje y soldaditos varios. Se bailaba allí maxixa, mazurca, polca y habanera. También vals "a doble real la lata" pero a pedido. El bastonero, que después iba a llamarse "comisario de salón" era el recaudador y tenía sus enjuagues con el organillero para estirar o acortar las *sonatas.* No muy diferente del rebusque de nuestros días entre dueños de *boliches* y disc-jockeys.

Todavía no había sociedades extranjeras. Iban a empezar con "Les Enfants de Béranger", de los franceses y las "Unione e Benevolenza" de la colectividad italiana. Después de la gran epidemia, quedó bastante interrumpida la costumbre de los bailes en casas de familia, por lo cual lo de Tancredi debía ser mucho mejor negocio que el "Viejo Almacén". Y, lo mismo que pretende-

mos hacer en mi boliche, estaban fijándose nuevas palabras para el lenguaje de los argentinos.

Quedó un poema anónimo donde se nombra lo de "Tranqueli" pero no sólo se ficha en él a celebridades del ambiente, sino que ya se arriman términos que todavía usamos. Empezaba así:

Anoche en lo de Tranqueli
Bailé con la Voladora
Y estaba la Parda Flora
que en cuanto me vio estriló.
Estaba el mulato Pancho,
Lunfardo *muy atrevido,*
Y éste, en cuanto me vido
Me dijo ¿qué hacés aquí?

pero más adelante:

Me dijo que me dejara
De cantar la semifusa
Que me iba a dar la marusa
Y me iba a hacer encanar;
Que marchara muy despacio
Sin andar con compadradas
Porque me iba a dar la viaba
Y me iba a hacer espiantar.

Si bien estos versos no tienen fecha cierta, hay memoria de cuáles fueron los años de "lo de Tancredi" y, sin duda, tendrán que ser muy anteriores a este principio de siglo.

Nada que ver esos Rivero

Por las dudas, ya que andamos por este capítulo, me gustaría aclarar algo respecto a unas décimas que Felipe Amadeo Lastra declaró haber encontrado entre "viejos papeles de un *indio* bien", de un patotero "de sociedad". Hablan de cierta batalla en una casa sin nombre:

Me acuerdo de una pelea
en un queco' *el Arsenal,*
y donde Lalo Acebal
le sacó a la ñata Elena,
que andaba con el "Melena",
compadrito y canfinflero.
Agrupaos con los Rivero,
nos ganaron la salida
armándose tal podrida
que peleó hasta el cochero.

Bueno, para los estudiosos, esos Rivero no sólo no me incluían sino que no tenían nada que ver con mi familia. Lo aclaro no sólo por cuestión de buenas costumbres sino porque, según parece, eran gente de pelear con ventaja, unos Rivero poco gauchos aquellos amigos del "Melena".

En versos de la misma época de fines y principios de siglo ha quedado memoria de las grandes trifulcas en *quecos* y *milongas,* refugio de *compadritos* y *canfles.* José J. Podestá, el famoso Pepino el 88, cuenta en detalle cómo era un compadre del barrio montevideano de la Aguada, qué lo diferenciaba de los del Cordón, Palermo o Capurro, pero los toma más bien en broma:

¿Y yo? ¡si vieras a Juana!
Cristo Dios; cuantos biandazos.
El mate *le hice pedazos,*
y le tapé una ventana.
Después chapé *la macana*
y por último una silla
súmbate *por la* piojosa...
¡Pucha! la dejé mormosa
más negra que una morcilla.

Los *taitas,* según Pepino el 88 los veía, eran sólo buenos para pegar a mujeres, por lo menos los de su ciudad natal:

...pues ellos son los primeros
en un apuro a aflojar;
(no digo de disparar)
pues sépase en conclusión
que tanto los del Cordón,
de Capurro y de la Aguada,
no tienen más que parada,
y los demás... la intención.

Una de las mejores descripciones de ambiente es la que hace L. C., cuyo verdadero nombre fue Andrés Cepeda, en sus versos de *Un bailongo:*

Hace como un semana
que un canfinflero mistongo
me invitó para un bailongo
en el pueblo de las ranas.
Las principales bacanas
de la rana *población*
cayeron a la reunión,
a la gurda enfaroladas,
porque habían sido invitadas
con tarjeta de cartón.
Al rato los canfinfleros
empezaron a llegar,
porque la farra iba a estar
pero muy de los raneros.

Con sus mejores aperos,
ese día se empilcharon,
los funyis *se arrequintaron*
y el que botines tenía
también los lustró ese día,
y p'al baile se largaron.
La orquesta se componía
de bandoleón *y guitarra,*
porque aquello era una farra
de las que no siempre había,
cada cafishio *tenía*
en el baile a su bacana.
O mejor dicho a su rana
pa desempeñar su rango
y poder bailar un tango
pero muy de la banana.

Sigue la descripción del baile y, como casi siempre, termina con pelea: un pardo que *baja* a un *canfinflero* y que va *amarrocao* a la comisaría donde

una inmensa gritería
los raneros *le formaron.*

Según se ve, el *canfinfla* estaba en todas. Era mucho más que un actor de reparto en la Comedia Lunfarda y podía enorgullecerse con los versos de Federo Carba:

Soy Serafín el gran chorro
Soy un cafisio *muy* papa
Soy tremendo pa la faca
Soy el trompa *de un* cotorro.

Aunque "Ella" le discutiese la gerencia:

Soy la nena de Serafín
Soy la que cata *más* giles
Soy conocida por miles
Soy regenta de un bulín.

Y ya podía *farolear* él:

Soy p'al chamuyo *el mejor*
Soy cafera *de alto rango*
Soy gran bailarín de tango
Soy biabista *al por mayor.*

Porque ella, "la percanta Corina" tenía su propio orgullo profesional y, además "el Serafín Gramajo" debía ignorar cosas...

Soy la del mejor laburo
Soy modelo p'al trabajo
Soy mimada por Gramajo
Soy la que siempre lo amuro.

Esto es lo que podríamos llamar tener "un buen diálogo".

Dura vida la del canfinflero

De los prostíbulos de fines y principios de siglo hay infinitas coplas y también, cándidos y largos poemas, doloridas quejas de los problemas económico-financieros (y a veces sanitarios) de la gente del ramo.

El cafishio o canfinfla es uno de los más nombrados, tanto que fue por entonces que empezó a juntar variantes de esos títulos profesionales: *canflinfa, canfingle, canfle, canfi, canflinflero* o *cafisio* o *cafiche* o, uno que no tiene nada que ver: *vacán.* De toda época dorada quedan protestas y, buscándolas, se encuentran hasta las del *cafishio,* respecto de la crisis del negocio:

Larga muy poquito espor,
Falla mucho en la semana,
No es debute *pa'la cama*
Ni pirova de garrón.
Mientras que el otro cabrón
Parado en lo de Garcela
Con el lunes se consuela
Para afanar el espor.
Llega el lunes y a la mina
no le alcanza p'al lavado
Entonce(s) el canfle *apurado*
Bronca *con la* percantina.
La crónica fulerina
Lo tiene al canfle *en la baja,*
Es un gran mistonguelaje
El espor *que da la china.*

Además el desagradecimiento, y la competencia. La vida nunca fue fácil para esta gente; se ensaña con los sensibles:

Cuantas veces me recuerdo
De alguna mujer querida,
Degradada y corrompida
Turra *de otro* canfinflero.

Estas son algunas de las opiniones sobre el competidor:

En fin, es un gran fulero
Y la mina *una cabrona,*
Repelente y atrasada
Garronera, *borrachona, etc., etc.*

O si no:

Es muy mistongo *y* fulero,
Recatango, *atrasadito;*
En fin, es un garabito
Enteramente manguero.

Pero la desgracia más común del *cafishio* era ir preso, perder la posibilidad de atender su tienda, porque

Cuando el bacán *está en* cana
La mina *se peina rizos;*
No hay mina *que no se* espiante
Cuando el bacán *está* misho.

Y las muchachas ya tenían sus pretensiones:

Quisiera tener un macho
Que no fuese canfinflero.
Que no me pida las latas
Ni me pida p'al sombrero.

O tenían excusas:

Ya mi chino no me quiere
Porque vento *no le daba;*
¡Qué vento *le podía dar*
Si la madama *no cambiaba!*

Hay noticia de que algunos de esos lugares solían tener también problemas más serios. Mantener una producción era propósito que no siempre estaba protegido de fatalidades:

En el quilombo *"Las Rosas"*
Ya no se puede vivir:
Están las putas preñadas
Y la madama por parir.

A veces era peor todavía, porque las pupilas mismas se hacían poetas y escribían en lugar de trabajar. Ese fue el caso de "la Pelada", muchacha famosa por su obra *El testamento de Matilde,* que empezaba airosamente:

Yo, Matilde la Pelada
Nacida en el Baradero
El veintisiete de enero
Del año setenta y dos...

Y ahí viene también algo de lunfardo, pero dentro de un plan imposible de reproducir aquí. De modo que, si usted llega a conseguir el texto completo, tampoco le aconsejaremos que lo lea ni lo haga leer a nadie. La gente macanuda de Baradero se lo va a agradecer.

"La *canflía* no da", se quejaba el cafishio. Por una o por otra vuelta de la mala fortuna:

Qué vida más arrastrada
La del pobre canfinflero
El lunes cobra las latas
Y el martes anda fulero.

"Es una casualidá, catar *vento* por semana, hoy las locas ya no ganan..." recitaba el hombre y, desde la crisis inventaba palabras. Fijesé que la famosa enumeración de Yacaré: "Yo a la *mina* le *bato paica, feba; catriela, percanta, cosa, piba; budín* o *percantina, chata, bestia; garaba, peor es nada* o *fémina; cusifai,* adorada, *chirusa, nami* o *grela* (que Camilo José Cela recoge en su "Oficio de tinieblas"), tiene que tener más de una creación del propio cafishio, que necesariamente gustaba de cambiar la marca de su producto.

La invención tiene que haber sido más o menos constante, porque ya por principios de siglo una sola parte del cuerpo recibía más de diez nombres: *culata, mortero, popa, tablero, panaro, panarino, bombo, pavo, pan dulce, siete,* y evitamos decir los castellanos. El propio "establecimiento" tenía diversidad de apodos como: *quilo, quibebe, quibe, bebe, queco, tambo, pesebre* y el muy conocido de *quilombo,* que ya abarca muchas otras acepciones.

En los viejos versos de burdel han quedado, como se puede ver, muchas palabras ya sin valor pero no hay duda de que otras se han proyectado hasta hoy. *"Canfinfla* andá para el *tambo...*" ya no significa nada para casi nadie, pero "Aunque la *turra* lo *afana* y es *gil* consuetudinario (como reza "La vida del farrista") sería entendido fácilmente hoy por muchos niñitos y damas. En todo caso la duda estaría en la palabra "consuetudinario".

No hace falta aclarar que los lugares y la gente que tuvieron que ver con el nacimiento de todas esas palabras no eran recomendables y, si son recuerdo, es porque nos detenemos en su costado pintoresco, que lo mostraba también para las bromas acerca del cafishio. Otra muestra es este poema anónimo que podría haberse llamado "El lamento":

Retacona deidá de mis amores,
Mina a la gurda, *dueña de mi vida*
No niegues a tu viejo los primores
De tu alma, ni las latas, mi querida.

Ya ves mi alma que yo te campaneo
Y te chamuyo *siempre noche y día*
No puedo apoliyar *si no te veo,*
Ni morfar *cuando pienso que eres mía.*

Vos ya no te acordás de que ando pobre,
Porque estás bien, el bagre *no te pica,*
Ni te falta el bullón... *yo empeñé el* sobre
N'ostante andar con una mina *rica.*

Acordate mi bien que no hace mucho
Cuando andaba empilchao *y tenía* vento,
Siempre que me pedistes, no fue al pucho,
Porque pudiendo te largué al momento

Pero vos, como ahora te mudaste
Frente a una casa de alto, el otro día
Yo te hablé y por baranda me largaste
No comprendiendo lo que yo sufría.

Te perdono, mi bien, porque te quiero...
Aunque no precisás que te lo diga;
Con que así, pa'otra vez de vos espero
Que me des el derecho de la liga.

Abraham Murieira

Una de las curiosidades del lunfardo de los prostíbulos, suerte de dialecto dentro de otro dialecto, es el lunfardo-iddish, caricatura que tuvo una breve vigencia a partir de 1905 y que, ocho años más tarde daría también lugar a una revista que alguna vez me mostraron y que se llamó *Qui mi cointas.* Duró poco, apenas diez números.

Pero volviendo al tema de los "establecimientos", había muchas prostitutas judías de religión y polacas por nacimiento, generalmente galitzianas. Sus explotadores de más alto nivel, los traficantes muy por encima del *cafishio,* solían ser compatriotas de las muchachas, o rusos.

No es demasiado raro que el personal de confianza de los prostíbulos fuese también, con frecuencia un tipo que luchaba para poder hacerse entender en una "castilla" muy rociada con iddish. Uno de los famosos de la época, fue Abraham el portero y, no tanto por sus hechos gloriosos, sino por la caricatura que de él quedó en uno de esos poemas del iddish-criollo o lunfardo-iddish. En él se compara a Abraham con el héroe popular Juan Moreira y se le atribuye el progreso del prostíbulo:

Qui Murieira qui'stás Abraham,
Más mijior Murieira gumu antes!

Ora no llamás vajalantes
Y has vinido una lindo rufián.
Ora coidas mijior la cancela
Y gonocis la cliente qui paga.
Nunca dajás qui entra franela
Per más muchas minazas qui ti haga.

Desdi qui vos'stás a la poirta
La moquier tene mucha'legría
Borque boide hacerse la forta

E nenguna moquier ya no fía.
Guando'staba tu hermano Iván
Al impleo que ora'stá tuyo
Por no'star una guapo rufián
Madama dejá la negocia de Cuyo.

Ora lleva la blata Madama
Y rivisa la cliente di'abaja
Y ricién sube'rriba la cama
Per hacer eso lindo trabaja.

La nigocia adelanta más mucha,
Bois stá la miquior de'sta calle,
Ora'briremos sobre la pucha
Ona gran socorsal a Lavalle.

A pesar del breve noviazgo, el iddish no contagió mayormente al lunfardo. Por el contrario, me parece que los judíos de nuestra época y nuestra ciudad de Buenos Aires, dominan muchísimo más a fondo el lunfardo que el viejo idioma de sus abuelos.

Los cafiolos ya venían achicados

Después de esta recorrida por el pasado y, antes de dejar el "ambiente" me gustaría contar algo de los pocos *cafishios* que me tocó conocer, gente de la decadencia del ramo. Como se va a ver, tipos que estaban ya muy achicados, que tenían que inventar algo para vivir, o incluso, inventarse a sí mismos.

Entre los inventores me acuerdo de un *canfle* que hacía trabajar de día a su muchacha, pero vestida de colegiala con guardapolvo y todo. Era una mina bastante conocida del cabaret y, según se supo, lo dejó porque la carrera de "colegiala" le rindió más. Esto pareció darle la razón a Barquina que llamaba "el colegio" al *cabarote.*

Pero el tipo que podría ser mejor muestra del barranca abajo de los *fiolos* fue uno que vivía ahí nomás del Tibidabo, en un piso alto de una de las viejas casas de departamentos de la calle Corrientes. Solía encontrarlo en la vereda de enfrente a la de su casa, siempre de madrugada, meláncolico y *solari.* Yo no alcanzaba a entender qué hacía ahí plantado, tantas veces, aburriéndose como una ostra.

Y fue una noche de crudo invierno, como dice el tango, que me saqué la duda. Lo había *junado* desde un café donde habíamos estado un rato larguísimo, como dos horas, con Pichuco, de la Púa y otros amigos. Cuando salí, nos despedimos en la puerta y, al cruzar la calle, me topé casi de frente con el *cafiolo.*

—¡Salú maestro! —me saludó, tocándose el ala del *gacho* oscuro.

Le contesté pero, en un impulso, también me salió la pregunta:

—Dígame, ¿no tiene frío, acá parado con esta noche?

—Qué quiere que haga, maestro. ¿No ve? —y me señaló una ventana tenuemente iluminada en la casa de enfrente. Era la de su departamento, pero lo lindo fue la explicación:

—Arriba tengo al gil. Cuando se vaya, subo.

Ésta era la imagen del cafishio del medio siglo, pero me queda otro recuerdo, más simbólico todavía. Era un *canfle* enano y, por Corrientes, no deben faltar veteranos que todavía lo recuerden muy bien. Yo nunca supe su nombre pero lo vi en acción varias veces y, una de ellas, en qué forma.

El enano era el amigo, por no decir el protector, de una de las chicas del lugar donde actuábamos. La muchacha, una rubia como casi todas las de la *milonga,* bastante alta y bien formada. En cuanto a su belleza, era cuestión de gustos. Eso sí, estoy seguro de que le llevaba al enano cerca de un metro. Pero esto, no hubiera sido lo más asombroso; la noche y su gente tienen reglas raras, usan niveles que no son los del albañil.

La cosa fue que una madrugada, cuando salíamos de actuar, la copera rubia y el cafishio enano nos regalaron una escena que, también, habría sido de lo más corriente si los protagonistas no hubiesen tenido tantos centímetros de diferencia de estaturas.

El enano le pidió la cartera y ella, con un poco de miedo en la cara, se la dio. En tener más miedo tardó nomás unos segundos porque, en cuanto el *fiolito* contó la *guita* que había adentro, empezó a insultarla. Ella miró para todos lados y trató enseguida de darle explicaciones, en voz tan baja que ni la oíamos. No nos hacía falta; nosotros ya sabíamos que había sido una noche de *shomerío,* de poca gente.

Parece que las explicaciones no le gustaron porque cada vez le decía cosas menos lindas. Hasta que por fin, el enano pegó el grito insólito:

—¡Subime! —y la mina lo alzó dulcemente, tomándolo por la cintura.

Ahí, créame, se me quemaron los papeles. El chiquito la sirvió con un bife, derecho y con bastante ruido.

—¡Bajame! —le ordenó.

Ello lo bajó como quien apoya un jarrón caro. No era *mina* de llorar ni hacer bandera. Esperó que él levantara su bracito, le dio la mano y se fueron caminando para el lado de Callao.

Aguja Brava y el de la Toalla Mojada

Uno de los dos grandes cafiolos de mis canciones es *Aguja Brava.* La historia es completamente auténtica y sucedió tal cual se cuenta en el tango: Es cierto que existió (y existe) *Aguja Brava*, que tuvo su tiempo de *liso* bien *cheronca,* de *caferata* de *tapin* y escuela. Hay testigos de que fue uno de los *cafishios* mayores de su ciudad, plaza bastante grande, varias horas de auto al sur de Buenos Aires.

Y no es mentira tampoco que no pudo soportar la idea de perder o compartir a una mina con *pintusa* de *percanta* buena. Le pasó lo peor que le podía haber pasado a un *cara lisa:* se *metejoneó.* El resto de la historia no sólo es cierta sino que es presente: casi toda la ciudad en que vive la conoce.

Si usted va a esa ciudad que no nombré, seguro que no va ser a comprar colchones. Pero si acaso cruza por un lugar donde nombran a *Aguja Brava,* sepa que el apodo es más o menos nuevo y que, por amor, lo soporta un antiguo *cafishio* ya tomado en broma por la barra nochera. *Aguja Brava,* como dice el tango, "antes, sacaba *tela* de las *minas.* Y ahora, le hace colchones a la *cana.*" El amor hace bolsa a algunos tipos y, a otros, hasta los hace colchoneros, para peor en la época del poliuretano...

Esas cosas nunca le podían haber sucedido al otro, al rey de los *macró,* al *rufino* mayor de la mitología *fioca,* a Aldo Saravia, el de la Toalla Mojada. Ahí también hay vida real: es verdad que el boliche se llamaba Chantecler, igual que el viejo *cabarote* porteño de la calle Paraná, pero estaba, como la milonga declara, cerca de la Cañada, es decir en Córdoba.

Allí conocí al macho Aldo Saravia, *capo* del *malanfio falopero,* tallador de los dedos embrujados y Director Creativo Nacional del Lunfardo. Todo eso es cierto, tanto como que él hubiera querido estar en este capítulo, el de los cafishios.

La milonga cuenta que era un ambiente turbio de nocheros y es pura verdad. Iban tanto jueces como peones del mercado, *escruchantes* y *cafiolos, lapiceros* y futbolistas. También es cierto que todos aceptaron para siempre nombrar al boliche como "La toalla mojada". Y nadie soñará negar que es en memoria del macho Aldo Saravia y sus hañazas.

Saravia llamaba la atención por muchos motivos pero, una de las primeras cosas que me extrañó, fue que siempre tuviese con él varias toallas. Le pregunté un día y sus explicaciones fueron amplias, casi técnicas. Desde entonces supe cuál era el mejor modo de castigar a una señora o señorita sin dejarle marcas: con una toalla mojada. Había detalles acerca de cosas menores, sobre ventajas y desventajas de actuar bajo la ducha, o de poner al agua de la toalla, sal fina o sal gruesa, pero eran ya lujos del "sistema Aldo Saravia".

Él era mi asombro de cada noche. Una vez faltó y al volver al trabajo explicó:

—Estuve *encanastado* en la *taquería* veinticuatro horas. Pero me tuvieron que largar, no podían creer cuando la plaza se fue llenando de mujeres.

—No diga, ¿tantas minas tiene, Saravia?

—No, qué minas, eran todas parteras. Gritaban: ¡lárguenlo a Saravia que lo necesitamos! ¡No nos pueden dejar sin laburo!

Aldo Saravia era una especie de vampiro. De día trabajaba como empleado de un juzgado pero de noche se transfiguraba: hablaba el lunfardo con tonada y sólo de noche engolaba la voz, ponía acentos de pesado. Cierta vez me contó una de *peca* que empalmaba con otra histórica:

—Fue bravo. Se me cayó el *chivo* de la *gamán,* un *refilado.* Un *gil* se avivó y casi se arma. Menos mal que andaba *calzolari* con el *niqueleti.*

—¿Usted maneja armas? —le pregunté, porque todavía no lo conocía bien.

—Sí, claro. Me acuerdo cuando en la revolución del 55 pasaban los aviones *meta confite.* Les tirábamos con cualquier cosa. Cuando nos coparon vino Lonardi y preguntó "¿Quién es peronista?". Yo pensé que nos iban a fusilar, pero lo mismo di un paso al frente. Fui el único. "Mi general, yo fui, soy y seré peronista", le

dije. Pero no me fusiló. Se cuadró delante mío y me hizo la venia. Después se dirigió al resto de la tropa y les dijo: "Aprendan lo que es un valiente".

Saravia era un mozo de pinta impecable, tanto en la noche del *cabarote* como en las horas del juzgado, donde estaba muy bien considerado. Aseguraba que, mediante tachaduras o borratinas, solía achicar condenas de algunos *lunfa:*

—Donde dice diez, le pongo cinco, donde aparece veinte le meto diez.

Así de sencillo era para él. Una noche contó que al juez se le iba a casar la hija y que tenía miedo de quedarse dormido en la fiesta porque andaba muy cansado. Entonces —según Saravia— el juez le pidió que le atendiera el juzgado para irse a dormir. Fue cuando le propuso:

—Doctor, ¿para qué se va a ir a la cama? Yo tengo una solución.

Contó como lo llevó a un cuarto vecino, sacó un *pelpa del shuca* y lo instruyó:

—Doctor, aspire por la fosa nasal derecha.

—¿Pero qué es esto que me da?

—Usted aspire, hagame caso.

Saravia decía que el juez, al día siguiente se mostró agradecido y todavía curioso, que había bebido, bailado y que estaba fresco a pesar de no haber dormido. "Le di otro *pelpa*", contaba Saravia, "y ahora siempre viene por más, es mi mejor cliente".

Ya se habrá dado cuenta de que "el de la toalla mojada" exageraba un poco. Pero era lindo oírlo, verlo cada noche con su smoking bien llevado, pintón y, medio tieso de arriba, como los guapos. Le decían "gallo e'lata" por el modo de darse vuelta a mirar.

Una vez conocí los dos lados de una de sus tramas. Contada por él fue más o menos así:

—Qué *rosca.* Eran cinco tucumanos, folkloristas. Cuando iban a actuar yo fui al micrófono y anuncié "Pa los giles". Después de cantar se me vinieron. Yo me corrí hasta el mostrador para esperarlos. Le dije al *trompa* "¿me permite el teléfono?" Cuando se acercaron lo arranqué. Con la caja le pegué a uno y con el tubo *reventé* al otro. Después la seguimos afuera, fuimos a la gruta con dos amigos boxeadores y le dimos con todo, a los cinco. Yo estaba hecho una fiera, esa noche me había dado dos *saques* en la misma

fosa. Dejé a dos tucumanos en el suelo y a otro lo hice salir *rajando.* Cuando estaba *sirviendo* a uno, pasó una vieja y me dijo "Saravia, no se le pega a un hombre en el suelo"...

—Y usted ¿qué hizo? —me preocupé.

—Ah, estaba como loco. *Cobró* la vieja también...

La cosa por excepción, tenía una parte de verdad. Había habido pelea y, según supe, también había sido con tucumanos de un lado y boxeadores del otro. Pero la victoria había sido de los folkloristas, por paliza y a puro cabezazo nomás. ¿Aldo Saravia?, vaya a saber.

Tallador de la vida y de sus cosas, Aldo Saravia era una figura querida. Los que lo conocíamos bien sabíamos que vivía con su madre a la que cuidaba como un hijo modelo. Su personaje nochero era sólo una fantasía que nadie denunciaba, que todos disfrutábamos.

El macho Aldo Saravia partió muy joven. Nunca le fallaron ni la *pinta* ni la labia pero el corazón le aflojó muy temprano, a los treinta y tantos años. Antes de irse "le *fajó* hasta el nombre al Chantecler con su toalla mojada", me dejó los recuerdos que están en mi milonga y, ahora, estos que viven en estas páginas.

Aldo Saravia, ya queda contado, no era muy parecido al héroe canalla de la canción. Fue, por suerte, un hombre bueno. Pero, repito, estoy seguro de que a él le hubiera gustado estar en este libro en el capítulo que lo puse, en el de los *cafiolos.*

LOS TOCOS DE PAROLAS

De los abogados

Los abogados suelen ser grandes conocedores de lunfardo, sobre todo del de origen delincuencial o carcelario. Al fin y al cabo, les resulta imprescindible para poder entender y traducir a correcto castellano las declaraciones de aquellos a quienes les toca defender o acusar. Pero, además, disponen de una jerga propia que podría dar verdaderos aportes al "gran lunfardo" en construcción. Estas voces que siguen son, seguramente, sólo una parte de ese rico lenguaje secreto de los hombres de Tribunales:

acomodar.	Formar convenientemente el sumario policial cuando media *arreglo* (ver esta voz) entre el sumariante y el *lavandero* (ver esta voz).
ambulancia.	Camión celular en que se traslada al preso.
arreglador.	Abogado propenso a las transacciones.
arreglo.	Transacción. / "Transacción" que algunos abogados penalistas hacen con los funcionarios policiales.
ave negra.	Procurador. / Abogado.
cocinado.	Terminado.
coche.	Ascensor de Tribunales.
conejo.	Asistente social de la cárcel.
cuadernito.	Constitución de la Nación Argentina.
changa (contrato de)	Suerte de relación jurídica no permanente por la cual una persona se obliga a hacer trabajos por una retribución. Es invocado, con frecuencia, de modo fraudulento.
checonato.	Libranza (cheque) judicial.
frescolai.	Sentenciado.
fusilar.	Ejecutar judicialmente.
empapelarse.	Llenarse un estudio jurídico de asuntos de menor cuantía.
encanutado.	Preso.

enchufado.	Preso.
ipso pucho.	De inmediato.
L. C.	Ladrón conocido.
Lavandero.	Abogado.
letra (estar en)	Expediente que se halla en el estante a disposición del interesado.
liero.	Buscador de pleitos. / Pleitista.
limpiar.	Absolver.
loco.	Preso.
merengue.	Asunto enredado.
miti-miti.	Por mitades, en las transacciones judiciales o extrajudiciales.
olivo.	Despido. / *ley del olivo:* ley de despido.
ómnibus (ley).	Ley que regula sobre distintas materias.
oreja (alegato de).	Dícese de los argumentos que el abogado da al juez hablándole a solas en su despacho.
paseo.	Procedimiento policial por el cual un detenido es llevado de un lugar a otro para evitar los efectos de un recurso de habeas corpus. / Pase frecuente de un expediente de un lugar a otro.
pasillo (abogado de).	Letrado batallador que pasa su tiempo recorriendo secretarías y juzgados.
perrera.	Camión celular.
pirulo.	Una unidad. Se usa para expresar, por ejemplo, la cantidad de años de condena.
R. H.	Sección "Robos y Hurtos" de la Policía Federal.
roja.	Bandera de los martilleros; cuando éstos son judiciales dicen "que nunca fue atada al carro de ningún vencedor".
sacador.	Abogado eficaz en la tramitación de procedimientos para obtener la libertad de detenidos o encausados.
salidera.	Libertad.
S.D.	Sobreseimiento definitivo.
S.P.	Sobreseimiento provisorio.

De los médicos en general

Siempre pensé que los médicos en general debían tener un arsenal enorme de palabras secretas, porque se las arreglan para que el paciente casi nunca los descifre, tanto oralmente como por escrito. Pero no, no son tan secretas, parecen que están en todos los tratados de Medicina. Igualmente son raras. Se ve que desde el principio de la cosa, tuvieron que inventarlas para que el tipo sufriera menos, o pagara más. En este libro no se trata de explicar qué quiere decir esquistosomiasis o esplenomegalia sino, más bien, de rastrear los puntos de contacto entre los médicos y el lunfardo. El resultado no es muy voluminoso pero sí bastante original. Los términos y giros son seguramente muchos más pero, según me parece, suelen circular en circuitos cerrados no siempre conectados entre sí: hospitales y sanatorios diversos, áreas de especialización, ambiente estudiantil, etc.

abreviar.	Desnudarse.
ana ana.	Comisión o participación que un profesional da a otro por derivarle un paciente.
apex.	Apéndice, apendicitis. (Tener un *apex*: tener apendicitis.
as de bastos y siete bravo.	Indicios más corrientes de una parálisis facial: guiñada de ojo y boca ladeada (señas del truco).
ateneo.	Nombre dado al lugar que en hospitales o guardias, utilizan los médicos para el *escolaso.*
azoteítis.	Problema psíquico. / Somatización de ese origen.
biafra.	Se dice de la concurrencia a consultorios de ciertos pacientes originarios de un país vecino, que suelen hacerlo en grupos.
caño.	Arteria. (*Mal de los caños*: arteroesclerosis).

catafalco.	En los internados, broma muy pesada.
consulín.	Consultorio dentro de la misma casa habitación del médico. (Derivado de consultorio y *bulín*).
consultorro.	Idem. (Derivado de consultorio y *cotorro*).
cuatro cruces.	Sifilítico o sifilítica.
curso acelerado de arpa.	Se dice que lo hace el paciente de muy rápido agravamiento.
chacado.	Enfermo.
cheropu.	Se dice del ruido habitual en el edema agudo de pulmón.
dos de oros.	Se dice de la midriasis o dilatación pupilar previa al deceso de un paciente.
flojo de elásticos.	Se dice del paciente con diarrea.
folklore.	Alergia de origen vegetal, frecuentemente por aspiración de polen.
frunce (signo del)	Reacción que se observa en las operaciones de hemorroides al pasar los puntos o tocar el esfínter.
fumar la pipa.	Movimiento involuntario de la mejilla de los hemipléjicos.
gasista.	Anestesista.
guiñada (signo de la)	Signo del *frunce*.
hilar moco.	Se dice del temblor de los dedos de los parkinsonianos.
internedo.	Paciente internado innecesaria o erróneamente. (derivado de internado y *al pedo*).
ligero de manos.	Masturbador.
mala (la).	Cáncer.
matachinches.	Especialista en venéreas.
miasma (lleno de)	Paciente muy abandonado desde el punto de vista de su higiene personal. Se aplica comúnmente a linyeras, etc.
mosca (signo de la)	Irónicamente, signo de muerte. (Derivado de la imagen de una mosca posada sobre la córnea del yacente.)
ochavar	Andar característico del hemipléjico. (*Venir ochavando* deriva de la actitud de doblar una esquina.)
papa (la)	Cáncer.
pedir pista.	Agonizar.
peletero.	Dermatólogo.
pelo y barba.	Rasurado preoperatorio de pubis, acompañado de enema.
perejil.	Aborto provocado.

perro.	Se dice del practicante de menor antigüedad en un servicio de guardia.
picados (tener).	(los *fuelles* o los *discos*) Padecer tuberculosis.
pichila.	Se dice del médico de menor antigüedad en un servicio de guardia.
pigmento soluble.	Suciedad, mugre en la piel del paciente.
pinchar.	Inyectar. / Morirse.
pinta de ectópico.	Apariencia de ciertas mujeres pálidas y ojerosas. (Se refiere al embarazo ectópico.)
pitos y flautas.	Signo auscultatorio de las bronquitis.
queso y dulce.	Asociación habitual de dos antibióticos, por lo general gentamina y ampicilina.
rejilla (irse por la).	Morirse.
salpicado de tuco.	Paciente afectado de una enfermedad eruptiva, por lo común rubéola.
talacastosis.	Intoxicación alcohólica.
tormentoso.	Se dice del abdomen con notorios ruidos hidroaéreos.
tres "p".	Denominación de los pacientes habituales de médicos recién graduados. (Estar en la época de las *tres "p"* equivale a atender sólo parientes, pobres y prostitutas.)
triple (la)	Combinación de sedantes que suele aplicarse en los casos de histeria.
turno de metabolismo.	Hora de comer.
un parle.	Consulta breve, por lo común sin examinación.
un viste.	Examen médico somero.
un parle y un viste.	Consulta breve con examinación y mínimo diálogo.
Unca (síndrome de).	Enfermedad imaginaria. (Deriva de *no tener un carajo*)
valija.	Agente de propaganda de los laboratorios de especialidades medicinales ("visitador médico").
vidriero.	Oftalmólogo.

Como acotación puede agregarse que los antibióticos amenazan convertir en arcaísmos a otros sobrenombres de enfermedades, por ejemplo los asignados a la sífilis, que tuvo múltiples apodos: *chinche, payasa, millonaria, interminable,* etc. Ojalá se sigan borrando los de las demás dolencias y nadie sobrepase el síndrome de "unca".

Entretanto, los médicos también listan algunas deforma-

ciones o simplificaciones divertidas de los propios pacientes. Sin necesidad de total traducción estos son algunos casos: "la tiricia, la clorosis, el quister, el acceso (por absceso), la pus, la diabetis, el periódo, el pasmo, la síflis, la purgación, recalcarse, hacerse "vaus", estar con "esos días", venir los calores, quemar la llaga, hacer un raspaje, hacer uso, la mecha, tener agua en la rodilla, me vaciaron, el coliti, los analis, y algunos eufemismos referidos a órganos sexuales, por ejemplo "el amigo", "el boncha", "el nene", "los compañeros". O a sus sorpresas: "Doctor, a mi hijo se le va de noche", etc. Una de las más extrañas y frecuentes deformaciones de la palabra testículo es "textil", es decir, aludir a "los textiles". Pero también suelen presentarse quienes aluden a "la fiebre", por fiebre uterina, referida al celo de los animales, inexistente en los humanos. "Administración", por menstruación, "materias fiscales", etc., harían el comienzo de otra lista parecida y bastante ajena al propósito de estas páginas. Conste nada más que el descubrimiento y explotación de la veta está declarado por los señores médicos.

De los psiquiatras

La rama de la medicina que hace punta en la incorporación de términos nuevos es, quizá, la Psiquiatría. Algunos de ellos son francamente lunfardescos, lo que no me animo a explicar únicamente por la habitual razón del contacto con el medio. A lo mejor tiene bastante de parecido el clima de manicomio con el de cárcel o aun el de consultorio psiquiátrico con el de juzgado en lo Penal. La larga lista que vendrá a continuación no está libre de tecnicismos u otras impurezas, pero he preferido no arriesgarme a seleccionar. Ahí va:

acelerado.	Excitado, que expresa ideas incoordinadas.
aterrizar.	Reconectarse con la realidad.
atacado.	Hiperexcitado, que expresa ideas fijas.
bajón.	Depresión, por lo común transitoria.
boleta.	Suicidio.
border.	Se dice del paciente fronterizo entre neurosis y psicosis.
brígida.	Frígida.
cable suelto.	Idea anormal.
caño.	Paciente de difícil curación.
caño (dar con un).	Interpretar contenidos que provocan dolor en el paciente.
castriota.	Apocado, que padece angustia de castración.
cirquero.	Paciente de comportamiento muy teatral.
copado.	Absorbido (en grados que pueden ir del entusiasmo a la idea fija.)
cilindro-privo.	(O síndrome *cilindro-privo*) Se dice en el caso de la mujer que no mantiene relaciones sexuales.
croqueta.	cabeza, psiquis (*pudrir la croqueta*: promover cambios en la persona desfavorables para la misma.)

chalequito. chaleco de fuerza. ("Traigame un *chalequito* que está fresco" puede ser instrucción del médico a la enfermera para prever la necesidad de contener físicamente al paciente).
chamuyo. Sesión psicoterapéutica.
cherletazo. Electroshock.
depre. Depresión / Deprimido (estar *depre*, con *depre*: estar deprimido).
divague. Imaginación o discurso descontrolado. / Alucinación (estar en el *divague*: comportarse en esa línea)
dopado. Paciente sobremedicado, sedado en demasía.
encanar. Internar. Particularmente en el caso de los alcohólicos.
enjaular. Internar.
esquizo. Muy introvertido. / Esquizofrénico.
estrolado. Se dice del paciente muy deteriorado psíquica o físicamente.
falicona. Mujer con características o comportamientos masculinos.
falopero. Drogadicto.
faloproteínas. Relaciones sexuales.
franela. Conversación con el paciente que no aborda directamente su problema o que no arroja conclusiones concretas.
hache. Histérico (*hache mayúscula, bomba H*: paciente claramente demostrativo de su histeria.)
homo. Homosexual.
idische mame. Madre sobreprotectora o castradora.
locodromo. Cierto recorrido entre dependencias del hospicio.
locólogo. Psiquiatra.
mambo. Locura. / Confusión. / Ideas fijas.
manija (darse). Reiterarse una preocupación excesiva.
manijero. Paciente con enfermiza necesidad de liderazgo o de poder.
maquinazo. Electroshock.
masoca. Masoquista.
mega. Afectado de delirio de grandeza, de megalomanía.
miler o miller. Sillón del psicoterapeuta.
minetera. Lesbiana.
narciso. Narcisista.
navegante. Dado a la ensoñación, a alejarse de la realidad.

neura. Excitación o depresión de origen neurótico.
obseso. Que sufre de neurosis obsesiva. / Excesivamente preocupado por la prolijidad y los detalles mínimos.
oligo. De bajo coeficiente mental, tonto (de oligofrénico).
oligueta. Imaginaria tableta que produce torpeza (oligofrenia en tabletas).
omni. Omnipotente.
paletazo. Electroshock.
perverto. Paciente con cuadro de perversiones.
persecuta. Preocupación o temor sin relación con la realidad.
planchado. Medicado con psicofármacos enérgicos.
psicopatear. Inducir a otro a una acción, idea o sentimiento que derivará en su perjuicio.
psicopatón. Paciente con cuadro psicopático o afín.
ratas (meter las). (O *los ratones*, o *las lauchas)* Inducir, provocando un cambio de idea o la aparición de una nueva sobre un tema dado.
rayado. Loco. / Neurótico grave.
reviente. Vida desordenada, hábitos de promiscuidad y/o drogadicción, etc.
sadoncio. Sádico.
semillón (síndrome del) Alcoholismo.
service (hacer un). Sesión psicoanalítica, desde el punto de vista del médico.
solano. Solitario.
sonado. Loco.
taxi. Sesión psicoanalítica.
tierra (pedir). Estar al borde de la muerte o, particularmente, del suicidio.
trolo. Homosexual masculino.
vaselina (dar con). En el análisis, expresar atenuadamente la interpretación en los contenidos dolorosos para el paciente. / Con respecto a una medicación persuadir sobre su conveniencia.
verduguear. Comunicar interpretaciones con contenidos ingratos al paciente.
viaje (pegarse el). Delirar, refugiarse en fantasías.
watercloset. Persona que recibe frecuentes quejas de otra u otras. / Persona aquejada por una suma de dolores o contratiempos graves.
zafado. Desubicado con respecto a la realidad.
zombi. Desconectado, ausente.

Del periodismo escrito

Los periodistas de diarios y revistas han sido pilares fundamentales del lunfardo. Por si hiciese falta la referencia bastaría con señalar que uno de ellos, Benigno Lugones, es algo así como el primer testigo del nacimiento de lo que llamó "El dialecto de los ladrones". Luego de él hubo muchísimos: Piaggio, Saldías con su seudónimo de Rubén Fastrás, el sin par "Yacaré", Juan F. Palermo, Last Reason, De la Púa, Dante Linyera, Joaquín Linares, Alcides Gandolfi Herrero, Amaro Villanueva, Julián Centeya, el propio Roberto Arlt, Iván Diez, Diego Lucero, Daniel Giribaldi y Osvaldo Ardizzone son una lista, ya abrumadora pero aún incompleta, que lleva a pensar si el lunfardo no será también "una invención periodística". Lo cierto es que tan generosa donación al lenguaje popular como la que han hecho desde hace más de un siglo los periodistas, les ha dejado muy poco para su propio idioma secreto. Las que siguen son sólo unas pocas *chauchitas* rescatadas de tan permanente prodigalidad:

abortar. Dar a imprimir una información sobre un acontecimiento no completado al momento del cierre de la edición. Suele ser un alarde de algo: de ambigüedad, de imaginación o, simplemente, de coraje del periodista o del jefe de redacción.

barbecho. Variante del *aborto* que supone la existencia de una parte de la nota ya preconfeccionada, que puede ir siendo confirmada o rectificada telefónicamente. El *barbecho* propiamente dicho es el material ya enviado a taller.

canilla. Vendedor de diarios, *canillita*.

cocina. Apropiación de una noticia de otro medio y repetición de la misma con distinta redacción.

cocinar. Elaborar noticias sobre la base de *cocina*.

copete. Parte del contenido de una noticia o nota, que se da por lo común como resumen, al comienzo del texto y a continuación del título.

copetear. Dotar de *copete* a un texto.

chaucha. Noticia de poco texto, breve en extensión.

chivo. "Noticia" que el periodista, su jefe, o el propio medio introduce en el contexto informativo con beneficio directo o indirecto, en metálico, mercaderías o servicios.

escriba. Periodista, cronista o redactor.

fiambre. Noticia "vencida", que ha perdido actualidad o interés.

fiambrera. Biografía preparada con anticipación con objeto de necrológica. Concede, en su momento, corrección y rapidez al medio para ofrecer la "triste noticia". (Es recordada la reacción de Borges ante una *fiambrera* que se disparó por error: "La noticia no es falsa —dijo— sino apenas prematura y profética".)

frío. Palabra de cuatro letras que define el nuevo y complejo sistema tecnológico que ha reemplazado a la antigua impresión de linotipía y plomo hirviente.

kiosco. Rédito paralelo y vinculado a la tarea diaria del periodista. (Equivale a rebaño de *chivos* del mismo pelo).

largada. Puesta en funcionamiento de las impresoras rotativas.

mono. Boceto más o menos avanzado del conjunto de una publicación, para dar idea de su distribución y estilo gráfico.

mula. Ejemplares de un diario dados a la circulación con premura aún sin su información completa, con objeto de llegar a tiempo a lugares de segura venta. (Por ejemplo a hipódromos, donde interesa fundamentalmente la sección hípica y no tanto las noticias de la UN.)

número cero. Ejemplar pro forma de una publicación nueva que se utiliza para su promoción y para venta de espacios publicitarios.

pan. Composición tipográfica que abarca más de una columna de ancho.

parada. Punto de venta de los periódicos.

pastrofia. Nota o noticia de contenido o redacción despreciable. Híbrido de bodrio y *sanata*, pastel y bazofia.

pendolista. Periodista que, por encargo, se limita a reflejar la opinión del jefe o la dirección del medio.

recorrido. Camión o flota de camiones encargado de llevar las publicaciones a las *paradas*.

refritar. *Cocinar.*

remar. Escribir largos textos o durante horarios extensos.

sábana. Página impresa sin títulos ni fotografías, conteniendo exclusivamente texto. / En general, diario de gran formato, en oposición a los "tabloids".

sanata. Nota o noticia elaborada o extendida mediante ambigüedades. / Explicación o declaración poco concreta o inconfiable de un entrevistado.

sardina. Término que solía definir a ciertas publicaciones disimuladas de textos que favorecían a un funcionario o repartición. (*chivo* que pasta en terreno fiscal).

volanta. Línea de texto que suele ubicarse por encima del título de una nota sugiriendo, muy brevemente, un aspecto atrayente del contenido.

zapatilla. Diagramación que asigna a un texto la parte superior de una columna y que, en la parte inferior se extiende a dos o más, conformando la figura de un pie o zapato.

Una anécdota de periodistas y guerras

Durante los combates por las Malvinas algún cronista argentino recurrió al lunfardo para ciertas comunicaciones con los colegas que recibían sus informaciones en Buenos Aires. Un amigo periodista nos facilitó copia de esos mensajes que, para un porteño, no tienen demasiados secretos aunque —seguramente— pueden haber provocado más de una perplejidad en los especialistas británicos en descifrar claves.

Éste fue uno de esos diálogos:

—¿Me *junás* por la *gola*?

—Sí, supongo que sos el Descabellado...

—Afirmativo. En adelante te *chamuyo* en *lunfa*, porque el *61* tiene la *posta*.

—Comprendido.

—Quiero que *encanutes* las *tofos* en un *bagayo* con lo de Kasanzew, para que la *yuta* levante con un *punto* propio el *canuto* y lo mande con el *35*.

—¿Sabés a qué hora?

—Tomate unos mates y esperalo con el *borracho*.

—¿Las del *choborra*?

—Afirmativo.

—Hacemos eso.

—La vía es el *35*.

—Quedate *isa*, entendí.

Al rato, la verificación fue así:

—Necesito que me digás si el *topún* de la *yuta* levantó el *bagayo* con el *canuto*.

—El *canuto* está con la *yuta* y creo que ya salió.

—¿Sabés la hora?

—Te voy a confirmar, pero el *35* va para *saca*.

Y en ese mismo día hubo otro diálogo, con tema más doloroso:

—¿Te *bancás chamuyar* en *lunfa* para que los *61* no *manyen*?

—Afirmativo.

—Necesito que me *batas la justa*. ¿Cómo está allí el *18*?

—Por lo que me batieron hay cuatro *47* y veinte *18*.

—¿Eso nada más?

—Afirmativo.

Sería inocente pretender que estos diálogos acerca de envíos de material periodístico, salidas de aviones y, finalmente, de bajas entre nuestras tropas hayan sido indescifrables para el enemigo. Sin embargo, puede aceptarse que, aun disponiendo de un buen diccionario lunfardo, hay en la conversación transcripta bastantes obstáculos para un no iniciado: *vesres* sobre términos ya lunfardos, desplazamientos de significado y, sobre todo, claves numéricas ingenuas y fáciles para los quinieleros, pero que pueden ser desconcertantes para un técnico desprevenido.

En todo caso, no tengo duda de que ese recurso de emergencia usado por los periodistas, fue también una manera de aferrarnos a lo nuestro, de usar sin complejos un lenguaje que nos une.

Del Ejército

Colimba es una voz lunfarda aceptada ya en el lenguaje diario de todos los argentinos. *Hacer la colimba,* que vale por cumplir el servicio militar, o ser un *colimba,* por ser un conscripto, son aclaraciones que no necesitan ser formuladas a nadie que viva en la Argentina. Sin embargo, quizá no hayan reparado todos en que *colimba* viene de milico, otro viejo y rico argentinismo. Puesto en *vesre*, milico se cambió en *colimi* y luego se deformó graciosamente en *colimba*. No es el único término que podría cosecharse para el lenguaje popular en las fuerzas armadas. Los que siguen son sólo un ejemplo:

acovacharse. Esconderse para eludir la instrucción.
alcahuete. Perteneciente al arma de Comunicaciones.
bandido. Músico, personal de banda.
bípedo. En el Colegio Militar, cadete de primer año.
borcego. Borceguí.
broncero. Perteneciente al arma de Comunicaciones.
cadetorio. Cadete de un instituto militar.
calabocero. Castigado en calabozo.
calandraca. Lerdo, poco ágil.
capacha. Recinto donde se cumple una sanción de arresto.
cardenal. General (derivado del rojo de la gorra).
carrero. Perteneciente al arma de Artillería.
coco. Coronel.
comunicante. Perteneciente al arma de Comunicaciones.
cuentaporotos. Perteneciente a Intendencia.
cuervo. Perteneciente al arma de Ingenieros.
chaucha. Jineta, insignia de grado.
chufa. Sanción de arresto.
chupabronce. Músico, personal de banda.
drago. Dragoneante.
encanastado. Arrestado, el que cumple castigo.

enchufe. Arresto, calabozo.
entipado. Arrestado, que cumple castigo.
fosforito. Cadete del Colegio Militar.
gancho. Suboficial de origen tropa, enganchado.
grasa. Mecánico o conductor motorista.
grifo. Miembro del arma de Ingenieros.
guaso. Perteneciente al arma de Caballería.
huevo frito. Distintivo del oficial de Estado Mayor.
loro. Perteneciente al Arma de Infantería.
lote. Recluta.
machinga. Ametralladora.
manija. Ejercicio intenso, de movimientos vivos.
maringote. Perteneciente a la Marina de Guerra.
marrón. Perteneciente a Intendencia.
mate. Por extensión, desayuno o merienda.
morocha. Cocina de campaña. / Olla de hierro.
ofiche. Oficial.
oreja. Asistente o camarero.
perro. Subteniente o cabo primero.
pomo. Cadete del Arma de Artillería.
porotero. Perteneciente a Intendencia.
privado. Con salida cancelada, privado de franco o licencia.
raviol. Distintivo del Ingeniero militar.
raneada. Ejercicio intenso, de movimientos vivos.
sardo. Sargento.
sardo primo. Sargento primero.
suela. Zapatero.
sumbo. Suboficial.
suncho. Suboficial.
tagarna. Recluta.
tartamuda. Ametralladora de mano, metralleta.
teco. Teniente coronel.
tipa. Sanción de arresto, calabozo.
toco. Se dice de quien se excede en formalismos.
topo. Perteneciente al Arma de Ingenieros.
tropero. Oficial no diplomado en Estado Mayor.
tumba. Hueso con carne. / Puchero y hasta comida, en general.
tumbero. Quien renuncia a salida para poder comer en el cuartel.
verde. Miembro del Ejército, preferentemente infante.

De la Marina de Guerra

El lenguaje cotidiano de los hombres de la Marina de Guerra no prescinde del lunfardo, corriente ya en toda actividad nacional. Dispone, a su vez, de muchas palabras comunes a Ejército y Fuerza Aérea, cuyo origen no es fácil determinar pero que, tal vez injustamente figuran en el listado de la primera de esas armas (ofiche, sardo, sumbo y varias otras) y no se repiten aquí. Se ha dado lugar, únicamente a algunas voces propias, o de uso preferente en el Arma. Verán que algunas tienen legítimo sabor marinero.

atracar. Aproximarse, acercarse. Connota también acercamiento de hombre a mujer con intención galante.
bicho. Miembro de la Infantería de marina.
bicho verde. Idem. (en razón del color de su uniforme de combate).
biguacera. En las cocinas, sector de repostería. (Da a entender que es punto de reunión de los voraces o "biguás".)
cerrarse a la banda. Obstinarse, no atender argumentos ni razones.
comanche. Comandante.
cuenta (los). Miembros del cuerpo de Administración.
chafa. Subalterno de *orientación mar.*
enchufado. Castigado con arresto.
fondear. Reprobar, conceptuar mal. / Tratándose de una mujer, tener relaciones íntimas con ella.
gaviota. Miembro del personal subalterno embarcado (en razón de su uniforme de paseo, blanco)
grifo. Miembro del personal subalterno de orientación Máquinas (en razón de la cantidad y variedad de grifos de la maquinaria naval.)
horquillar. Ubicar, localizar, catalogar. Tener a alguien *junado.*
jardín. Retrete, baño.

leva, leva. Palabras que se utilizan para restar importancia a algo o para indicar que una tarea no requiere de gran esfuerzo.
lisa. Licencia.
matasanos. Suboficial enfermero.
perder corrida. Desaprovechar una oportunidad.
plato. Notificación de la no consideración de un ascenso (*el plato* es la comunicación ensobrada que da noticia de que no se han reunido los méritos correspondientes.)
tiras. Insignias que se llevan en el uniforme y que acreditan el grado de cabos, suboficiales y oficiales.
traperos. Miembro del personal subalterno de orientación Señales. (En razón del uso de banderas y banderolas para esa tarea).
viejo (el) Comandante.

De la Fuerza Aérea

El vocabulario propio de la Aeronáutica, al igual que el de la Marina, es, seguramente mucho más extenso que el breve muestrario que incluiré. También se evita en él repetir muchos términos de uso común a las tres armas (borcego, entipar, oficiĥe, sardo, sumbo, etc.) y se repiten únicamente aquellos que difieren, siquiera mínimamente, de significado. La más nueva de nuestras fuerzas armadas, aun así, demuestra ingenio y buena capacidad de creación de nuevas voces.

alcaucil.	Perteneciente a Comunicaciones.
¡andá a Instrumental!	Acusación de torpeza, lentitud o incapacidad.
aspirina.	Perteneciente a Sanidad. / Aspirante.
bajar la goma.	Sancionar, imponer un castigo.
bandido.	Avión enemigo.
briga.	Brigadier.
cabuchín.	Cabo.
calesita.	Helicóptero de doble pala.
cazador.	Piloto de un avión de caza.
colectivero.	Piloto de un avión de transporte.
comevidrio.	Perteneciente a comandos, "boina azul".
coreano.	Soldado conscripto.
covacha.	Lugar habitual de descanso o recreo, furtivo o tolerado.
cubrepiedra.	Birrete.
chancha.	Avión Hércules de transporte.
chascas (las)	Los cabellos, el pelo, particularmente si está crecido.
chusma.	Perteneciente a Comunicaciones.
chute.	Paracaídas.
chutista.	Paracaidista.
empomar.	Sancionar, imponer un castigo.
fierro.	Pieza de artillería antiaérea.

golpes y soplidos.	Música de banda. Al músico se lo llama miembro del *Escalafón de golpes y soplidos.*
goma.	Arresto, castigo.
grasa.	Perteneciente a Mantenimiento, mecánico.
grupo técnico.	Conjunto habitual de aceitera y vinagrera, salero y pimentero.
lengua de vaca.	Formulario de notificación de un castigo.
mateo (o matienzo).	Mate.
meter la goma.	Sancionar, imponer un castigo.
mover el guiso.	Hacer un ejercicio intenso, de movimientos vivos.
ocá.	Entendido. (O.K.)
palas.	Helicóptero.
pepa.	Bomba, proyectil.
perraje.	Personal con mando directo de tropas. / Cabos.
pinchado.	Averiado. Se dice del avión impedido de volar.
pirelli.	Se dice del frecuentemente sancionado (especialista en *gomas*).
pomo.	Arresto, castigo.
pulga.	Avión Pucará.
q. a. p.	¡Cuidado!, aviso de precaución.
quilombito.	*Grupo técnico.*
15 × 45.	*Lengua de vaca.* (alude a sus medidas en centímetros).
yorma.	Suboficial mayor.
zuecos y correaje (en).	Desnudo.

De los jóvenes

El lenguaje de los jóvenes es aquí menos rico de lo que pueda parecer, pero no deben desconocerse sus aportes al lunfardo actual y al idioma del argentino en general. *Bancarse, copar, embole,* son términos que se han abierto paso con vigor hasta ser de uso corriente, aunque dejemos fuera de discusión hasta donde hubo invención y desde donde adaptación o variación de significado.

A pesar de eso, el lenguaje juvenil no tiene gran variedad ni cantidad de vocablos. Me parece que debe ocurrir también lo que en otros países, y en particular los Estados Unidos: no hay tiempo para fijar muchos términos porque los que "descubren" los muchachos viven sólo unos pocos años, los mismos que tarda en renovarse la camada. Los nuevos, a su vez, rechazan las palabras "antiguas" y tratan de armar sus propias claves. Así es como, aquí decayeron en pocos años *gordo* y *gordi,* para convertirse en *quemo.* Y fueron reemplazadas por *loco, flaco-flaca, men,* etc.

También la escasa difusión de letras de canciones nacionales que interpreten el mundo de nuestros jóvenes, ha contribuido a la falta de fijación de palabras nuevas, función que el tango ha cumplido más y mejor que ninguna otra música. En cambio, se insistió en forzar a los muchachos a balbucear letras en inglés cuyo significado —y sus novedades idiomáticas— se les escaparían inevitablemente.

Mi búsqueda, en fin, no ha ido demasiado lejos y no por falta de verdadero interés. De varias fuentes me acercaron una mayoría de términos que, sin que ellas lo supieran, eran ya del español y del lunfardo a veces con un mínimo cambio de forma o significado, como en el caso de todo lo *re*: rebueno, remalo, requemado, etc. Otras de las palabras recogidas como de uso juvenil corriente, son rebotes de la zona de La Biela, o vienen muy cargadas de *embole* para el lado de la droga. No porque tengan que ver con ella la

mayoría de los muchachos sino que, como siempre, algunos de ellos gustan posar de *reventados* aunque vivan a yogurt. Está además, la influencia del cine, TV y revistas extranjeras.

acelerado. Excitado.
al mango. Al máximo, en el límite.
a mil. Excitado, acelerado.
bajón. Depresión. / Tristeza. / Racha adversa.
bancar. Aguantar, soportar, afrontar ("lo banco", "no me lo banco".)
borrarse. Acobardarse. / Defeccionar. / No aparecer por un lugar.
cazar. Comprender, interpretar ("¿lo cazaste?": ¿entendiste?). Es de uso corriente *no caza una*: no entiende nada.
censura. (ser) Ser intolerante, cerrado. (Un *censura* es, por ejemplo, quien reprueba los hábitos de los jóvenes.)
concheto. Joven que presume de estar "en onda". (Antecedente de la palabra *cheto*, mucho más usual.)
copar. Absorber. / Entusiasmar. / Obsesionar.
cortar. Terminar. (Es común en el uso del imperativo *¡cortala!,* equivalente a ¡basta! o ¡callate!. Como pedido menos enérgico o primer aviso puede usarse *hacerla corta.*)
curtir. Participar o "estar" en algo. (*Curtir* una *onda*, un *mambo*, etc.)
cheto. Apócope de *concheto*, impuesto para definir un tipo de joven apegado a claves de vestimenta, diversión y lenguaje codificado como "de última onda". Por San Telmo hay menos que en la zona de la Recoleta.
chongo. Tipo inferior. / Desubicado ("*se chongueó*": se vino abajo en el concepto del grupo, se "*graseó*".)
dar vuelta Gustar mucho, entusiasmar. ("Me *da vuelta* o me *da revuelta*": me enloquece). / Alterarse (está *dado vuelta* o *re-dado vuelta:* está sobrexcitado, bebido, etc.)
de última. Para terminar, como última alternativa. (También se utiliza *de cuarta, de décima,* etc.)
depre. Depresión. / Deprimido. (Se puede *andar depre,* o *estar depre,* pero no *estar con la depre,* ya arcaísmo.)
depto. Departamento.
delirado. Confundido, pasado del límite.
drama. Problema (*no hay drama:* no hay problema.)
embolado. Aburrido. / Contrariado. / Confundido.
embole. Aburrimiento. / Contrariedad. / Confusión.
enchufado. Excitado, "acelerado".

fuerte.	Atractivo físicamente (*está fuerte,* o *re-fuerte:* está bien conformado o muy bien conformado el cuerpo aludido.)
gay.	Término inglés que también aquí denomina a cierto tipo de homosexuales.
gomas.	Senos. (*pelar gomas:* ir muy descotada una mujer.)
grasa.	Mal momento, *pálida*.
groncho.	Torpe, inferior, "grasa" en el sentido lunfardo.
guachada.	Maldad, traición.
irse del mambo.	Sobrepasarse, quedar desconceptuado.
hacer historia.	Obsesionarse, *darse manija*.
joda.	Ambiente, pero en un sentido especial y secreto. La *joda* se llamó, por ejemplo, a la guerrilla, pero también pueden recibir ese nombre el mundo de las drogas, de la homosexualidad o del delito común. / Diversión, fiesta. / *¡joda!* o *¡es joda!* son exclamaciones que significan que algo es excepcional o indescriptible. También se expresa aproximadamente lo mismo con *¡no existe!*.
loba.	Mujer muy atractiva.
lomo.	Condición de belleza y vigor físico, *tener un lomo bárbaro* es lo mismo que estar *fuerte*.
man, men.	Término inglés que también se utiliza a modo de saludo con la fórmula *¡Hi, man!* o simplemente *¡Hola, man!*
mambo.	Confusión, lío / Tema, onda.
matar.	Triunfar, superar obstáculos o adversarios. *Matar mil, diez mil,* etc. equivale a decir que se impuso abrumadoramente.
morcillar.	Practicar juegos sexuales sin consumación. (Equivale al lunfardo *franelear*.)
pálida.	Idea, suceso, o referencia deprimente. *Tirar pálidas,* o *enchufar pálidas* es, por ejemplo, contar desgracias, pero también echar culpas, hacer malos augurios, etc. Puede ser una *pálida* todo lo negativo, desde la muerte de un ser querido hasta la obligación de estudiar una lección muy extensa.
péndex.	Chiquilín, niño.
pibe.	Individuo de sexo masculino, sin distinción de edad.
revolear.	Aplazar en un examen (me *revolearon:* me aplazaron)
tomar.	Comprender, interpretar (*¿la tomaste?:* ¿captaste? o *¿la cazaste?* o, también *¿la tenés?*)
speed (spid).	Acelerado. (*Re-speed:* muy acelerado)
zarpado.	Equivocado, confundido, pasado del límite. (*Se zarpó:* se enloqueció.

De los hippies

Los "hippies" fueron pocos en nuestro medio y, por lo general, bastante limpitos y tranquilos comparados con los de Europa o los Estados Unidos. Aquí estuvieron localizados casi exclusivamente en la zona de la Galería del Este, al final de Florida, pero llegaron a manejar bastantes palabras nuevas las cuales, por razones que no me toca analizar, fueron también base del lenguaje de la drogadicción. Pero no todas sus invenciones o traducciones necesitaron de ese mal paso para ser aceptadas por los jóvenes en general; algunas son hoy corrientes entre ellos y aún entre adultos, por ejemplo las de la familia de "copar". La Academia del Lunfardo, en su comunicación N° 695 por recopilación de Osvaldo Ellif, reconocía una lista de esos vocablos, pero sólo mencionaré los que no estén contenidos en otros vocabularios de este libro o que lo estén con otro significado.

ambiente (de).	Homosexual.
basurera.	Muchacha que concurría a la zona de la Galería del Este.
burgués.	Ajeno al grupo.
copado.	Perjudicado por algo. / De novio. / (Al parecer fueron las primeras dos acepciones.)
fisurado.	Quebrado, agotado (antecedente de "reventado").
flipado.	Hipnotizado, absorbido por algo. (por los "flippers").
La Cloaca.	La Galería del Este y sus inmediaciones, el "Village".
La Enfermería.	La Avenida Corrientes entre Callao y el Obelisco. (También la llamaban *El Hospital*).
lapado.	Quebrado, agotado, "fusilado", más que "fisurado".
legal.	Veraz, sin trampa.
piedra. (estar).	Quebrado, agotado.

No figura un término que me pasó personalmente un "hippie":

conseñora. Una de las esposas asumidas simultánea y aceptadamente. Es el equivalente del antiguo eufemismo "cuñada" de los cafishios. Pero el "hippie" que conocí los había superado en algo: las tatuaba, las tenía marcadas como hacienda...

Del fútbol

A pesar de mi amistad con algunos grandes futbolistas como Di Stefano, "Pipo" Rossi o el inolvidable "Charro" Moreno, debo reconocer que después de dejar el "Ciudad de México" de mi barrio, el fútbol nunca llegó a apasionarme tanto como a la mayoría de mis compatriotas. Tal vez por eso mis conocimientos sobre su lenguaje sean algo insuficientes. Sin embargo, sé que bien podría tener su propio diccionario y que, muchos de sus términos son lunfardos, así como viceversa, el lenguaje popular ha absorbido muchas expresiones futboleras. La tribuna recoge, pero también devuelve; su dialecto no sólo se forma con creaciones propias, sino también con voces y giros de invención periodística, con aportes del inglés, del francés, del italiano y, por qué no, hasta del propio idioma español. El "hincha" domina y maneja toda esa mezcla y la empalma con el lunfardo o con el reo barrial. Parodiando a Yacaré y esas hileras de sinónimos que tanto le gustaban, el hombre del *tablón* podría decir: "Yo al volante le bato armador, *insai, insider,* interior, *ochoa,* medio, creador o peón de brega, llevador, *pivó, manija,* media puntada o entreala, constructor, lanzador, eje o fogonero, etc. etc." Eso, sustantivamente, pues si se tratase de calificarlo las opciones serían infinitas: desde "hormiguita" a *cafishio* y con los matices que pueden caber entre *bombeado* y "vendido". La lista que sigue es una incompleta selección de palabras o giros usuales, de los muchos que integran la vasta jerga del *fúbol, fulbo, fóbal* o fútbol.

afanar. Jugar o estar registrado para un club o en un país o liga determinada. (Usual entre profesionales: *afano* en Ramallo, o *afana* en Ecuador, etc.)

aire (de) o *(por)* Se dice del juego que viene por alto. Lo contrario es de bajo, por bajo.

¡A la carga Barracas! Frase hecha que incita o define un modo de avance pujante, masivo y desorganizado de un equipo.

apilar. Eludir, gambetear rivales.

apretar. Exigir al adversario, sobre todo por presión física.

arar. Arrojarse al piso con vehemencia para interceptar a un jugador contrario.

arrugar. Intimidarse, "achicarse" un jugador o un equipo.

augol. Saque de pelota desde un lateral ("out ball").

avión. Se dice del jugador veloz y preciso. ("Ellos eran *aviones*").

bailar. Dominar el juego individual o colectivamente con demostración de habilidad. (*Los bailamos, lo bailó*). También contrariamente ser dominado de igual modo (*nos bailaron*).

baile. Acción y efecto de *bailar.*

bajar. Retroceder. / Derribar a un contrario.

balde (llevar un) Enceguecerse, correr un jugador sin propósito claro (como si llevase un balde cubriéndole la cabeza e impidiéndole ver.)

bala. Remate violento (también *balazo, balín, balinazo*).

banana. Efecto o curva extraña que puede tomar una pelota.

bandera (chapar la) Se dice del acto de comandar un jugador un ataque forzoso con más ímpetu que técnica, por lo común ante una circunstancia de juego desfavorable para su equipo.

bartolear. Jugar la pelota con imprecisión, sin destino fijo.

bicicleta. Jugada de amagues realizados a la carrera, generalmente por los laterales, consistente en pisar la pelota sin detenerse ni detenerla.

bombear. Arbitrar con parcialidad. / Perjudicar a un jugador del propio equipo no dándole juego o dándoselo ex profeso mal.

bombero. Arbitro desleal o sospechado de parcialidad.

bombo (ir al) Deslealtad para el propio equipo, por lo común originada en soborno.

boquilla (de) Verbal. Se dice de las infracciones o molestias que intencionalmente se producen de ese modo ("lo quiso *laburar de boquilla*".)

cachetear. Rematar a media altura con un golpe suave y seco dado con el pie a la pelota. / Intento de rechazo del arquero, con la palma de una mano.

calesita. Rodeo o retroceso innecesario, en círculo, de un jugador que lleva el balón (despectivamente: *calesitero*)

callejón. Franja imaginaria para el avance de un jugador.

caño. Jugada que consiste en eludir a un contrario haciendo pasar la pelota por entre sus piernas. Puede contener intención de ridiculizarlo.

cañonazo. Remate violento.

cazar mariposas. Se dice de la jugada errónea en que el arquero abandona su valla sin noción de tiempo y distancia con el balón.

centropique. Puesto imaginario que, festivamente, suele "asignarse" al jugador torpe.

cepillada. Jugada violenta contra un adversario. (Se lo *cepilla,* se le pasa la "garlopa".)

cerrojo. En general, cualquier sistema defensivo estricto o exagerado. (También llamado *catenaccio.*)

conversar. Sobornar. / Intentar un soborno. / Trabajar *de boquilla.*

cortar. Interceptar. / Efectuar un pase largo a un compañero en ataque, dirigiéndolo a un sector libre por delante de él.

cuchara (de) Golpe dado al balón desde abajo del mismo y con el empeine del pie, con el fin de que aquél se eleve.

cuero. Pelota, balón.

chanfle. Efecto que se imprime a la pelota mediante un modo particular de golpearla con el pie, por lo común en jugada detenida. / Remate efectuado de ese modo. (También llamado *folha seca*)

chilena. Jugada que consiste en saltar y golpear con el pie la pelota luego de un movimiento de tijera, en el aire, imprimiéndole una dirección opuesta o muy distinta a la que traía. (Si la figura es incompleta se la llama *media chilena.*)

driblear. Eludir, gambetear, esquivar con "dribbling". (También ocasionalmente, *driblar.*)

embocadilla. Remate que se hace por alto con intención de que la pelota caiga dentro de la valla por detrás del arquero.

emboquillada. *Embocadilla.*

enfriar. Retener el balón o demorar el juego, con cualquier recurso, con intención de mantener un resultado o de contener transitoriamente la intención de ataque de los contrarios.

escoba. Ultimo defensor de campo sin obligación de custodia fija, encargado de "barrer". (También *batidor libre* o *líbero*)

estampilla. Custodio muy estricto que suele asignarse a un jugador importante.

estancia. Se dice del campo de juego con dimensiones reglamentarias máximas o cercano a ellas.

fóbal. Fútbol. / Pelota con que se juega al fútbol. ("Lleva el *fóbal* bien cortito". / Modo o ritmo del juego ("Hay que hacer *fóbal* de alto, o hay que aquietar el *fóbal*", etc.)

fósforos (caja de) Modo festivo de nombrar el soborno. ("Le pasaron la *caja de fósforos*".)

fóvar. Delantero, "forward" (*centrofóvar:* centrodelantero)

fúbol. Fútbol.

fulbo. Fútbol.

gastarla. Refiriéndose a la pelota, usar de ella con habilidad reiteradamente. (La idea deriva también a *hacerla de trapo, hacerla de goma,* incluso a *romperla.*)

globa. Pelota, balón.

globo. Pelota, balón. / Envío de pelota muy alto y con descenso casi vertical.

gol...pe de aire. Expresión que indica la frustración de un tiro a gol.

guadaña. Modo de golpear la pelota con la cara interna del pie. / Jugada violenta, *guadañazo.*

guadaña (pasar la). Jugar con brusquedad, *guadañar,* tirar *guadañazos.*

güin. Puntero, extremo de ataque, "wing".

hamaque. Amague o esquive con movimientos de cintura o torso.

jas. Jugador de línea media, "half". (*Centrojás*: "centrehalf")

lanza (cazar la) Lo mismo que *chapar la bandera,* hacer "la heroica".

leña. Juego violento y malintencionado.

leñada. Jugada o sucesión de jugadas violentas y malintencionadas.

libreta. Cuadernillo de anotaciones del árbitro. / Presunta agenda en la que constarían las señas de árbitros y jugadores sobornables, especie de imaginario registro supersecreto.

limpiar. Eludir, esquivar, gambetear uno o más contrarios.

línea. Juez de línea, "linesman".

loco. Práctica de dos o más jugadores contra uno, procurando no dejarle tocar el balón. (Si la situación se da en un partido se dice que "le hicieron el *loco*" o que "se *comió un loco*".)

lustrada. Jugada violenta y malintencionada.

lustrar. Incurrir en *lustrada.*

llenar. Superar al contrario por alta diferencia de tantos. (Se dice también *llenar la canasta, la huevera,* etc.).

madera. Jugador torpe. / Mencionar *la de madera* es aludir a la pierna menos hábil de un jugador (la más hábil es "la buena".)

manco. Arquero ineficaz. (La exageración de la idea es la frecuente acusación: "Es la Venus de Milo".)

manija. Control del juego por parte de un equipo, línea o jugador. Se dice que "tomó la *manija*" o tiene la *manija*". / Jugador habilidoso con capacidad de conducción ("Es un *manija,* o el *manija*".)

marear. Eludir, gambetear reiteradamente. / Bailar.

marianela. Jugada que consiste en invertir, a la carrera, la dirección de la pelota que se lleva por bajo. Para realizarla, el jugador gira sobre un talón y, con ese mismo pie, golpea la pelota utilizando el lado externo de la puntera.

mentiroso. Se dice del jugador que aparenta o finge, en cualquier orden del juego, que pretende "engañar" al público.

meter. Jugar reciamente, arriesgando las piernas.

milonga. Baile.

milonguear. Bailar.

míster. Tratamiento, a veces festivo, dado a algunos técnicos.

moña. Gambeta, amague. (Voz muy usada en Uruguay).

morder. Extremar un equipo o jugador su custodia. / Golpear la pelota con el pie, defectuosamente, imprimiéndole una trayectoria anormal en dirección o velocidad.

morfar. Retener la pelota un jugador excesivamente, con egoísmo.

morfón. El jugador que *morfa.*

murga. Equipo de mal juego o pobres antecedentes.

ole. Voz con que se acompañan y festejan jugadas hábiles de un jugador, o la retención sincronizada de la pelota por parte de un equipo.

olla. Sector central del área penal, zona de remate.

ollazo. Jugada que consiste en enviar la pelota a la *olla,* sin destino preciso a un compañero y generalmente por alto.

orsai. Posición reglamentariamente nula para el ataque ("offside").

palo. Poste o travesaño de las vallas. / *la de palo:* pierna inhábil, *la de madera.*

palomita. Jugada en que un hombre se lanza en "vuelo" hacia la pelota. Puede ser un jugador de campo para golpearla con la cabeza o el arquero para detener o rechazar el balón.

pantalonazo. Remate a gol impreciso y afortunado, por lo común desde cerca y en situación confusa. (También, con igual sentido despectivo puede llamarse *gambazo, canillazo,* etc.)

paquete. Jugador torpe. / Prima o sueldo muy alto.

pared. Combinación de pases entre atacantes, por lo común en corto espacio y con devoluciones instantáneas.

peinada. Golpe sutil dado a la pelota con la cabeza procurando un leve cambio de dirección sin merma de velocidad.

pelotear. Practicar antes del partido. / Dominar muy ampliamente un equipo a otro, *bailarlo.*

pepa. Gol, *pepino.*

pepino. Gol, *pepa.* (Una goleada es *pepinada*).

picar. Botar la pelota. / Correr al ataque con la pelota o sin ella. Hacer *piques.*

pintar la cara. Dominar ampliamente un equipo a otro o un jugador a su custodia, *bailarlo.*/ Derrotar por varios goles, golear.

pisar. Aquietar o desplazar el balón bajo la suela del zapato, haciendo una pausa para desorientar al adversario o para planear la jugada. / Bailar, golear.

pito. Árbitro.

pizarrón (de) Se dice de la jugada planificada antes del partido. También se la llama *de laboratorio.*

plancha. Infracción que se comete intimidando o golpeando al adversario con la suela del zapato dirigida hacia su pierna. (*Ir en plancha, meter la plancha.*)

poner. Jugar reciamente, arriesgando las piernas, *meter.*

preso. Jugador torpe.

puntín. Golpe dado al balón con la punta del pie (*puntinazo*)

quiniela. Jugada afortunada que se traduce imprevistamente en gol.

quinielero. Se dice del gol obtenido por *quiniela,* o de su autor.

quintero. Jugador que limita su acción a un terreno reducido, no concurriendo en ayuda de sus compañeros. (Cuida su *quinta* o su *chacrita.*)

rejuntado. Equipo constituido con jugadores mediocres o desconocidos entre sí.

reventar. Golpear muy violenta y peligrosamente a un contrario. / Jugar la pelota sin otra intención que la de alejar violentamente el peligro. ("La *reventó* a la tribuna".)

rompeprode. Se dice del equipo que suele producir resultados ilógicos, cualesquiera sean ellos, en contra de la mayoría de los apostadores al concurso de pronósticos o "Prode".

romper. Leñar, lustrar / *romper juego:* Salir a interceptar en primer término a uno o más jugadores adversarios.

romperla. *Gastarla.*

rosca. Incidente, agresión directa entre dos o más jugadores.

sablazo. Remate potente.

sable. *Sablazo.*

semillero. Se dice del conjunto de equipos juveniles de un club.

sobre. Soborno ("pasar el *sobre,* recibir el *sobre*".)

sobrepique. Golpe dado con el pie a la pelota, inmediatamente después de su bote en el piso, "sobre el pique".

sombrero. Jugada que consiste en pasar la pelota por encima de la cabeza de un adversario, para recogerla detrás de él.

soplapitos. Arbitro.

subir. Adelantarse durante el juego, ir al ataque.

tablón. Tribuna. / Público. (A pedido del *tablón,* los muchachos del *tablón,* etc.)

taponazo. Remate potente. (También *tapón.*)

taquito. Jugada que consiste en golpear a la pelota con el taco del zapato. *De taquito,* es conocido sinónimo de "con facilidad" o "con displicencia".

tijera. Jugada en que ambas piernas se cruzan en movimiento similar al de una tijera.

toco y me voy. Expresión que significa que un jugador cede el balón a un compañero y pasa de inmediato a ocupar

otra posición. (Es equivalente a "cumplo mi misión y lo demás no es cosa mía".)

toque. Pase preciso a corta o media distancia. / Juego sincronizado en el cual la pelota circula con rapidez y precisión entre los jugadores de un equipo. / Dominio amplio que se ejerce por intermedio de esas combinaciones. ("Les dieron un *toque* bárbaro, se comieron un *toque* de novela," etc.)

tronco. Jugador torpe.

tronquear. Jugar mal, por lo común transitoriamente.

tubo. *Caño, túnel.*

túnel. *Caño, tubo.*

venir herido. Llegar un jugador sin dominio del balón por hostigamiento anterior de un rival.

ventilador. Delantero, por lo común un extremo, que auxilia permanentemente a sus defensores.

vino. *Baile, milonga.*

zaino. *Baile, milonga.*

zambullir (se) Arrojarse al piso en procura de la pelota el arquero o cualquier otro jugador. / Simular, con una caída aparatosa, haber sido derribado, por lo común en la zona penal.

zapallazo. Remate violento a gol, desde larga distancia./ Gol obtenido de esa manera.

zapatazo. *Zapallazo.*

De las carreras de caballos

El que suelen llamar "deporte de los reyes" tiene, en nuestro medio, casi un dialecto propio. Ha sido recogido en prolijos diccionarios y acumula, no sólo palabras lunfardas sino, también, infinidad de voces camperas que tienen que ver con el caballo, el jinete y sus relaciones. También hay un rezago de voces francesas (*guigne, relache, reprise,* etc.) o inglesas (*sire, stud,* etc.) que el aficionado a las carreras usa como propias. Sería imposible dar en este libro una idea de la riqueza de giros y expresiones del lenguaje burrero. Baste señalar que el *Diccionario Hípico* de José Barcia registra cerca de cien frases que definen el modo de ganar una carrera, desde el punto de vista del aficionado. Me limito entonces a una muestra de algunos términos muy específicos y a los más emparentados con el lunfardo:

agarrar. Acertar el ganador de una carrera (*agarrar a placé*: acertar otro puesto del marcador que haya pagado dividendo.)

apronte. Ejercicio de carrera del caballo. Por extensión, preparativo, anuncio o amenaza de incierto cumplimiento (*puro apronte.*)

arbolito. En el hipódromo, tomador de apuestas clandestinas.

arreglo. Componenda para manejar el resultado de una carrera.

atraco. Resultado habitual del *arreglo*. Por el mismo mecanismo se lo llama también *achaco, afano, calote, hurto, robo,* etc.

bagayo. Dividendo elevado (pagar *un bagayo*).

bagre. Caballo con pocas posibilidades aparentes.

bailarín. Caballo fogoso, inquieto.

bañarse. Perder imprevistamente una apuesta estimada segura.

barato. Regalo que suele hacer el propietario de un caballo ganador al jockey, cuidador o peón del mismo, por encima de la comisión del premio.

batacazo. Triunfo inesperado de un caballo (*pegar* o *dar el batacazo*).

biromista. Persona que acepta juego clandestino por cuenta de un "banquero". Redoblonero.

bobito. Aprendiz de jockey novato, carente de experiencia.

bolo. Caballo al que se considera seguro ganador, *fija*. El superlativo es *bolo imperdible* o *bolo nacional.*

bombear. Resolver el fracaso deliberado de un caballo, *mandarlo al bombo*, producir una *bombeada.*

bombero. Jockey que *bombea* caballos.

breva. Caballo al que se considera seguro ganador, *fija*.

burrero. Aficionado y apostador habitual de un hipódromo, el que *burrea* o es afecto al *burrismo*, a *los burros*.

burro. Caballo de poca calidad.

burros (los). Las carreras de caballos, el propio Hipódromo.

cachar la canasta. Tomar un caballo la delantera en una prueba hípica.

cachar la corneta. Difundir un *dato*, propagarlo a los cuatro vientos.

canyengue. Trajín intenso que se hace cumplir a un caballo.

clavada. Certeza de triunfo de un caballo, *fija*, *bolo*.

contra. El adversario más serio del favorito en una carrera.

cuco. Caballo que se teme gane contra la lógica de una carrera.

chocolatinero. Jockey de poca pericia (también, *chocolatero*).

chucho. Caballo de poca calidad.

chuchos (los). Las carreras de caballos, el propio Hipódromo, *los burros*.

dato. Informe más o menos secreto sobre el posible triunfo de un caballo, sobre antecedentes no conocidos públicamente.

decreto. Supuesta decisión previa a un resultado por parte de alguna autoridad hípica o de alguna "maffia" del ambiente.

desnudarse. Moverse un jockey en exceso con el afán de exigir al caballo. / Jugarse todo a una *fija*, jugarse "hasta la ropa".

dormirlos Dominar ampliamente a los adversarios, "noquearlos".

droga. Caballo mediocre. (Voz muy corriente en el Uruguay).

efe. Fe ganadora (correr con *efe*).

enchufe. Estimulación del caballo por medio de drogas, "doping".

entongado. Jockey que toma parte en un "tongo" (el caballo va *entongado*).

entongar. Organizar o entrar en un "tongo" hípico.

fija. Certeza de triunfo de un caballo.

florear. Ejercitar a un caballo sin exigirlo mayormente.

galán. Se dice del caballo de líneas y andar armoniosos.

garrote. Trampa para asegurar el resultado de una cuadrera.

gorras (juntar). Llegar último un competidor (para *juntar las gorras*)

hijo de... *de Cagador y La Fuga:* se dice del individuo de comportamiento incorrecto, del truhán. También se lo nombra como "hijo de *Garcaíno* y La Fuga.". / En cambio hijo de *No te muevas y Mano Quieta* es el avaro menor, el que elude invitar a amigos o a pagar gastos de café o restaurante.

ir... *a cuidar chanchos.* Destino propuesto, por lo común de viva voz, al cuidador incompetente. / *a la plata:* correr a ganar, ir *a los bifes, adelante, a los papeles, a más, al frente, derecho, a los billetes*, por el contrario de *a menos*. / *adobado*: dopado, *cargado de dinamita, con la papa, con la precisa, con todo, con una farmacia.*

jafi. Inversión silábica de *fija*, muy usual.

jugar... *de boca.* Apostar al fiado, *de boca, de pico, de pulmón.* / *por el hilo.* Por teléfono, *por el morocho, por el tubo.* / *las lloronas.* Espolear repetidamente al caballo.

lanceroni. Caballo sin grandes posibilidades de ganar, "lance" por la perspectiva de un buen dividendo.

lapicero. Persona que acepta juego clandestino por cuenta de un banquero (también *lápiz*). Ha sido casi reemplazada por *biromista*.

leiva. Se dice del que acostumbra afirmar luego de la carrera, que tenía intención de jugar al ganador (le-iba a jugar).

levantar. Elipsis de levantar juego clandestino. / Sofrenar al caballo en el curso de una carrera.

liberal. El caballo que no necesita estímulo para correr.

limpiar. Vencer un caballo a otro u otros con facilidad.

macaco. Caballo con muchas mañas.

macedonia. Mezcla de drogas para alterar un examen químico de saliva.

mandoble. Dividendo elevado que paga un caballo.

manicomio. Reunión diaria en uno de los salones del Jockey Club para comentar carreras pasadas y futuras.

matufia. Trampa para acomodar resultados, "tongo".

menesunda. Estimulantes, "doping" (también *meresunda*)

metedor. El aficionado que habitualmente hace apuestas importantes.

metedura. Pérdida grave de dinero por el fracaso de un caballo.

no corre. No se presenta un caballo a disputar la carrera. (Adoptado en lenguaje popular para cualquier supresión, imposibilidad, cambio de plan, etc.).

numeracho. Caballo al que se considera seguro ganador, *fija*, también *número puesto*.

número japonés. Caballo que paga un dividendo elevado.

onda (la) Información confidencial que, en el ambiente de las carreras, se atribuye a mil variados y misteriosos orígenes.

palmera. Pérdida considerable de dinero en las carreras (estar en la *palmera*).

Pampa y la vía. Pobreza, situación económica difícil (estar en *Pampa y la vía*, zona que fue de linyeras, era para los carreristas descriptiva de miseria y desamparo. Fue asumida por el lenguaje popular hace ya tiempo, aunque la zona haya cambiado.)

papa. Caballo "que no puede perder", también *paponia, papita p'al loro*, etc. / *llevar la papa.* Correr dopado un caballo.

parate. Pérdida de velocidad de un caballo, por cansancio.

pasador. Persona que recibe y *pasa* juego clandestino, corredor, redoblonero.

paterío. Los aficionados que han perdido a las carreras, en conjunto.

pato. El aficionado que ha perdido todo su dinero a las carreras.

perrera. Tribuna popular del Hipódromo de Palermo.

pistola. Especie de maffia de las carreras de caballos.

pistolero. El que pertenece a esa maffia o *pistola*.

quemar. Aplicar puntas de fuego o termocauterio a un caballo.

redoblona. Jugada que consiste en apostar a un caballo y destinar lo que pueda ganarse con éste a jugar a otro u otros en la forma prevista por el apostador.

redoblonero. Pasador de juego clandestino que acepta *redoblonas*.

refijota. Caballo que se da como segurísimo ganador, más que *fija*.

refregarse. Actuar un caballo en competencia con otros muy difíciles. Una carrera así es, para él, un *refregón*.

renuncio. Mala actuación de un caballo, al parecer sin atenuantes.

rumbeada. Certeza incompleta del triunfo de un caballo antes de la carrera. / *tener una rumbeada.* Estar en algún secreto acerca de posibilidades de un caballo.

salpicar. Castigar suavemente al caballo durante la carrera.

sedas. Colores de la chaquetilla de una caballeriza. / Caballeriza.

sifonazo. Estimulación por drogas, *doping, pichicata, falopa, farmacia*, etc.

stulero. Relativo a las caballerizas (studs).

taco. Figuradamente, espuela. / *a taco y lonja.* Exigencia simultánea al caballo por medio de látigo y espuelas.

tachero. Cronometrista que registra los tiempos de los ensayos de los caballos. Su herramienta es el *tachómetro* (reloj).

usurero. Jugador que apuesta a los grandes favoritos por mezquindad.

valenciano. Persona que acepta juego clandestino.

valeriano. Comprobante de la apuesta, vale.

varear. Ensayar sin exigencias a un caballo. El *vareo* es efectuado por lo común, por un peón llamado *vareador*.

vientre. Elipsis por vientre de yegua madre que, en materia de caballos de pura sangre, significa directamente madre.

zapallazo. Triunfo inesperado de un caballo, *batacazo*. También se suele decir *zapallada*.

zocotroco. Dividendo muy elevado.

zorrear. Abandonar su línea un caballo y correr en zigzag como el zorro.

De los músicos de tango

En nuestro propio ambiente, el de los músicos y el tango, hay también unas pocas palabras que todos conocemos y manejamos casi en exclusiva. Para que no haya tampoco en esto secreto, procuré hacer una lista, eso sí, ahorrándoles la explicación de lo que todos saben: por ejemplo qué es un tanguito y qué un tangazo. O que *viola*, entre los argentinos no es de gamba ni d'amore, es para dedos y no para arco, es la vieja vihuela española y la misma vigüela del segundo verso del Martín Fierro. Ahí va el *deschave:*

adornar. Unir un espacio de tiempo o compás para embellecer la melodía. Se dice también *hacer un adorno,* aunque a veces ni adorne ni embellezca.
atrás (tirar para). Hacer más lento, "ralentar".
bandolero. Bandoneonista.
cúa. Marido de la cancionista (por vía festiva, siglas de *Cafishios Unidos Argentinos*).
cuadrado (tocar). Marcar un compás tocando las notas en igual valor de negra. (Común en estilo de la Guardia Vieja.)
chancho. Contrabajo.
chicharra. Efecto que obtiene el violinista tocando detrás del puente con la base del arco.
dientudo. Piano.
encordada. Guitarra.
escoba. Guitarra.
escobero. Guitarrista.
fino. Agudo.
fragua. Síncopa.
fueye. Fuelle, bandoneón.
fueyero. Bandoneonista.
grillo. violinista.
gordo. Grave.
guitarrita. Efecto que obtiene el violinista con sus dedos directamente sobre las cuerdas del instrumento.

jalisco. Contrabajo (por su tendencia a rajarse con golpes o movimientos bruscos.)
jamón. Violín.
japonés (acorde). Nota falsa, por error del músico o de transcripción de la partitura.
jaula. Bandoneón.
jaulero. Bandoneonista.
lira. Guitarra.
odorono. Violinista. (En razón de la forma de empuñar el instrumento que obliga a la exposición de una axila.)
parrilla. Ejecución de un conjunto sin previa orquestación.
perro. Mal cantor. (también al *vesre: rope*).
pianero. Pianista, cuando teclea a mano levantada.
plomos. Gente ajena al ambiente, incluso simpatizantes, cuando su actitud es insistente o inoportuna.
prima (de). Guitarrero solista, que hace solos.
puntero. Guitarrero que encabeza, que hace *punta*, en un conjunto.
rasca. Guitarrero o músico en general (festivo o despectivo).
rascada. Actuación de un guitarrista o músico en general, o conjunto mostrando improvisación y falta de calidad musical.
rascatripas. Guitarrista (despectivo o festivo).
ronco. Contrabajo.
ropero. Idem.
rulo (hacer un) Tocar un "gruppeto".
sanata o shanata. Disfraz obligado que suele hacer un ejecutante sobre un acorde falso haciéndolo incomprensible. ("borrón" musical).
strafuyo. Pot-pourri o parrilla como cierre de una actuación.
tachero. Percusionista, baterista.
tangata. Recital de tango.
tangolería. Lugar donde se escuchan conjuntos o intérpretes de tango.
tanguería. Idem, idem.
tarasca. Violín.
toranca. Cantor.
torcan. Ídem.
vaca. Contrabajo.
zapada. Actuación sin horario determinado, por lo común desiado extensa.
zapar. Actuar sin horario determinado, hacer una *zapada.*
zorzal. Cantor.

LOS BAILARINES DE TANGO

El tango como danza tiene palabras propias que describen figuras imposibles de ilustrar aquí. Muchas de ellas, sobre todo en las parejas profesionales, son bautizadas de modo particular y que no suele trascender demasiado. La mayoría de las titulaciones se identifican con pasajes del tango en que se originaron o se usan los pasos a que aluden (p.e. la *Rodríguez Peña,* la de *Inspiración,* etc.) Otras veces la identificación responde a simples números (p.e. "la seis", "la veintidós", etc.) De todos modos, enumeraré algunas figuras bastante generalizadas y que admiten sus propias variantes:

acomodos
arrastres
corridas
cortes
cuatros
enganches
giros
ida y vuelta
medias lunas
ochos
piques
punteos
quebradas
refaladas
salidas simples
salidas completas
sentadas
trabadas,
etc.

De los drogadictos

Entre las jergas que concurren al actual lunfardo está la del submundo de la droga que, solamente por razones de ignorancia suele asumir como propia —en términos aislados— un sector de la juventud. Algunas letras de músicas importadas suelen contribuir también a esa inocente aceptación de los jóvenes. Hay que reconocer que las letras de tango también mencionaron ocasionalmente al vicio de la droga, si bien alguna vez con cita de épocas más felices: "...no se conocía *cocó* ni morfina", dice *Tiempos viejos,* el mismo de "los muchachos de antes no usaban gomina". Esta que sigue es una recopilación de algunas de las palabras de uso entre los adictos:

acelerado. Estimulado, excitado por la droga.
acelerata. Aceleración ocasionada por la droga.
ácido. Acido lisérgico o LSD/ Se usa también para ensalzar algo o alguien (es un tipo bárbaro, un *ácido*).
aguja. Cigarrillo de marihuana armado fino, o adelgazado en sus extremos por torsión.
alucineta. Alucinación.
anfeta. Anfetamina.
aparelio. Jeringa y demás elementos para inyectarse.
armamento. Material que lleva consigo el drogadicto para su finalidad.
arpón. Aguja de inyección.
bajón. Estado de depresión que sigue al cese del efecto de la droga.
bajón luminoso. Fenómeno de "flash back" durante un bajón.
bajón psíquico. El producido por razones distintas a la droga.

baranda.	Olor a humo de marihuana.
bife.	Un mal "flash".
blanca.	Cocaína.
blumines.	Policías.
bola.	Comprimido de droga.
bufanda.	Excitación sexual.
buzón.	Intermediario entre el traficante y el adicto.
cachuña.	Mezcla de alcohol fino y otros ingredientes que se bebe, por lo común, cuando se carece de droga.
canelón.	Cocaína.
canuto (hacer).	Esconder, mezquinar.
caño.	Vena.
cargado.	Muy drogado.
carnicería.	Traumatismo que se produce al inyectarse.
cerdo.	Policía.
circo.	Grupo habitual de drogadictos. / Lugar donde se reúnen los drogadictos.
cirquero.	Miembro del *circo*. / Drogadicto ostentoso de su condición.
coctel.	Mezcla de drogas para uso simultáneo.
coló.	(o ¡*ya coló*!) Se dice cuando con la jeringa se encuentra la vena y aparece sangre.
coparse.	Drogarse, en ciertos casos. (Llegar *copado*: llegar drogado).
covani.	Policía.
cucaracha.	Colilla mediana de cigarrillo.
charuto.	Cigarrillo de marihuana de armado grande o grueso.
chicotazo.	Inyección de heroína.
chocolate.	Haschís.
depre.	Depresión por suspensión de la droga.
destile.	Disolución en agua de un comprimido o polvo, por lo común destinada a inyectarse.
dil.	Conexión, manejo para obtener droga.
divagueta.	El que está "en el divague" por efecto o no de droga.
down (dáun).	Bajón / (estar *down:* estar deprimido.)
equipo.	Elementos para drogarse.
falopa.	Droga.
faloparse.	Drogarse.
falopero.	Drogadicto.
fardo.	Marihuana.
farma.	Farmacia.
feel (fil).	Sentimiento. / Sensación.
filtrar.	Producir el filtrado o *destile*.
firestone.	Adicto con tendencia a la agresividad. / Tipo pesado.

flash.	Efecto rápido y de corta duración de una droga, producido por la misma al ingresar al torrente circulatorio.
flower (flouer).	Paz, estado de sedación bajo efectos de la marihuana.
fumado (estar).	Haber fumado marihuana y estar bajo sus efectos.
fumata.	Reunión de fumadores de marihuana, para fumarla.
fume.	Acción de fumar. / Posibilidad de fumar. (hay *fume*).
fumeta.	Quien fuma marihuana.
fumo.	Humo, en particular el de la marihuana, *baranda*.
garrafa.	Ampolla inyectable. / Recipiente con droga.
gasta.	Buen compañero.
golpe.	Aspiración de cocaína, *saque*.
golpearse.	Drogarse, pero particularmente con cocaína.
grasa.	Marihuana. (por deformación de *grass*)
grass.	Marihuana.
heroica.	Heroína.
herramienta.	Jeringa. / Equipo para inyectarse, *aparelio*.
high (jai).	Estado de intoxicación en el punto máximo buscado. / Estar *high: estar fumado*, tipo *high:* el que se destaca, el tipo superior.
industrial.	Cigarrillo común, vaciado de tabaco, para ponerle marihuana.
inga.	Jeringa de inyecciones.
jering.	Idem, ídem.
jeringómano.	Adicto a las drogas inyectables.
john (yon)	Cigarrillo de marihuana.
ladrillo.	Marihuana.
lanas.	Cabellos largos.
lancha.	Automóvil policial.
legal.	Bueno, valioso, seguro.
licuadora.	Automóvil policial. (por su fanal giratorio).
ligado.	Muy conectado, *copado*.
liviana, la.	Sector de adictos que consume drogas de las llamadas "menores": marihuana, anfetaminas, psicofármacos, etc., a diferencia de los de *la pesada*.
maconia.	Marihuana.
malambo.	Efecto de la droga, *mambo*.
malaria.	Carencia de droga.
mambo.	Efecto de la droga (*estar mambeado*: estar drogado).
mambol.	Droga, lo que produce *mambo*.
mambostón.	Efecto muy intenso de la droga, *super mambo*.
mangrullo.	Elementos para inyectarse.
manija.	Incitación. / Búsqueda de mayor efecto de la droga. / *manija cósmica:* grado máximo; *manija astral,* (ídem.)

manolo. Droga. (por igual mecanismo que John: aquí está *Manolo*: aquí está la droga.)
marimba. Consumo continuado de droga, acumulación de *mambos*.
mary jane: Marihuana.
masoquearse. Producirse traumatismos al inyectarse.
mejicanear. Robar droga a un adicto o revendedor.
mete. Methedrina.
morfeta. Morfina.
nariguetazo. Absorción de cocaína por vía nasal.
naufragar. Quedar sin medios para subsistir.
niebla pálida. Acido lisérgico.
nieve. Cocaína pura, *la blanca*.
nueve. Quien entiende bien, *piola,* lo contrario de *seis*.
oligo. Adicto de alta posición social. / Adicto de bajo nivel intelectual.
onda (estar en). Pertenecer al ambiente de la droga. / En *onda buena*: con ideas o influencias agradables, por el contrario de la *onda mala;* en *onda bufa:* dirigido a un interés sexual.
pala. Jeringa de inyecciones.
pálida. Efecto negativo inmediato al consumo: desorden psíquico, temores e incluso disnea, palpitaciones o mareos. (Un *viaje pálido*). / Abstinencia de droga. / Policía (*La pálida*).
palma. Depresión al cesar el efecto de la droga, bajón.
palmada. Idem, ídem.
papel. Cocaína en su modo habitual de expendio, *raviol, canelón.*
parango. Cigarrillo muy largo de marihuana.
paranoico. Inquieto. / Obsesivo. / Quisquilloso.
paranoquiado. Idem, ídem.
pasta. Marihuana.
pastenaca. El que se droga con pastillas o comprimidos.
pastillero. Idem, ídem.
pastillómano. Idem, ídem.
pasto. Marihuana.
paula. Marihuana.
perder. Caer preso.
persecuta. Persecución. / Bajo efecto de la droga ponerse susceptible, intolerante, agresivo, estado de alguna frecuencia previo al *bajón* final.
perveta. Pervitin.
pesada (la) Sector de adictos que consume drogas de las denominadas "mayores", o simplemente de veteranos de la drogadicción.

picadura. Acción de inyectarse.
picarse. Inyectarse droga.
pico. Acción de inyectarse (*estar en el pico:* ser drogadicto de inyectables; *tener un pico:* estar drogado por inyección.)
piconata. Drogadicto de inyectables, el que se *pica*.
pichicata. Droga.
pichicatero. Drogadicto.
pincheto. Drogadicto de inyectables (*pincheto de leche,* novicio.)
pistoluqui. El que porta armas de fuego.
pituca. Colilla final del cigarrillo de marihuana. Por lo general se conserva para recuperar hierba.
pot. Marihuana.
procurando (el). Búsqueda de la droga o del dinero para adquirirla.
prote. Protector.
puntero. Vendedor de drogas al menudeo.
pusher. Traficante de drogas.
quemar. Fumar.
rapidómana. Droga que excita la función psíquica.
raviol. Dosis de cocaína en un envoltorio de papel.
rebusqueta. Acción de localizar la vena para inyectarse.
refresco. Descanso en el uso de drogas por parte del adicto.
reventado. Adicto que ha consumido exceso de droga (también se dice: está en *nivel reviente*, o simplemente en el *reviente*)
roquero. El que hace ostentación de machismo o reciedumbre (despectivo).
safari. Búsqueda de drogas, en grupo (*procurando* colectivo).
saque. Acción de drogarse pero, preferentemente, aplicado a cocaína.
seca. Pitada de un cigarrillo de marihuana.
seis (ser un) Ser tonto (*seis de goma:* tonto en grado mayor.)
sequía. Carencia de droga o de dinero para obtenerla.
shilom. Pipa y recipiente para fumar haschís.
speed (spid). Anfetamina.
splend. Felicidad, placer.
stone (stoun). Acido lisérgico. / *Roquero*. / También, en algunos casos equivalente a óptimo, *high*.
tajo. Mujer. También se usa habitualmente el diminutivo *tajita*.
té. Marihuana.
toco. Paquete con drogas.
tráfica. Traficante.
trip (trí). Acido lisérgico.

tripear.	Drogarse con ácido lisérgico.
tubo.	Vena, *caño*.
vaciado.	Cigarrillo común al que se le reemplazó el tabaco por marihuana.
viaje.	Ensoñación o efecto estimulante de la droga.
viandazo.	Acción de drogarse (darse el *viandazo*) / Dosis excesiva.
volar.	Ensoñación o efecto estimulante de la droga, *viaje*. (*"Aprender a volar":* estar en el período de habituación a la droga.)
vuelo.	Período de efecto intenso de la droga, *viaje*. Se utilizan las expresiones *vuelo alto* o *vuelo bajo* de acuerdo a la calidad de la sensación.
yaruto.	Cigarro, *charuto*.
yerba.	Marihuana.
yeta.	Ampolla de droga.
yumki.	Adicto irreversible; el que no puede ya dejar la droga.
yuyo.	Marihuana.
zamba.	Efecto de la droga, *mambo*.
zarpado.	Drogado. / Drogado en exceso, *muy zarpado*. / Excedido en algo, sobrepasado negativamente, falto de respeto.
zepelín.	Cigarrillo de marihuana de armado grueso, *charuto*.
zombi.	Drogado en estado de atontamiento, incoherente, desorientado.
zuncada.	Pitada de cigarrillo.

De los delincuentes

El lunfardo delincuencial es, por las mismas razones de sus remotos orígenes, tal vez el más hermético y cambiante. La propia policía recopila y edita, para su uso interno, verdaderos diccionarios que no siempre suelen contener las mismas palabras (o las mismas acepciones) de los diccionarios lunfardos hallables en librerías. La lista que va a continuación es una muestra de esas diferencias o discordancias. Algunas de las voces enumeradas pueden ser ya arcaicas, otras, tal vez, neologismos.

abotonarse.	Casarse.
acodinarse.	Casarse.
acordinarse.	Casarse.
adorar.	Pulir o limar una llave falsa.
adunfi.	Adonde.
amóferico.	Ramera vieja y pobre.
amoferiar.	Vender o rematar a una *amoférica*.
asnaf.	Ausencia, negación.
balancines.	Senos.
barbayola.	Barbudo.
bastonero.	Agente de tránsito.
biema.	Baraja, mazo de naipes.
botona.	Madama o regenta de un prostíbulo.
cachucha.	Sombrero de mujer.
camaleón.	Ladrón o cuentero que se disfraza para delinquir.
canutín.	Bombilla para el mate.
cañonazo.	Vaso grande de caña o aguardiente.
capitolio.	Capitalista.
caramayola.	Pelota de gasa o pañuelo con que se amordaza a la víctima.
carbonero.	Intrigante, instigador.
cariñosa.	Monja, hermana de caridad.
catrifear.	Sorprender durmiendo a alguien.
cinco y cinco.	Los senos.

comodojonta. Escritorio. / Escrito.
conejo. Genitales femeninos.
confesor. Juez.
conque. Lapicera, lápiz, instrumento para escribir.
corcho. Tonto. / Petiso.
cumple. Cómplice.
chispazo. Aviso, advertencia.
churre. Excremento.
dengue. Dedo.
desiderio. Decidido.
dos manijas. Bicicleta.
eférico. Plato.
embetunar. Coimear, sobornar.
engamelar. Esposar.
engular. Morder.
envenenado. Sifilítico, enfermo venéreo.
esponjera. Pecho, senos.
fequera. Cafetera.
filosofía. Dinero.
fogonero. Cocinero.
frapé. Bueno, de marca. / A punto.
frasquería. Farmacia de la cárcel.
fumatérico. Cigarrillo.
gaitana. Acordeón.
gallarda. Gallina.
gallineta. Sereno, vigilante nocturno.
gangul. Prendedor, broche de mujer.
gayo. Bailarín.
hiena. Pederasta activo.
hornallas. Fosas nasales.
impase. Muerto.
ingrediente. Tabaco.
jardinera. Mujer buena. / Prostituta elegante, "fina".
juguetera. Sala, living.
laberinto. Impresión digital.
lágrima. Individuo que da lástima.
lánguido. Pobre, indigente.
legar. Embrujar, engualichar.
lusante. Farol.
malanfia. Malevaje.
malanfio. Complicación, problema.
malvaca. Ametralladora. / Pistola.
mangueta. Copiador de llaves que utiliza cera o jabón.
marica. Lata de aceite.

mechero. Tramposo, mal pagador.
mifuso. Pobre, indigente.
mongo. Pase inglés.
morena. Pistola.
mortero. Ano. / Nalgas.
moscardón. Avión o helicóptero policial.
napoleón. Italiano.
niquelarse. Vestirse con ropas nuevas.
olele. Ano.
paloma. Mensaje enviado de celda a celda mediante un hilo que lleva un contrapeso en su extremo libre.
pampa. Extracto de lotería falsificado. / "Cabecita negra".
papo. Genitales femeninos.
paraguas. Sombrero.
parviar. Terminar, concluir. / Perder.
peire. Agente de Investigaciones.
péndulos. Aros colgantes. / Senos.
peripicho. Agujero.
peruana. Barba en punta.
picona. Pulga.
pichiloma. Dinero.
pidrisia. Pereza.
pimentón. Pelirrojo.
plataforma. Pie.
poliso. Cama.
poroto. Brillante, gema.
potrillo. Catre.
pulisa. Cama.
queseras. Medias, calcetines.
quesista. Empleado público, funcionario.
rabeti. Reojo.
rabiosa. Pistola.
rechiflido. Silbato.
requechador. Pedigüeño.
rifles. Calzoncillos largos.
rigo. Jorobado.
roñosa. Chapa de identificación policial.
rufa. Farra. / Farrista.
sabateli. Delincuente menor.
salomón. Usurero.
¡salutria! Brindis, ¡salud!
sambacuses. Zapatos (despectivamente).
sangrador. Pedigüeño.
sano. Sobrio, que no está bebido.

san pedro.	Portero.
sardina.	Navaja de afeitar.
sario.	Comisario.
sedoma.	Impermeable.
serpiente.	Tren, ferrocarril.
sumbete.	Apuro, problema.
taberna.	Despensa de la cárcel.
tablero.	Escaparate, vidriera.
taranta.	Locura. / Tonto.
tarja.	Informe, dato.
teverso.	Inservible, sin valor.
tiburcio.	Tonto, atolondrado.
tiznado.	De piel negra.
tomates.	Hemorroides.
trapo.	Homosexual masculino.
tubasco.	Teléfono.
tute.	Discusión airada.
upingo.	Ano.
vagón vacío.	Ramera que no tiene rufián.
vejiga.	Petiso. / Valija.
victorina.	Libra esterlina.
vidrioso.	Zapato de charol o similar.
vinagrera.	Nariz.

(N. del A.): Queda claro que algunas de estas palabras pueden figurar en los diccionarios lunfardos pero con otras acepciones. Se ha evitado la inclusión de ciertos vocablos en que sólo la grafía puede ser diferente.

De los números

Dicen por ahí que los números gobiernan al mundo. Puede ser, pero tampoco pueden arreglárselas sin las palabras que los nombran y que, en el lenguaje popular son muchas. Los números, para seguir gobernando, se maquillan, se disfrazan, usan muchas apariencias distintas y menos secas que las del guarismo. De esto saben mucho los contadores, pero, por lo que averigüé, la lista que vendrá a continuación no está en ninguna bolilla de Ciencias Económicas. Muchos de los "nombres" de los números vienen de tradiciones lejanas y suelen asociarse a los sueños y las apuestas. Otros, en cambio, son invención de los *lunfa* del mundo del juego:

0	Huevo - Mal negocio - Timba.
1	Unicato - nene - amigo - buen día - dedos - mar - sol.
2	Duque - duquesa - nena - niño - jabón - patrulla.
3	Tricota - triqui - San Cono - infierno - dolor - abundancia - hacer regalo - zapatero.
4	Cuaterno - cuatrochi - gato - cama - carestía - destitución chancho - momia - zapatos - pirámide.
5	Cocina - cocinero - cincola - mano - abrazo del padre - dominó - escoba - nube - sepultura - prostíbulo - terreno.
6	Media - perro - ostras - luna - naturaleza - marido.
7	Semana - escopeta - letrina - pelota - piba.
8	Ochoa - vasco - fuego - incendio - pecho de mujer - dedos - abrazo de madre - santo - higo - Virgen - rostro.
9	Novoa - doctor - tordo - campana - arroyo - campo - aceite de oliva - sueño funesto.
10	Diego - leche - polenta - cañón - discusión - dolor de parto - frasco - zapatería - viaje.
11	Palito - onzari - laucha - fraile - árbol - desnudo - indigestión - ratones - robo - traje - vestido.
12	Docena - soldado - diente - droga - vagancia.

13 Fraile - yeta - revolución - vela de cera.
14 Borracho - bodega - justicia - libertad - obelisco - oreja.
15 Niña bonita - besos - dolor de corazón - gimnasio - medias - sastre.
16 Culo - anillo - cambalache - abrazo de hija - dolor reumático - gigante - onda.
17 Desgracia - abuela - espejo - limosna - miseria.
18 Sangre - divorcio - hernia - truco - veneno.
19 Pescadito - insolente - oculista - risa - té - San José.
20 Bandera - fiesta - diputado - idiota - fruta.
21 Mujer - barbero - exterminación - grito - helado - primavera.
22 Los patitos - loco - dolor de piernas - horma.
23 Buen Orden - carnicero - divinidad - profeta - cocinero.
24 Nochebuena - pizza - caballo - abrazo de hermano - calvo - enfermo - fierro - leña - reloj - petróleo.
25 Navidad - pollos - gallinas - fantasma - impotencia - natalicio.
26 Misa - mesa - toser - sorteo - desprecio.
27 Dura - peine - labrador - duelo - inquilino - ofensa - sordomudo.
28 Tetas - abrazo de esposos - carro - homicidio - muestra - cura - orina - estrella.
29 Blanda - espejo - parasol - virilidad.
30 Pueblito - difamación - flores secas - jarra - inspección.
31 Estrellas - chorizo - luz - huérfano - huerta - ropa - relámpago - fin de mes.
32 Moneda - plata - dinero - denuncia - punto - quinta - cólera.
33 Jesucristo - revólver - abrazo al muerto - espía - los orientales.
34 Caballo - cabeza - adulterio - colcha - dolor de cabeza - ojos - impostor.
35 Pajarito - bombardeo - diente - mirada al espejo.
36 Castaño - asilo - lengua - matrimonio - noticia - purga - vigilante.
37 Cura - fuga - dentista - embrollo - espejo roto - eucalipto.
38 Piedra - calumniador - parricida - tinta.
39 Agua - lluvia - adúltera - ahorcado - castigo.
40 Pantano - cantina - bóveda - danza - ejecución - flores - cura.
41 Cuchillo - adivinanza - contrabando - delator - libertino - molino.
42 Plaza - joya - rebelión - violación.
43 Picardo - balcón - cadena - balcón con dama.
44 Cárcel - corcel - abrazo amoroso - asesino - balcón con gente - primavera - vaso - engaño.
45 Vino - hígado - hongo - queso.
46 Pumarola - ciego - colchón de lana - institutriz - navaja - tomate.
47 Muerto (que no habla) - afilador - galleta - hinojo - presidente.
48 Muerto que habla - afilador - fiebre - género - limón - sueño.
49 Carne - expropiación - guillotina - hilo - pirata - velatorio.

50 Media raya - media gamba - pan - balcón - excursión - juez - jugador.
51 Jardín florido - pena - serrucho.
52 Tallarines - asma - carnaval - madre e hija - médico.
53 Familia - barco - escondite - pie humano - baja.
54 Barquitos - canto de pájaros - carta - fósforo - revólver - sombrero.
55 Dos gallegos - Belfast - música - dictador - fiera - sueño de riqueza - venganza.
56 Caída - guerra - abrazo de pariente - abstemio - baja - exilio - horno - miel.
57 Jorobado - aumento - esperanza - libro - rastrillo - testamento.
58 Cama - ahogado - habitación - herencia - navegante - orador - ruina.
59 Pavo - bosque - casamiento - cebolla - diarrea.
60 Cazador - amnistía - beneficio - dedos de los pies - hijo - sacramento - palacio - escuela.
61 Señorita - escopeta - cambista - corruptor - enemigo - víbora - nido de pájaro.
62 Asesinato - Cupido - hipoteca - inundación - oro.
63 Pelusa - casamiento - incendio - inundación - perla - transpiración.
64 Tomate - burla - collar - espejos - fumador - llanto.
65 Cuento - garita - trabajo.
66 Confites - lombrices - peste - explosión - timbre.
67 Pozo - casa vieja - perfume.
68 Naranja - aplauso - despedida - excavación - sobrino.
69 Francia - francés - pecado - detención - usura - vicio.
70 Montaña - alcohol - jubilación - limosnero - negocio - pañuelo - receta - tabaco - villano.
71 Mierda - excremento - corazón - pasa de uva.
72 Huevos - abuelo - puente.
73 Rengo - hospital - negro - autógrafo - petardo - premio - vagabundo.
74 Hospital - cohete - recompensa.
75 Carnaval - besos - galantería - payaso - rueda.
76 Pelea - agua - batalla - llamas.
77 Piernas de mujer - bandera - almuerzo - diablo - sopa.
78 "Putana" - divorcio - ramera - vivacidad.
79 Ladrones - dormitorio - espada - guapo - lavatorio - oscuridad - paralítico - sordo.
80 Viento - bochas - abrazo de hombre y mujer - dolor de espalda - suicidio - coito.
81 Flores - río - escalera - estrangulado - matemático - naufragio.

82 Pelea - trompada - honores - maldición - tijera.
83 Mal tiempo - felicidad - invierno - tempestad.
84 Iglesia - féretro - indulto.
85 Chacarita - linterna - agonía - carbón - moda - senador - verdad.
86 Podridos - ayuno - humo - huérfano.
87 Piojos - aljibe - vejez.
88 Papa - anteojos - tijeras - nariz - odio - santa.
89 Rata - estufa - eunuco - nieve - vaca.
90 Pavura - abuelo - fortuna - suerte - asalto.
91 Excusa - presión - alta - rascarse.
92 Fúlmine - liquidación - retroactividad.
93 Automóvil - enamorado - huracán.
94 Cementerio - ropa sucia - pérdida en el juego.
95 Complejo - agiotista - anteojos.
96 Castidad - humildad - tranvía.
97 Comer - mesa - miedo - barranca.
98 Coima - lavandera - trolebús - motoneta.
99 Hermanos - porotos - inflación.
00 La nada.

Abecedario y parolas de este libro

La limpieza es el cacho más cafishio de la gramática, porque bate el justo de las parolas con todos sus tantos, sin farolerías gargantuanas. A un gilimursi puede batirse simplemente gil, turro, marmota, godeguín, gil al trote (si va de infantería o garrapata), mandioca, chitrulo, gilurdo, papanata, vichenzo o vichenzino (si es como el petiso de los mandados). La limpieza en el chamuyo es muy conveniente, porque los que se empavonan con palabras difíciles, a veces se empacan y les sale la viuda. Pa no pasar por chamuyador mistongo, batasé: ¡Qué hacé! tres veces ¡qué hacé! y no ¡qué hacé! qué hacé! qué hacé!... Para darse corte de chamuyador se inventaron las letras, con las cuales se forman las parolas. Al repertorio de éstas en barra se le bate Abecedario. Cuando la parlada es lunga se la juna por milonga.

Llámase parola o terminusi a una patota de sílabas que trabajan distanciadas, pero que en total son de la familia. Ejemplo: mandioca chusá la grela y reventale el cotorro. Es parola de accidente, una más o menos como ésta: "Se armó una bronca de bute y me encanó la perrera". Los terminusis pueden ser de acción, relación o calidad. Enjaretaremos un ejemplo de acción: "Refajalo al grone Ruiz y espiantale la percanta". La parola de relación se manya a la minuta: "No me diguea de amores que ando más que rechicao". Se corta el chorro con el terminusi de calidad: "Tiro el carro, viejo, y me arreglan con trescientos mangangases". Dado la mishiadura de las pivas, las parolas de calidad han pasado a la categoría de "engrupimiento". El amasijo de parolas en barra que bate algún concepto, se bate por oración. Ejemplo: "Ya visto, encánese al fulano por portación de escarbadientes y aplicación de feites a la mina. Se rantificó y firmó". En los prontuarios hay cada oración de la madonna.

FELIPE H. FERNÁNDEZ ("Yacaré")
Fragmentos de "Abecedario y parolas",
aparecido en *Crítica* en el año 1915.

(N. del A.): Suficientemente aclarado qué cosa es un abecedario y qué otra las parolas, vale una observación acerca de las "traducciones" del lunfardo correspondientes a pasajes de este libro, que van en las páginas siguientes: Los significados asignados a cada término no incluyen todas las acepciones de cada voz y —en ocasiones ni siquiera la más corriente. Sólo suelen clarificar el o los sentidos con que la palabra ha sido utilizada en el libro.

abatatado.	Azorado, turbado.
aceitar los patines.	Prostituir, *cafishiar.*
afanar.	Robar.
afano.	Robo.
aguantadero.	Refugio, guarida.
a la gurda.	Grandemente, en alta medida.
al pucho.	De inmediato, *sobre el pucho.* / Inútilmente, al divino botón.
amarrocado.	Encadenado, esposado.
amasijarse.	Matarse. / Suicidarse. / Maltratarse gravemente.
amurar.	Inmovilizar, aprisionar. / Engañar, perjudicar.
angelito.	Herramienta para abrir cerraduras desde fuera, accionando la llave dejada puesta por dentro. (También *canutín, bombilla, broche, cutilí* o *viuda.*)
apoliyar.	Dormir.
apoliyo.	Sueño.
araca.	¡Cuidado!, aviso de un peligro.
arrebezarse.	Enojarse, insolentarse.
atorrante.	Vago, perezoso, inútil.
atrapador.	Delincuente que se dedica a la explotación de homosexuales.
bacán.	Concubino. / Hombre que mantiene una amante. / Proxeneta. / Hombre adinerado.
bacana.	Concubina. / Mujer que mantiene a un hombre. / Mujer adinerada.
bagayo.	Paquete, envoltorio.
bagre.	Jugada casual y afortunada en los juegos de billar.
bailongo.	Baile (la desinencia *ongo* puede ser o no despectiva).
bancar.	Aguantar, soportar, afrontar.
bandera.	Parte de la llave que se introduce en la cerradura.
bandoleón.	Bandoneón.
bardo (al)	Inútilmente, al divino botón.
batata.	Trompo alargado, también llamado *pepino.*
batir.	Hablar, decir. / Delatar. (*Batir la justa:* decir la verdad).
batida.	Delación.
bebe.	Prostíbulo, *quibebe.*
bento.	Dinero. (grafía antigua de *vento*).

berreta.	De poco valor. / Falso, apócrifo.
berretín.	Capricho, deseo vehemente. / Paquete o mercadería utilizada para ciertas estafas.
berretinero.	Estafador que se sirve de *berretines.*
bestia.	Mujer (arcaísmo)
biabista.	Delincuente que actúa por medio de agresión física.
biandazo.	Puñetazo.
bobo.	Reloj. / Corazón.
bobo de zurda.	Corazón.
boca (de)	Trampa que permite ver la boca del mazo sobre una esponja o mojador preparados con sustancia reflectante. *Boca en el corte:* preparación de un naipe con cera de fósforos.
boleado.	Atolondrado, aturdido.
bombil' '.	Ver *angelito.*
bombo.	Nalgas, asentaderas.
borracho (el).	El número 14.
brillo.	Azúcar.
budín.	Mujer hermosa.
bufoso.	Revólver.
bulín.	Cuarto, habitación.
bullón o *buyón.*	Estómago. / Comida, *morfi.*
burrero.	Ladrón de cajas registradoras o cajones de mostrador donde se guarda dinero.
burro.	Caja registradora o cajón donde se guarda dinero.
cabalete.	Bolsillo superior externo del saco.
cabarote.	Cabaret.
cachada.	Broma, burla.
cachuzo.	Dañado, perjudicado, cascado.
cadenera.	Señera, destacada.
cafera.	*Canfinflero, caferata.*
caferata.	*Canfinflero.*
cafiche.	*Canfinflero, cafishio.*
cafiolo.	*Canfinflero, cafishio.*
cafishio.	*Canfinflero.*
cafisio.	*Canfinflero.*
caftén.	Dueño o regente de un prostíbulo.
calalo.	Estudio de lo que se ha de robar (según Benigno Lugones).
caldo.	Sangre.
calzolari.	Armado, *calzado* (según Aldo Saravia.)
camisulín.	Bolsillo del chaleco.
camisulinero.	*Camisulín.* / Especialista en sustraer desde *camisulines.*

camote. Enamoramiento, *metejón.*
campana. Ayudante del ladrón que vigila antes, durante o después del robo con objeto de dar datos, noticias o alarma.
campaneo. Vigilancia. / Mirada atenta pero disimulada.
cana. Policía. / Cárcel.
canchero. Capaz, suficiente, seguro de sí mismo.
candado (hacer). Hacer ruido, meter bulla.
canfi. *Canfinflero.*
canfinfla. *Canfinflero.*
canfinflero. Hombre que explota una sola prostituta.
canfle. *Canfinflero.*
canflingle. *Canfinflero.*
cantar. Confesar un delito.
capo. Jefe, superior.
cargada. Burla, broma, *cachada.*
carpa. Habilidad, *carpeta.*
cartero. Delincuente que coloca y revisa el *correo,* ingenio consistente en un hilo cuya rotura delata la existencia de moradores en una casa.
cascarria. Trompo viejo, ya inservible.
casimba. Billetera.
cata. Toma, agarra.
catriela. Muchacha, mujer joven.
cobrar. Recibir un castigo físico.
cocó. Cocaína.
colada. Acto de *colarse* o entrar sin derecho o permiso a un sitio.
colimba. Conscripto. / Conscripción, servicio militar.
comer (se) la cana. Ir preso, soportar prisión.
compadrada. Bravuconada, acción propia de un *compadre* o *compadrito.*
compadrito. Sujeto pendenciero y jactancioso.
confite. Bala, proyectil (meta *confite:* meta bala, dale bala.)
copar. Asumir el riesgo o la responsabilidad de una situación.
corralero. Trompo que se hace girar en un espacio delimitado.
correo. Ver *cartero.*
cosa. Mujer (como el hombre *coso*)
cotorro. Cuarto, habitación, por lo general de hombre soltero.
cuentero. Estafador que utiliza para su engaño historias inventadas.
cuero. Billetera.
culadera. Suerte del juego infantil de rango.

culata. Bolsillo trasero del pantalón.
cuore. Corazón.
curda. Borrachera. / Borracho.
curro. Estafa, fraude.
cusifai. Sujeto, individuo.
chafe. Agente de policía.
chamuyo. Conversación. / Lenguaje.
chapar. Asir, agarrar.
chante. Tanto en el juego de bolitas como en el de bochas, golpe frontal que se da a la adversaria.
chata. Mujer. / Carro grande.
chiquilín. Bolsillo pequeño en la delantera del pantalón.
chiquilinero. *Chiquilín.* / Especialista en sustraer desde el *chiquilín.*
chirusa. Mujer humilde (despectivo de *china*).
chivo. Barbado. / Enojo, rabia. / Enojado, rabioso.
choborra. Borracho (*vesre*).
choma. Macho (*vesre*).
chumbero. Pistolero, entre los españoles (*chumbo*: revólver).
dar la cana. Descubrir.
debute. Excelente, óptimo (*de bute,* o *de butén*)
de la banana. Excelente, óptimo.
depto. Departamento.
dequerusa. ¡Cuidado! Aviso de un peligro.
derecho de la liga. Derecho de la amistad, del entendimiento. (En el caso anotado podría ser también derecho al dinero de la mujer o a las "latas", guardados en la liga.)
descuidista. Ladrón que aprovecha el descuido de sus víctimas.
deschave. Apertura de una cerradura o cerrojo. / Confesión, declaración.
despiole. Confusión, desorden, *despelote.*
dilatar. Denunciar, delatar.
embole. Contrariedad, confusión (neologismo).
embrocar. Mirar, fijar la vista (*embrocantes:* anteojos.)
empalmadores. Cierto tipo de escamoteadores de naipes u objetos.
empalmar. Actividad del *empalmador.*
empilchar. Vestir. / Vestir elegantemente.
encanar. Arrestar, detener, encarcelar.
encanastar. *Encanar.*
encanutar. Guardar algo en un *canuto.* / Encerrar.
encordada. Guitarra.
enfarolado. Embriagado. / Adornado, decorado, acicalado.
engomar. Abotonar, cerrar una prenda.
engrupichir. Engañar, *engrupir.*

en seco. Se dice de la paliza sin efusión de sangre, sin *caldo.*
escabio. Bebida alcohólica en general. / Borracho, bebedor.
escamoteador. Delincuente que opera por escamoteo, por rápido y hábil ocultamiento de lo robado.
escobero. Guitarrista.
escolaso. Todo juego que incluya apuesta.
escrachar. Fotografiar. / Delatar abierta y públicamente.
escruchante. Ladrón que actúa violando los accesos de un sitio, por medio de escalamiento y/o fractura. (También *scruchante* o *escrushante.*)
escruche. Actividad del *escruchante*. (También *scruche* o *scrushe*).
espamentoso. Quien hace aspavientos o *espamento.*
esparo. Ayudante del *punguista.* (También *sparo* o *ropaés).*
espejo vichador. Anillo con espejo que solían usar algunos tahúres.
espiandar. *Espiantar* (forma antigua).
espiantar. Escapar, irse. / Robar (también *spiantar* y *espiandar.)*
espor. Ganancia (sport, dividendo, en sentido turfístico).
estaño. Mostrador de un despacho de bebidas, y el propio local.
estar el shafo. Vigilar el policía (según Benigno Lugones.)
estrilar. Irritarse, enojarse.
faca. Cuchillo grande y con punta.
fajar. Castigar, golpear. / *Fajar (se):* drogarse.
falopa. Droga, alcaloide. / Cualquier cosa de baja calidad.
falopear. Drogar.
falopero. Drogadicto.
fariñera. Cuchillo de grandes dimensiones.
farolear. Hacer alarde de algo.
fayuto, o *falluto.* Falso o falsificado.
feba. Mujer.
fémina. Mujer.
fichar. Observar. / Conocer, registrar, conceptuar.
fierro (de) Firme, seguro, confiable.
filo. *Esparo* que "descarga" al ladrón del objeto robado.
filo misho. Estafa con una presunta máquina de fabricar dinero.
fiolo. *Canfinflero, cafiolo.*
flaca. Muchacha (neologismo).
flaco. Muchacho (neologismo).
floreo. Aumento o disminución del grabado del revés del naipe.
formativo. Se dice del baile con pago de entrada.

fueye o *fuelle* Bandoneón.
fueyero. Bandoneonista.
fulero. Malo. / Feo. / Pobre.
funshe. Sombrero, *funyi* (voz antigua).
furca. Técnica de robo por sorpresiva inmovilización de la víctima. / Ladrón que utiliza esa modalidad.
gacho. Sombrero masculino flexible cuya ala se inclina hacia abajo.
galleteao. Rechazado o desairado por una mujer.
gamán. Manga (*vesre*).
gancho. Dedo. / Enganche, anzuelo.
garaba. Muchacha, *garabita.*
garabito. Muchacho.
garpar. Pagar (*vesre*).
garronero. Gorrón, el que consume o disfruta sin pagar.
gata parida. Juego infantil consistente en sentarse varios chicos en un banco y empujarse para desalojar a los ubicados en cada extremo, hasta quedar un solo ocupante y vencedor.
gaucho. Hombre generoso y servicial.
guigne o *guiñe.* Mala estrella, continuada mala suerte.
gil. Tonto, cándido.
grela. Mujer.
grilo o *grillo* Bolsillo lateral del pantalón.
grillero o *grilero.* *Grilo.* / Ladrón que sustrae desde el *grilo.*
grupo. Engaño, mentira.
¡guarda! Cuidado, en guardia.
guía. Acomodo tramposo de una carta del mazo como referencia.
guianda (andar en). Tener pesos, dinero. (según Benigno Lugones).
guita. Dinero.
guiye. Chifladura.
hacer ropa. Ayudar a un punguista, trabajar de *esparo.*
¡isa! ¡Vamos!, ¡cuidado!
jabón. Miedo, susto.
jaula. Bandoneón.
jeta. Cara, rostro.
jetón. Persona de cara grande y rasgos pronunciados.
jica. Alambre preparado para diversas suertes de robo.
jiquero. Delincuente que opera por medio de *jicas*, a distancia.
jirafa. Linterna.
jodido. Perjudicado. / Enfermo. / Dañino. / Fastidioso.

jovato.	Anciano, persona de alta edad.
junar.	Mirar, fijar la vista. / Conocer.
laburante.	Trabajador. / Delincuente.
laburo.	Trabajo. / Robo y, a veces, objeto de ese robo. / Entre los delincuentes, también forma, especialidad de los robos.
lance o lanza.	Variedad de robo o *punga* que consiste en utilizar pinzas o alambres especiales para vaciar el bolsillo de la víctima. / Por extensión, *punga.*
lancero.	El que hace el *lance* o trabaja de *lanza.*
lanza (tirar la).	Robar con empleo de la *lanza, lancear.*
lapicero.	Pasador clandestino de apuestas (voz en desuso, reemplazada por otras como *biromista.*)
lechera.	En el juego de bolitas, la predilecta del jugador, por lo común blanca.
lengo o lengue.	Pañuelo de cuello de uso masculino.
leonera.	Depósito de detenidos en general.
levantadores.	Ladrones de vehículos, en particular de automóviles.
levante.	Conquista, etapa inicial de la seducción.
limosnero.	Ladrón de alcancías de iglesia.
loca.	Prostituta.
loco.	Hombre, muchacho.
lunfa.	Lunfardo.
lunfardo.	Ladrón. / Jerga del ladrón, lenguaje delincuencial. / En la Argentina, lenguaje popular o *reo.*
llavero.	*Yuguero,* ladrón experto en varios tipos de llaves falsas.
macró.	Proxeneta (*maquereau*).
machazo.	Aumentativo de macho aplicable a algo importante o grande.
madama.	Mujer que regentea un prostíbulo.
madruguista.	Ladrón que opera en la madrugada, luego de verificar la partida del morador de una vivienda.
malandra.	Delincuente, malviviente en general.
malanfio.	Embrollo, negocio turbio.
maletero.	Ladrón de equipajes.
malevaje.	Hampa, ambiente de *malevos.*
mancar.	Entender, comprender.
manguero.	Pedigüeño, que *tira la manga.*
manyamiento.	Reconocimiento, comprobación de identidad.
manyar.	Percibir, comprender, conocer.
maría.	Caja de caudales.
maringote.	Marinero.

marquillado.	Se dice del naipe preparado de cierto modo tramposo.
marroca.	Cadena de reloj.
marusa o *marrusa*	Paliza, zurra.
masoca.	Masoquista, pesimista.
matina.	Mañana, primera mitad del día.
mayorengo.	Oficial de policía.
mechera.	Ladrona de tiendas.
mejicaneada.	Robo o atraco a contrabandistas u otros delincuentes apropiándose de su botín.
men.	Joven, hombre (neologismo)
merlo.	Tonto, *otario.*
metejón.	Enamoramiento profundo.
metejonearse.	"Padecer" un metejón.
milonga.	Baile popular. / Lugar donde se baila.
mina.	Mujer.
misho o mishio.	Pobre, indigente, que padece *mishiadura.*
mistongo.	Pobre, humilde, insignificante.
mistonguelaje.	Conjunto de gente, cosas o sucesos *mistongos.*
monseñor.	Herramienta para violar cerraduras, tomando la llave desde fuera.
morfar.	Comer, alimentarse, ingerir el *morfi.*
mormoso.	Amoratado, desencajado, por lo común por golpes.
mortadela.	Muerta. / Silenciosa. / Despoblada.
mortero.	Traste, asentaderas.
mosca.	Dinero.
mosqueta.	Juego de tres opciones, por lo común con naipes, en que el apostador es engañado por trampa o destreza del tallador.
mosqueteros.	Tahúres que practican la *mosqueta.*
musho.	Triste. / Enfermo. / Pobre, *misho.*
música.	Dinero.
nami.	Mina (vesre)
niqueleti.	Niquelado (según Aldo Saravia).
no corre.	No va, no se acepta, no existe.
orsay, (en).	Fuera de lugar, descolocado (off side)
otario.	Tonto, cándido.
paco.	Envoltorio, paquete. / Rollo de billetes de banco.
paica.	Muchacha.
palo verde.	Cada millón de dólares.
panaro.	Asentaderas, traste. (También *panariño*).
pan dulce.	Panaro.
papa.	Hermoso, importante, de gran calidad.
paralítico.	Automóvil robado, impedido de circular.

paquete.	Mazo de naipes preparado totalmente o en parte para una trampa.
parola.	Palabra.
patear el burro.	Sonar la alarma al abrir un cajón que contiene dinero.
patota.	Trampa usual en juegos como el "baccarat" o el "ferrocarril" por agregado de cartas iguales en la "lluvia".
pavo.	Asentaderas, traste.
pebete.	Niño, jovencito.
peca.	Estafa organizada mediante trampa en juegos de azar.
pego.	Adhesivo. *Con pego:* cualquier trampa de naipes con uso de adhesivos.
peinado.	Simulación de corte o cambio de naipes, sin hacerlo.
pelpa.	Papel (*vesre*). / Envoltorio conteniendo cocaína, *raviol.*)
Peor es nada.	Mujer, compañera.
pepino.	Trompo alargado, llamado también *batata.*
pequero.	Delincuente dedicado a la *peca.*
percanta.	Mujer, sobre todo desde el punto de vista sexual.
percantina.	Percanta.
perro.	Torpe, incapaz. / Cantor de mala calidad.
pesada (la).	Sector del delito que agrupa a los pistoleros.
pesebre.	Prostíbulo.
petisa.	Llave corta de tipo francés.
piantar.	Escaparse, irse. / Robar (*espiantar*).
pibe.	Niño.
pierna.	Hábil, astuto, capaz.
pintusa.	Presencia, aspecto, *pinta.*
piojosa.	Cabeza.
piro.	Ida, partida.
pirovo o pirobo.	Cópula, coito.
pispear o pispar.	Percibir indirectamente algo con la vista o el oído.
plomo.	Persona cargosa o impertinente.
podrida.	Altercado, incidente, desorden.
popa.	Asentaderas, traste.
posta (la)	La justa, la precisa, la mejor.
prima (de)	De primera. / En música, el guitarrero que encabeza.
púa.	Astuto, sagaz, *piola.*
pucho.	Colilla. / Cigarrillo.
punga.	Hurto de dinero o efectos de los bolsillos de alguien. / Ladrón dedicado a esa actividad.
punguista.	Delincuente que se dedica a la *punga.*

purrete.	Niño.
punto.	Sujeto, persona. / Candidato a víctima de un engaño o acción delictuosa.
queco.	Prostíbulo.
quemo.	Desprestigio, descrédito (neologismo).
quibebe.	Prostíbulo.
quilo.	Prostíbulo, *quilombo.*
quilombo.	Prostíbulo.
rajar.	Escapar, huir. / Correr.
rana.	Astuto, avisado. / Habitante de un barrio que estuvo situado en la zona de Parque Patricios, vecino a la Quema de basuras.
ranero.	Del barrio *de las ranas.*
rascada.	Ejecución musical improvisada, sin calidad.
rebaje de naipe.	Trampa que consiste en preparar ciertos naipes con un mínimo rebaje de sus bordes.
recatango.	Pobre, infeliz.
rechiflar (se).	Trastornarse, mudar bruscamente de ánimo. / Enojarse.
refilar.	Sustraer.
refilar la vianda.	Castigar, golpear.
refilar un dado.	Prepararlo para la trampa por sutil limado de bordes.
relache.	Interrupción o ausencia (francés).
remanyado.	Ver *manyar.*
reo.	De baja condición social.
repe.	En el juego de bolitas, rebote.
reprise.	Reaparición (francés.)
reventar.	Castigar muy duramente. / Matar.
reventador.	Violador de cajas de caudales.
reventar el burro.	Forzar una caja o cajón que contiene dinero.
reviente.	Acción de *reventar.* / Deterioro, enfermedad.
ropero.	Contrabajo.
rufino.	Rufián.
salir picando.	Correr, huir.
santo.	Cortafrío.
saque.	Consumo de cocaína por aspiración nasal.
sardo.	Sargento.
semifusa.	Bastón que usan los policías.
61. sesenta y uno.	En una de las claves numéricas, "enemigo".
servir.	Golpear, acertar un puñetazo.
schifrunista.	Ladrón que actúa en complicidad con una prostituta.
scruchante.	Escruchante.
shacar.	Robar, *chacar.*

shafo. Policía uniformado, *chafo* o *chafe.*
shomerio. Pobreza, miseria, mishiadura.
shuca. Bolsillo exterior del saco.
siete. Asentaderas, traste.
sire. En la Hípica, padrillo (inglés).
sobre. Sobretodo, *breto.*
sobre el pucho. Inmediatamente, en seguida.
solari. Solo, en soledad.
sonata. Sonada. Tiempo de una ejecución musical y, por extensión, de cualquier período de medición incierta.
sonata o sotala. Bolsillo interior del saco o sobretodo.
sotanero. Punguista especializado en sustraer *de sotana.*
spiantador. Espiantador.
stud. Caballeriza (inglés)
¡sumbate! o *¡súmbate!* ¡Zúmbate!, interjección.
sueco. Instrumento para cortar puertas, cortinas metálicas o parte posterior de cajas de seguridad.
tablero. Vidriera, escaparate. / Traste, asentaderas.
taita. Valiente, arrojado.
tambo. Prostíbulo.
tanga. Engaño, simulación. / *Esparo* para distracción, inactivo.
taquería. Comisaría de policía.
tela. Dinero.
timba. Juego de azar, *escolaso.* / Lugar donde se juega por dinero.
tira. Policía vestido de civil.
tocar espiante. Irse por hallar vigilancia (según Benigno Lugones.)
toco. Producto del robo. / Dinero en cantidad importante.
toco mocho. Billete de lotería falso que se utiliza para un timo.
tofo. Foto (vesre).
torniquete. Instrumento que usan los escruchantes para forzar rejas.
35. treinta y cinco. En una de las claves numéricas, bombardeo.
trompa. Patrón, propietario.
troyero. Trompo de combate que golpea y desaloja a otros trompos.
turra. Mujer fácil o que se entrega por interés.
turro. Incapaz, necio. / Ruin, vil.
vacán. Bacán (forma antigua).
vento. Dinero.
verso. Argumentación falaz o interesada, engaño.
vesre. Modo de hablar que consiste en invertir, poner al revés, las sílabas de ciertas palabras, con o sin adiciones, intercalaciones o alteraciones.

viaba. Biaba (forma antigua).
vichadero. Lugar para ver u observar algo. / *Espejo vichadero:* ver espejo.
viola. Guitarra.
violero. Guitarrista.
viuda. Herramienta del escruchante (ver *angelito*). / Billetera.
yeite. Ganga, buen negocio. / Facilidad o aptitud para algo.
yiranta. Prostituta, *yiro.*
yugar. Trabajar.
yuga. Llave, *shúa.*
yugo. Trabajo.
yuguero. Ver *llavero.*
yum-yum. Herramental especial para violar cajas de seguridad haciendo saltar la puerta hacia afuera.
yuta. Policía en general.
zarzo. Alhaja con brillantes.
zorzal. Cantor.

Bibliografía

ACADEMIA PORTEÑA DEL LUNFARDO, Boletín, tomos varios. Comunicaciones varias.

ALPOSTA, Luis, *Antología del Soneto Lunfardo.* Buenos Aires, Corregidor, 1977.

ASTOLFI, Emilio, KISS, Jorge A. F., MACCAGNO Armando, *Estudio del hombre frente a un impulso,* Buenos Aires F.E.C.I.C. 1979.

BARRES, M. *El hampa y sus secretos,* Buenos Aires, Impr. López 1934.

BIOY CASARES, Adolfo, *Breve Diccionario del argentino exquisito,* Buenos Aires, Emecé 1978.

CACERES FREYRE, Julián y BORDE, Víctor, *Textos eróticos del Río de la Plata,* Buenos Aires, 1980.

CASTRO, Martín, *Camino del payador,* Buenos Aires, Da-Ga, 1973. *Versos criollos,* Buenos Aires, Tradición.

CASULLO, Fernando Hugo, *Diccionario de voces lunfardas y vulgares,* Buenos Aires, Freeland, 1964.

DE LA PUA, Carlos, *La crencha engrasada,* Buenos Aires.

FLORES, Celedonio Esteban, *Cuando pasa el organito,* Buenos Aires, Freeland, 1965.

GARCIA GIMENEZ, Francisco, *Así nacieron los tangos,* Buenos Aires, Losada, 1965.

GOBELLO, José, *Diccionario Lunfardo,* Buenos Aires, Peña Lillo 1982.

GOBELLO, José y STILMAN, Eduardo, *Diálogos de Villoldo,* Buenos Aires, Freeland, 1964.

LOPEZ, Juan Pedro, *Un payador de leyenda,* Montevideo, Cumbre, 1965.

NERVI, Ricardo Enrique, *Sonetarios estrambóticos,* Buenos Aires, 1980.

PETIT DE MURAT, Ulyses, *Presencia viva del tango.* Buenos Aires, M.C.E., 1973.

POLICIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, *Recopilación de voces comunes y lunfardas,* La Plata, 1968.

POMBO, Juan M., *La cama vacía,* Buenos Aires, Los grandes, 1930.

REPARAZ, Roberto R., *Los teros,* Buenos Aires, Prensa Médica, 1968.

SILVA, Federico, *Informe sobre Gardel,* Montevideo, Alfa, 1971.

SOLER CAÑAS, Luis; *Antología del lunfardo,* Buenos Aires, Crisis, 1976.

TERUGGI, Mario E., *Panorama del lunfardo,* Buenos Aires, Cabargón, 1959.

Agradezco muy sinceramente a todos quienes me prestaron su desinteresado aporte para poder concretar este libro, muy en particular al amigo Ulyses Petit de Murat que fue quien más se preocupó porque la idea se materializara. Pero en ese reconocimiento incluyo, también especialmente, a otras personas que allegaron material o consejo, sobre todo para los tocos de parolas*: doctores Luis Alposta, Oscar Manuel Blanco, Norberto Hugo Cortese, Javier Eduardo Chimera y Eduardo Giorlandini, señores Mario Fernández y José Luis Macaggi, Capitán de Corbeta Tomás O'Connell, Mayor Carlos Risso, pareja de baile "Los de Cobre" y señorita Susana Rivero.*

También agradezco al doctor Ezio Zuffardi, por su sostén y amistad permanente que me fue muy necesaria durante los días en que te[illegible] este libro.

Indice

Una luz de almacén es un libro porteño como pocos, compuesto por *Edmundo Rivero,* cuyo solo nombre es toda una evocación.

Se divide en tres partes: La primera, titulada *Deschave personal,* describe con sencillez, con sorprendente veracidad, las experiencias de *Rivero* en el mundo original en que ha vivido desde su infancia, un mundo sin duda distinto y profundo a la vez, su paso por la música y la canción, "su noviazgo perdurable con el tango". La segunda parte, *El lunfardo y yo,* explica algo que muy pocos conocen: qué es en definitiva el lunfardo: cómo se creó esta forma tan peculiar del lenguaje hablado en nuestra disímil ciudad. "Este forzoso toma y traiga de palabras nuevas y viejas, castizas y lunfardas, dice *Rivero,* no podrá tener otra medida que la del tiempo que se nos *pianta,* de lo que está cambiando visto por un hombre que todavía *yuga* de *violero* y de cantor". La última parte, *Tocos de parolas,* comprende un nutrido conjunto de voces y significados para consulta de palabras que pudieren resultar misteriosas. "Es el *Abecedario* del lunfardo, como lo hubiese llamado Yacaré".

Este libro no pretende ser faro ni letrero luminoso, sino la modesta lucecita que adorna su título.

37.037